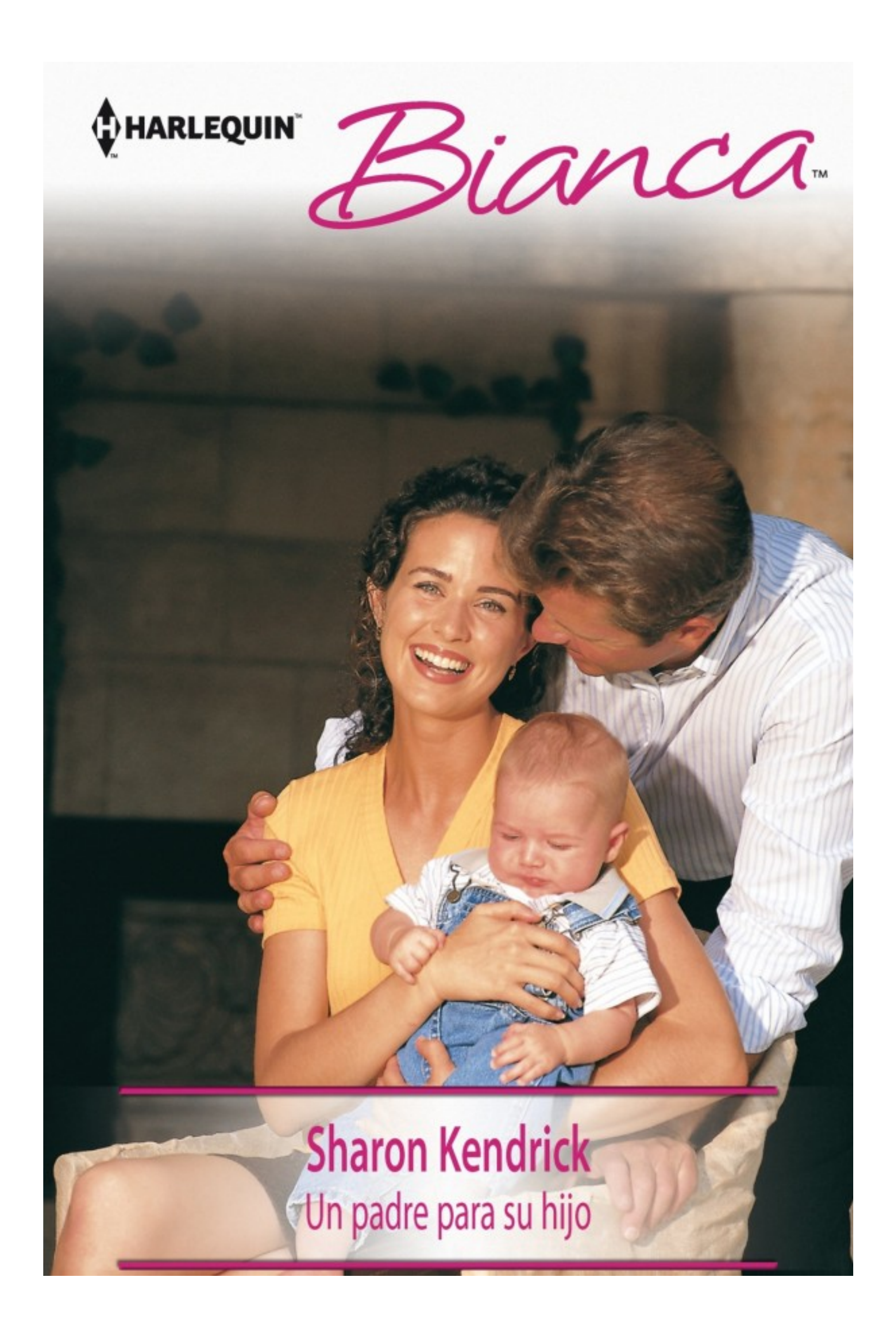

HARLEQUIN
Bianca
Sharon Kendrick
Un padre para su hijo

Editado por Harlequin Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Un padre para su hijo, n.º 1224 - octubre 2014
Título original: The Paternity Claim
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2001

I.S.B.N.: 978-84-687-4840-5
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Índice

Capítulo 1

Vamos, abre, por favor!». Isabella pulsó por última vez el timbre y lo dejó sonar un buen rato, desde luego el suficiente como para despertar al ocupante de la elegante casa londinense.

Pero no se oía más que el timbre, así que dejó caer la mano mientras empezaba a aceptar lo peor: que él no estaba allí y que tendría que volver a hacer el viaje, si es que lograba reunir el valor para regresar por segunda vez.

En ese momento, la puerta se abrió impetuosamente, y un hombre muy enojado, con el pelo oscuro y encrespado todavía húmedo por el agua de la ducha, se quedó mirándola.

Pequeñas gotas de agua brillaban entre las ondas de su pelo y la luz situada detrás de él dibujaba un halo sobre su cabeza, aunque la expresión de su cara no era nada angelical.

Sus ojos negros brillaban con irritación ante esta intrusión, e Isabella sintió cómo su corazón se aceleraba. Porque incluso en su actual estado anímico, la aparición del hombre fue como una sacudida para sus sentidos. Solo llevaba encima una toalla de color azul intenso que apenas le cubría las estrechas caderas y que dejaba ver un par de musculosos muslos. Su barbilla estaba cubierta de espuma de afeitar y en su mano sostenía una navaja que despedía destellos plateados.

Isabella tragó saliva. Había visto su magnífico cuerpo en bañador muchas veces, pero nunca en una desnudez tan íntima.

–¿Dónde está el fuego? –espetó él con un acento que correspondía a su aspecto brasileño y en un tono que sugería que no era el tipo de hombre que toleraba que lo interrumpieran.

–Hola, Paulo –dijo ella dulcemente.

Paulo miró con impaciencia a la mujer que estaba en el umbral de su puerta con la expectación reflejada en los ojos. Ignoró los mensajes subliminales que la sensual belleza de aquella mujer enviaba a su cuerpo, porque la impresión principal que había

recibido era el aspecto tan exótico que observaba en ella.

Llevaba una gabardina que le llegaba hasta los delgados tobillos, por lo que solo la cara quedaba al descubierto, salpicada de diminutas gotas de lluvia y con el pelo moreno mojado. Sus enormes ojos color miel, como trozos de antiguo ámbar, estaban enmarcados por las pestañas más negras y largas que jamás había visto. Sus labios eran carnosos y estaban sin pintar, «y temblorosos», pensó él frunciendo el ceño.

Tenía el aspecto de una preciosa criatura abandonada y perdida, y una alarma se activó en las profundidades de su mente. Sabía que la conocía, pero también intuía que ese no era su lugar.

–Hola –murmuró él mientras se esforzaba mentalmente por situarla.

–Pero, Paulo –dijo suavemente, dudando que la hubiera reconocido–, te escribí para decirte que iba a venir, ¿no recibiste mi carta?

En ese momento, las piezas encajaron. Su acento se correspondía con su aspecto latino, aunque su inglés era tan fluido como el de él. Sus ojos almendrados se incrustaban en una piel tersa color café. La última vez que la había visto, ella estaba de pie bajo el sol brillante de Sudamérica y llevaba provocativamente ajustada una camisa de seda sobre sus senos jóvenes y maduros. En aquel momento la había deseado. Y quizá antes.

Apartó aquel pensamiento mientras su mirada empezaba a suavizarse con afecto. No era de extrañar que no la hubiera reconocido, contra el fondo gris de aquel día lluvioso del verano inglés, encorvada, con frío y desalentada.

–¡Isabella! ¡Meu Deus, no puedo creerlo! –exclamó.

Se inclinó para darle un beso en cada mejilla, un saludo completamente normal en Sudamérica, pero singular y embarazoso en aquellas circunstancias, ya que estaba casi desnudo. Él se dio cuenta de que, aunque ella le ofreció sus frías mejillas, evitó cualquier contacto con su piel desnuda, y lo agradeció en silencio.

–Pasa. ¿Estás sola?

–¿Sola?

–¿Está tu padre contigo? –aclaró.

–No.

La invitó a pasar haciéndose a un lado.

–¿Por qué no me dijiste que venías? –preguntó–, esto es tan…

–¿Inesperado? –dijo ella rápidamente–, ya lo sé.

Estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de que él la ayudara. No sabía cómo, pero estaba segura de que Paulo Dantes era la clase de hombre capaz de hacer frente a cualquier situación que se le presentara en la vida.

–¿No recibiste mi carta? –preguntó ella.

Él afirmó pensativamente con la cabeza. Era una carta incoherente, en la que mencionaba la posibilidad de ir pronto a Inglaterra. Pero ese «pronto» él lo había interpretado como que serían años, y no la esperaba en esos momentos, cuando ella estaba aún en la universidad.

–Sí recibí tu carta, pero eso fue hace dos meses.

La había escrito el día en que lo supo con seguridad. El día en que se dio cuenta del problema que tenía.

–No debería presentarme de esta manera, intenté llamarte y al estar la línea ocupada supe que estabas aquí y yo…

Su voz se hizo más débil, sin saber cómo seguir. Había ensayado mentalmente una y otra vez lo que iba a decirle, pero la turbadora visión de Paulo semidesnudo la había aturdido y las palabras tan cuidadosamente ensayadas no acudían a su boca. Además, lo que tenía que decirle no era algo que pudiera ser dicho en la puerta de su casa.

–Creí que estaría bien darte una sorpresa –dijo sin convencimiento para acabar la frase que había dejado a medias.

–Pues desde luego lo has hecho.

–Lo siento, he venido en mal momento.

–Bueno, no voy a negar que estaba ocupado –murmuró al tiempo que tanteaba la toalla alrededor de sus caderas, como para comprobar que el nudo que la sujetaba estaba seguro–, pero me puedo vestir y afeitar en un par de minutos.

–Puedo volver más tarde.

–¿Cómo? ¿Dejarte ir cuando has viajado tantos kilómetros? De eso nada, estoy intrigado por saber qué trae a Isabella Fernandes a Inglaterra de forma tan dramática.

Isabella palideció al imaginar cuál sería su reacción cuando le revelara la importante noticia.

Pero había un último obstáculo por superar antes de atreverse a

aceptar su hospitalidad, y era que lo que tenía que contarle era solo para sus oídos.

–¿Está Eduardo aquí?

Entonces, la cara de Paulo, que era especialmente dura e intransigente, se suavizó, y una sonrisa de auténtico placer se dibujó en ella, haciéndole parecer escandalosamente guapo, más de lo que le había parecido antes.

–¿Eduardo? Desgraciadamente, no. Los niños de diez años prefieren jugar al fútbol con sus amigos a hacer compañía a su padre, y mi hijo no es una excepción. Volverá más tarde. Una… –inexplicablemente aquí dudó al decirlo–, una amiga lo traerá a casa.

–Ah –la palabra sonó con cierta desilusión. Isabella se preguntaba quién sería la amiga mientras se limpiaba rápidamente una gota de lluvia de la mejilla.

Paulo observó el brusco movimiento de su mano. «Parece nerviosa», pensó. «Demasiado nerviosa». No era una característica de Isabella. Disparaba mejor que la mayoría de los hombres, y montaba a caballo con una elegancia fuera de lo común. La había visto crecer y pasar de niña a mujer de año en año.

–Lo verás más tarde. Venga, quítate esa gabardina mojada. Estás temblando.

Estaba temblando por varias razones, y el frío era la última de ellas.

–Gracias.

Permanecía de pie bajo el brillo de la luz artificial situada encima de ellos, sintiéndose extraña en este nuevo entorno. Y por el hecho de que Paulo estuviese de pie junto a ella, todavía sin vestir, envuelto en un suave aroma a limón, tan tranquilo como si llevara un traje.

Con los dedos insensibles, intentó torpemente desabrocharse los botones de su gabardina, y Paulo sintió la imperiosa necesidad de desabrochárselos él mismo como se haría con un niño, aunque una lujuriosa mirada a la camiseta que marcaba sus pechos reafirmaba el hecho de que era cualquier cosa menos una niña.

Y si él no se ponía algo de ropa enseguida…

–No puedo creer que no te compraras un paraguas, Bella –le dijo burlonamente en un intento de alejar sus incómodos pensamientos–. ¿No te dijo nadie que en Inglaterra llueve sin parar? ¡E incluso un

poco más en verano!

–Pensé comprar uno cuando llegara aquí, pero luego… se me olvidó –dijo, aunque un paraguas era lo último que se le hubiera podido pasar por la imaginación.

Había pasado semanas enteras discutiendo con su padre, diciéndole que era su vida y su decisión, que mucha gente de su edad dejaba la universidad, que eso no era el fin del mundo, pero la expresión en la cara de su padre indicaba lo contrario. Y él solo sabía la mitad de todo. Isabella tembló.

Paulo sintió el ligero temblor de su cuerpo al tirar de la manga de su gabardina. Colgó la prenda de una percha encima del radiador.

–Bueno, estás seca. Ven al salón.

La dejaba quedarse. Los dientes de Isabella empezaron a castañetear, pero con esfuerzo los controló.

–Gracias.

–¿Necesitas una toalla para el pelo? –le dijo, dirigiéndole una rápida mirada– ¿Te traigo una sudadera?

–No, de verdad. Estoy bien.

Pero no se sentía bien. Notaba las extremidades rígidas y frías mientras él la conducía a lo largo de un ancho pasillo hasta un cuarto de techo alto de estilo clásico, aunque con un toque informal gracias a los vivos colores que él había escogido. Isabella miró a su alrededor. Las paredes estaban pintadas de naranja y de rojo y cubiertas de cuadros, entre ellos uno que enseguida reconoció como el trabajo de un prometedor pintor brasileño. Dos enormes sofás estaban cubiertos de cojines, y en una mesa baja había revistas y papeles y un libro de fútbol.

Por todas partes había fotos del hijo de Paulo a distintas edades, y una foto de estudio en blanco y negro de una rubia preciosa de aspecto desenfadado, junto a un bebé. Como sabía Isabella, se trataba de Elizabeth, la mujer de Paulo.

–Ponte cómoda mientras yo me visto; después te preparo café, ¿te parece bien?

–Me encantaría un café –le contestó automáticamente.

Paulo volvió al cuarto de baño a terminar de afeitarse y se miró al espejo. Había algo diferente en ella. No solo se trataba de que hubiera engordado un poco. Algo había cambiado. Algo

indefinible…, más allá del brusco florecimiento sexual que había notado hacía pocos meses.

Paulo pasó la cuchilla con rapidez sobre la línea de su mandíbula.

Conocía a Isabella de toda la vida. Sus padres habían sido amigos, y la amistad había sobrevivido a la separación cuando el padre de Paulo se instaló en Inglaterra, el hogar de su nueva mujer. Paulo había nacido en Brasil, pero había ido a vivir a Inglaterra a los seis años, y su padre había insistido en que hiciera una peregrinación anual a su país natal. Paulo había continuado haciéndolo tras la muerte de sus padres y el nacimiento de su propio hijo. Cada año, justo antes de que el Carnaval irrumpiera con un estallido de color, Eduardo y él se quedaban en el rancho de los Fernandes durante un par de semanas, y Paulo había visto a Isabella crecer. Había observado con interés cómo la niña florecía recorriendo el gran espectro del comportamiento adolescente. Había sido cabezota, caradura y malhumorada, como todas las adolescentes. A los diecisiete años, empezó a desarrollar una suave y voluptuosa belleza, pero todavía parecía muy joven. Aunque solo los separaban diez años, él ya era un hombre viudo y con un hijo y sentía que ella pertenecía a otra generación.

Pero algo le había ocurrido a Isabella a los veinte años. En un abrir y cerrar de ojos, su sexualidad había estallado vibrante y llena de fuerza, y Paulo lo había percibido, sintiendo arder sus sentidos. La había bajado del caballo sintiendo el estrechamiento de su cintura y la humedad de su camisa adherida a la piel sudorosa. Ambos dejaron de reírse, y Paulo vio el repentino oscurecimiento de sus pupilas cuando ella lo miró a los ojos con un deseo equiparable al suyo, tan potente como cualquier droga.

Y su conciencia le había dicho que se apartara de aquello.

Se quitó la toalla y se miró con incredulidad ante los primeros síntomas de excitación. Ese era el maldito problema de la atracción sexual: una vez que la sentías, no podías volver a la situación anterior. Su tranquila y sencilla relación con Isabella había desaparecido en aquel breve instante de deseo. Eso es lo que era diferente.

Su boca dibujó una mueca al arrugar la toalla y lanzarla con puntería al cesto de la ropa sucia; después, con cuidado, empezó a

vestirse.

Isabella se paseaba distraídamente por el salón, repasando mentalmente lo que le iba a decir, forzándose a ser fuerte, porque solo esa fuerza la sostendría en aquella prueba.

–Paulo, estoy…

No, no podía decírselo directamente. Tendría que empezar con un comentario anodino, pero serio. No importaba que, en lo más profundo, quisiera que su corazón gritara su angustia… porque ceder a sus sentimientos no beneficiaría a nadie en ese momento.

–Paulo, necesito tu ayuda…

Oyó tintineo de tazas y miró hacia arriba, aliviada al ver que se había puesto una camiseta y unos vaqueros. En su barbilla brillaba una gotita de color escarlata que atrajo su atención como un imán. Él vio el brillo ámbar de sus ojos mientras lo miraba fijamente, y sintió el sordo latido de su corazón como respuesta.

–¿Qué pasa? –preguntó con voz ronca.

–Te has cortado –murmuró ella, y la brillante visión de su sangre le pareció un augurio de lo ocurriría.

Paulo dirigió un dedo hacia su barbilla.

–¿Dónde?

–A la derecha. Sí. Ahí.

El dedo rozó la piel recién afeitada y limpió la gota de sangre. Mientras la miraba se preguntó si le habría temblado la mano. No podía recordar la última vez que se había cortado al afeitarse.

–Bueno –dijo metiéndose distraídamente el dedo en la boca con un gesto involuntariamente erótico–. El café.

Ella intentó adoptar una actitud despreocupada, pero no era nada fácil sintiendo constantemente el peso de la gran carga que la oprimía.

–No he tomado una taza de café desde que me marché de casa.

–Ya lo supongo –sonrió él.

Isabella observó cómo se acomodaba en el sofá, moviéndose con la gracia innata de un gato. En casa siempre lo llamaban «gato», y era fácil entender por qué.

Paulo era alto, moreno y esbelto, una mezcla incomparable de madre inglesa y padre brasileño. Su cara espectacular, con una mandíbula arrogante que parecía haber sido esculpida en piedra dorada y unos profundos ojos oscuros. Su lasciva boca sugería una

naturaleza profundamente sensual, con unas curvas marcadas y bien definidas que la hacían parecer creada para infligir placer y dolor a partes iguales.

Tomó la taza que él le ofrecía con una mano que amenazaba con empezar a temblar.

–Gracias.

«Esto es una locura», pensó Paulo mientras observaba su gélida y desconocida sonrisa y sus poco naturales movimientos. Era como estar en una habitación con una persona extraña. ¿Qué demonios le había pasado?

–¿Cómo está tu padre? –le preguntó cortésmente.

–Muy bien, gracias –intentó llevarse la taza a los labios, pero los dedos le temblaban tanto, que tuvo que dejarla con estrépito–. Te manda recuerdos.

–Devuélvele el saludo –dijo con calma, aunque le era difícil concentrarse cuando aquel temblor hacía que las sensuales curvas de Isabella se movieran desinhibidamente bajo la camiseta.

Isabella se preguntó si se estaba volviendo loca imaginando cosas o si la mirada de Paulo realmente se había posado como un relámpago sobre sus pechos. Se preguntó cuánto había visto, ¿había comenzado ya a averiguar su secreto? Discretamente, se miró a sí misma. No podía haber notado nada. La camiseta rosa fucsia era lo bastante amplia y los vaqueros no eran ajustados. Además, no había bulto visible todavía. Nada que mostrara que había un bebé en camino, excepto la dolorosa hinchazón de sus pechos y las repentinas náuseas que podían asaltarla en cualquier momento. Intentó sonreír, pero no lo logró.

–Supongo que te preguntas por qué estoy aquí.

–Bueno, ese pensamiento se me ha pasado por la cabeza –dijo él, disfrazando su curiosidad como una pequeña broma–, la gente no llega de Brasil sin anunciarlo. Antes telefonea. Y hay una buena distancia desde Vitória da Conquista.

Isabella giró la cabeza para mirar por la ventana sin cortinas al cielo lluvioso. Desde luego que la había. En casa, la temperatura sería templada como los besos y una suave y sensual brisa acariciaría la tierra.

–¿No deberías estar en la universidad? Aún no ha terminado el curso, ¿verdad?

–En realidad, he dejado la universidad.

–¿Por qué? –preguntó fríamente–, ¿es eso lo que los estudiantes que se creen modernos hacen este año?

A ella no le gustó su cambio de expresión ni la fría decepción que se reflejaba en sus ojos.

–No, no exactamente.

–¿Entonces por qué? –inquirió– ¿Es que no sabes lo importantes que son los títulos académicos en un mundo tan inseguro? ¿Qué quieres hacer tan importante que no puede esperar hasta el final del curso?

Iba a empezar a hablarle de sus deseos de viajar, de ver otro mundo distinto a aquel en el que había crecido, y entonces recordó. Eso ya no sería posible. Había perdido su derecho a realizar sus sueños.

–Tuve que… marcharme.

Paulo se extrañó. Su ansiedad era casi palpable y se inclinó hacia delante para observarla. Al percibir el cálido y almizclado aroma de su perfume, se retiró para evitar su seducción.

–¿Qué te pasa, Bella? –le preguntó suavemente–. ¿Qué ha pasado?

Era el momento de decírselo todo. Pero vio la inquietud en su cara, y las palabras se le atascaron en la garganta.

–No ha pasado nada –dijo con dificultad–, aparte del hecho de que me he marchado.

–Eso has dicho –él sintió que volvía a irritarse, y se aseguró de que ella lo notara–. Pero todavía no has dado una buena razón para ello.

Normalmente, no habría sido tan brusco con ella, pero esta no era una situación normal.

–Así que, Isabella –dijo suavemente–, todavía estoy esperando una explicación.

«Díselo», pensó. Pero, enfrentada a la dura desaprobación de sus ojos negros, notó que los nervios la volvían a traicionar.

–Estaba aburrida, bueno, estresada.

La miró con incredulidad.

–¿Por qué demonios se va a estresar una preciosa mujer de veinte años? ¿Se trata de un hombre?

–No, no hay ningún hombre –y esa era la verdad.

–¡Por el amor de Dios Bella, no es propio de ti que seas tan voluble! No puedo creer que una chica inteligente, una mujer… –se corrigió inmediatamente, y un latido rítmico empezó a martillear en su sien– como tú tire todo por la borda de esa forma solo porque está «aburrida», ¿y qué? Aguanta unos pocos meses más porque, créeme, querida –añadió sombríamente–, no hay nada tan «aburrido» como un trabajo sin futuro, que es lo único que conseguirás si dejas la universidad.

Y de repente ella supo que no se lo podría contar. En esos momentos, no. Ni dentro de diez minutos, quizá nunca. ¿Cómo iba a arriesgarse al desprecio de Paulo, a quien había adorado desde que tuvo uso de razón?

–No buscaba tu aprobación –dijo de forma poco expresiva.

–¡No parece que estés buscando más allá de tus narices! –le espetó–. ¿Y cómo piensas mantenerte? Supongo que esperas que papá te mande dinero.

Lo miró enfurecida.

–¡Claro que no! Haré lo que sea, soy joven y tengo salud. Sé cocinar. Soy buena con los niños. Y hablo inglés y portugués con fluidez.

–Un currículum muy recomendable –comentó él secamente.

–¿Me recomendarías para un trabajo, Paulo?

–No, maldita sea –su voz sonó como una caricia ronca–. Haría todo lo posible por hacerte cambiar de opinión.

Hubo una pausa, y entonces él le habló con el cariño que siempre había existido entre ellos hasta que la tentación hizo su aparición.

–Vete a casa, Bella. Termina tus estudios y vuelve dentro de un par de años –sus ojos se iluminaron al imaginar lo que dos años podían hacer con ella–. Entonces, te buscaré un trabajo, te doy mi palabra.

Bella se miró las manos, incapaz de mirarlo a los ojos mientras su voz se suavizaba. En un par de años todo su mundo habría cambiado hasta hacerse irreconocible de una forma que todavía era incapaz de imaginarse.

–Sí, probablemente tengas razón –mintió.

–Así que, ¿volverás a la universidad?

–Lo… lo pensaré –hizo la pantomima de mirar su reloj fingiendo

sorpresa–. Vaya, ya va siendo hora de que me vaya.

–No vas a ninguna parte –la corrigió él–, acabas de llegar. Quédate a ver a Eddie, volverá pronto.

–No, creo que no –se puso de pie, ansiosa por marcharse antes de que lo adivinase–. Quizá otro día.

–¿Dónde te alojas?

–Aquí cerca –dijo evasivamente.

–¿Dónde?

–En el Merton.

–En el Merton –repitió él pensativamente.

La acompañó hasta la puerta, y en ese momento oyeron el sonido de una llave girando en la cerradura. Por alguna razón, Paulo se sintió increíblemente culpable al abrirse la puerta y aparecer Judy, tan rubia y tranquila, vestida con tonos azules, con su hijo. En el momento en que el niño vio a Isabella, sus oscuros ojos se iluminaron.

–¡Bella! –exclamó, e inmediatamente empezó a hablar en portugués al tiempo que se lanzaba a sus brazos.

–¿Qué haces aquí? ¡Papá no me dijo que ibas a venir!

–Eso es porque papá tampoco lo sabía –dijo Paulo en el mismo idioma–. Bella simplemente se presentó sin avisar mientras tú estabas fuera.

–¿Te vas a quedar con nosotros? –exigió Eddie–. ¡Por favor, Bella, por favor! ¡Sí, por favor!

–Eduardo, no puedo –contestó Bella con una sonrisa de auténtico pesar. Había estado muy unida a Eduardo desde el principio, quizá porque los dos habían pasado una infancia sin madre. Le había enseñado a montar a caballo y a hablar portugués, y lo había visto crecer.

–Voy a estar viajando, quiero ver todo lo que pueda del país.

–¿Es una conversación privada? –preguntó la mujer de azul–, ¿o puede participar cualquiera?

Paulo sonrió disculpándose e inmediatamente empezó a hablar en inglés.

–¡Judy, discúlpame! Esta es Isabella Fernandes. Viene de Brasil y está de visita en Inglaterra. Isabella, ésta es Judy Jacob. Ella es…

–Soy su novia –lo ayudó Judy.

Isabella rezó para que su sonrisa no se apagara.

–Hola, encantada de conocerte.

Paulo lanzó a Judy una mirada pidiendo cooperación.

–Isabella es una vieja amiga de la familia…

–No tan vieja –le corrigió Judy suavemente, haciendo caso omiso de su súplica silenciosa–. De hecho, a mí me parece increíblemente joven.

–Nuestros padres fueron al colegio juntos –explicó Paulo–. Conozco a Isabella desde pequeño.

–Qué encantador –Judy sonrió brevemente a Isabella y se inclinó para besar a Paulo suavemente en los labios–. Yo siento estropear la fiesta, cariño, pero el espectáculo empieza a las…

–Y yo debo irme –añadió Isabella deprisa, porque ese beso la estaba poniendo enferma.

–Adiós, Paulo, adiós Judy, encantada de haberte conocido –su voz no flaqueó ante la falsedad de esas palabras–. Adiós, Eduardo –revolvió los oscuros cabellos del chico y le sonrió.

–¿Pero cuándo te veremos? –preguntó Eduardo.

–Os llamaré –mintió, pero mientras observaba el oscuro brillo de los ojos de Paulo, sospechó que él sabía tan bien como ella que no volvería otra vez. Porque ya no había sitio para ella en la vida de Paulo. Ningún hueco que pudiera llenar, embarazada o de cualquier otra forma. Y si hubiera habido la más pequeña esperanza de que significara para él algo más que una simple amistad…, pero esa esperanza se había extinguido con aquella novia que era la viva imagen de su fallecida esposa. Una novia que lo llamaba «cariño» y que tenía llave de su casa.

Pero, realmente, ¿qué había esperado? ¿Que podía presentarse sin más y decirle que se había escapado de casa, embarazada y sola, y que entonces él sonreiría y resolvería todos sus problemas?

No esperó al beso en las mejillas para no molestar a Judy más de lo que aparentemente ya lo había hecho. En vez de eso, se puso el abrigo y salió al atardecer, preguntándose a dónde ir.

Capítulo 2

Isabella! –gritó una mujer desde el pie de las escaleras–, baja enseguida, por favor.
Isabella suspiró en su habitación, en el último piso de una fea casa de estilo clásico en una urbanización de lujo. Se suponía que había acabado su trabajo y estaba descansando, que era lo que su cuerpo ansiaba y lo que el médico le había exigido en la última visita. Pero eso no era tan fácil. ¿Qué quería de ella ahora esa familia tan ruidosa y desorganizada?, se preguntó con cansancio. ¿No podían dejarla en paz ni cinco minutos? ¿No era suficiente que trabajara de la mañana a la noche, cuidando a los traviesos gemelos de la familia Stafford? Se suponía que las au pairs ayudaban a cuidar a los hijos y hacían unas ligeras tareas de la casa, ¿no? Se suponía que tenían tiempo para los estudios y el ocio. No tenían que cocinar, limpiar, planchar, coser y hacer de canguro noche tras noche sin ganar un dinero extra.

A veces, Isabella se preguntaba por qué aguantaba un trato, que, desde luego transgredía todas las leyes laborales. ¿Era débil? ¿O es que era tonta? Pero no tardó en darse cuenta de por qué aguantaba este mezquino comportamiento, una mirada al espejo le aseguraba que no podía exigir. Su redondo vientre estaba tan maduro como una sandía a punto de explotar, y la señora Stafford, con todos sus defectos, era la única persona que había aceptado darle trabajo con bebé incluido.

Por supuesto, siempre existía la posibilidad de volver a Brasil, o al rancho. Pero, ¿cómo iba a enfrentarse a su padre en esa situación?

Cuando en secreto se había hecho la prueba del embarazo y había dado positivo, le impresionó tanto, que no fue capaz de darle las malas noticias a su padre. Y cuanto más lo había aplazado, más difícil había resultado la tarea, por lo que, al final, había sido más fácil huir a Inglaterra. A Paulo. Sin imaginarse que el haber estado

encaprichada toda la vida de él haría imposible el contárselo. Venirse a vivir con los Stafford le había parecido lo más sensato en aquel momento, aunque se arrepintió desde el primer día.

O quizá el arrepentimiento tenía algo que ver con defraudar a los dos hombres que ella sabía que la adoraban.

–¡Isabella!

Aguantándose las ganas de gritarle a su jefa que la dejara en paz, se levantó de la cama y se puso las zapatillas de estar por casa. Si había algo de lo que estaba disfrutando en su embarazo, y por el momento era lo único, era de vestirse con ropas cómodas. Las cinturas elásticas y las blusas amplias podían hacerla parecer un saco de patatas, pero se sentía demasiado pesada como para que le importara.

–¡Voy! –contestó, al tiempo que bajaba las escaleras con cuidado. Los gemelos salieron corriendo del salón, con la excitación reflejándose en sus caras. Charlie y Richie eran unos gemelos de siete años, cuyo único propósito en la vida parecía ser hacerle a ella la vida imposible. Pero se había encariñado con ese par de muchachos, de ojos grandes y muecas traviesas y con unos niveles de energía demasiado elevados.

Los métodos educativos de Rosemary Stafford no eran los que Isabella hubiera escogido, pero al menos ella ejercía una pequeña influencia sobre sus vidas. Había intentado alejarlos de los videojuegos y la tele, que eran su entretenimiento diario. Al principio, habían protestado enérgicamente cuando ella había insistido en que se sentaran a leer juntos con ella cada tarde, pero se habían acostumbrado al ritual, incluso sospechaba, que, secretamente, disfrutaban.

–¡Tienes visita, Bella! –dijo Richie.

–¿Quién es? –preguntó ella.

–¡Es un hombre!

Isabella pestañeó.

–Pero si no conozco ninguno–, replicó.

La madre de Richie apareció por la puerta del salón.

–¿No es eso un poco exagerado?– dijo en voz baja, mirando significativamente el hinchado vientre de Isabella–. Debes de haber conocido al menos a uno.

Isabella prefirió no darse por aludida, de hecho, tenía mucha

práctica a la hora de ignorar los mordaces comentarios de su jefa. Desde el momento en que se instaló allí, Rosemary Stafford había hecho continuas referencias a su situación, embarazada y soltera, asumiendo con facilidad el papel de guardiana de la moral. Isabella pensaba que eso era bastante sorprendente, teniendo en cuenta que la señora Stafford se había quedado embarazada de los gemelos cuando su marido todavía vivía con su primera mujer.

Sonrió.

–¿Quién es?

La señora Stafford intentaba no parecer sorprendida.

–Dice que es un amigo de la familia.

Isabella veía que Charlie y Richie la estaban observando, pero no perdió la sonrisa, aunque una luz de aviso se había encendido en su subconsciente.

–¿Ha dicho su nombre?

–Sí.

–¿Y bien?

–Es un tal Paulo.

La sonrisa se heló en su boca.

–¿Paulo Da… Dantas? –consiguió preguntar.

–Ese mismo –dijo la señora Stafford con brío–. Está en la salita. Será mejor que vayas a hablar con él, no parece ser el tipo de hombre al que le guste que le hagan esperar.

Isabella se pasó ansiosamente la mano por el pelo. «¿Qué está haciendo aquí?» «¿Y qué aspecto tengo?» Se miró en el espejo del pasillo. Su oscura y espesa melena estaba recogida descuidadamente con un pasador de pelo. Su cara estaba pálida, gracias al invierno inglés, una palidez intensificada por el hecho de no llevar ni una gota de maquillaje.

–¿Por qué no me lo dijiste? –masculló la señora Stafford entre dientes.

–¿Decirle el qué?

–Que un hombre así era el padre de tu hijo.

Isabella iba a protestar, pero su jefa estaba abriendo la puerta de la salita y ya era demasiado tarde. Solo podía entrar y enfrentarse con la situación. La habitación parecía más oscura de lo habitual, e Isabella se preguntó por qué, hasta que vio que Paulo estaba de pie mirando por la ventana, tapando gran parte de la luz.

Él se volvió lentamente al entrar ella en la habitación y la relajada postura de Paulo se tensó al ver el estado físico de Isabella. Su exagerada tripa. El volumen de sus pechos.

Ella vio el brillo de sus oscuros ojos al ver su vientre, e intentó descifrar sus pensamientos. Asombro. Horror. Desdén. Sí, todo eso. Deseaba poder salir corriendo de la habitación, o mejor aún, dar marcha atrás al reloj. Algo, lo que fuera, antes que tener que enfrentarse con esa amarga mirada, en ese estado tan penoso y vulnerable.

–Isabella –inclinó su cabeza a modo de saludo, pero su voz grave sonaba sin entonación.

Paulo llevaba un traje oscuro, como si hubiera acudido allí directamente de alguna importante reunión de negocios, sin haberse preocupado por cambiarse antes. Los elegantes pantalones resaltaban sus piernas delgadas y largas y la chaqueta cruzada marcaba sus anchos hombros y su pecho. La blancura de su camisa hacía que su piel reflejara un suave color aceitunado. Nunca antes lo había visto vestido de una manera tan formal, y la ropa de estilo clásico parecía aumentar la distancia entre ellos.

Isabella sintió los primeros síntomas de aprensión.

–Hola, Paulo –dijo con voz firme–. Deberías haberme avisado antes.

–¿Y si lo hubiera hecho? –su voz era terriblemente suave–. ¿Me habrías recibido así?

Ella se dio cuenta, por la oscura mirada que la atravesaba como un láser, que no era una pregunta retórica.

–No, probablemente no –admitió.

La señora Stafford, que había estado mirando a Paulo como una colegiala a una celebridad, se volvió a Isabella con una mirada de reconvención.

–Isabella, ¿dónde están tus modales? ¿No me vas a presentar a tu amigo? –dirigiendo a Paulo una sonrisa estúpida.

Isabella tragó saliva.

–Paulo, esta es Rosemary Stafford, para la que trabajo. Paulo es…

–Sea bienvenido –ronroneó la señora Stafford–. Bienvenido de veras. ¿Podemos ofrecerle algo? Isabella, ¿por qué no le preparas una bebida al señor Dantas?

–Líbrate de ella –dijo Paulo en portugués.

Isabella se sintió inexplicablemente nerviosa. Y desde luego sin fuerzas para desafiarlo.

–¿Le importaría dejarnos solos, señora Stafford? Es que, quisiera hablar en privado con mi… amigo, –dudó que la palabra sonara apropiada.

En la boca pintada de la señora Stafford se dibujó un mohín de petulancia.

–Sí, supongo que es lo que quieres. Seguramente tenéis muchos asuntos que resolver –dijo con un énfasis rígido, y salió velozmente del salón, pasando por donde Charlie y Richie rondaban junto a la puerta, intentando oír la conversación.

Paulo fue hacia la puerta y se encogió de hombros antes de cerrarla. Y cuando se volvió para mirar a Isabella, ella casi retrocedió por la mirada furiosa que ardía en sus ojos.

¿Pero qué derecho tenía a juzgarla? Isabella pensó en todo lo que había tenido que soportar desde que llegó a Inglaterra, y la furia de Paulo parecía poco en comparación. Levantó la cabeza para mirarlo a los ojos.

–Será mejor que te expliques –dijo él secamente.

–No te debo ninguna explicación.

Un latido empezó a martillear su sien.

–¿De verdad? –dijo en voz baja.

–Mi embarazo no tiene nada que ver contigo, Paulo.

La risa de él sonó falsa y amarga.

–Quizá no en el sentido convencional, pero me involucraste en el momento en que le dijiste a tu padre que venías a visitarme.

Ella lo miró con confusión.

–¡Pero eso fue hace meses! Antes de marcharme de Brasil. Y además, te visité. ¿Te acuerdas? ¿Aquel día que fui a tu casa?

–Por supuesto que sí –dijo al recordar lo que llevaba meses intentando olvidar–. Me pregunté por qué parecías tan nerviosa, tan inquieta –se había sentido muy excitado aquel día, y había pensado que el sentimiento era mutuo. Le había parecido la única explicación racional a la tensión que hubo entre ellos. Pero no le iba a contar eso–. También me di cuenta de que me ocultabas algo, y ya veo que así era –movió la cabeza con tristeza.

–Y ahora lo sabes.

–Sí, ahora lo sé –asintió con acritud–. Relacioné tu cansancio con el desfase horario –miró su tripa hinchada con renovado asombro–. ¡Estabas embarazada! ¿Cómo ha podido pasar esto, Bella?

Ella se encontró con su mirada acusadora y entonces sí se estremeció.

–¿Realmente quieres que te conteste?

–No. Tienes razón. No quiero que lo hagas –contestó de forma furiosa–. ¿No te das cuenta de que tu padre está enfermo de preocupación?

–¿Cómo lo sabes?

–¡Porque me llamó ayer desde Brasil!

–¿Por… por qué iba a llamarte a ti? –tartamudeó.

–Piénsalo –le repuso–. Me pidió que viniera a verte, que averiguara cuál era el problema. Por qué tus cartas han sido tan vagas. Tus llamadas tan poco frecuentes. Desde luego no tengo ganas de explicarle el porqué.

–¿Así que todavía no lo sabe? –preguntó.

–Parece ser que no –respondió fríamente–. A no ser que sea muy buen actor. Su principal preocupación parecía ser que no entendía por qué habías decidido dejar la universidad para convertirte en au pair.

–¡Pero él sabe todo eso! Le escribí y le dije que vivir en Inglaterra era bueno para mí profesionalmente.

Había estado mandando a su padre cartas bastante animadas con cierta regularidad, aunque con cuidado de no mencionar su estado. Por lo que él podía saber, ella probablemente volvería y repetiría su último año de universidad. Ella no había mencionado cuándo volvería casa, y no había preguntado. Isabella creía que lo había convencido de que era lo bastante sofisticada como para querer ver el mundo.

–¡Le he escrito todas las semanas!

La voz de Paulo siguió helada.

–Eso me dijo. Pero, desgraciadamente, las cartas recibidas del extranjero se leen y releen para encontrar significados ocultos. Tu padre sospechaba que no eras feliz, aunque no podría decir por qué. Me pidió que viniera a ver si todo estaba bien –otra vez volvió a reírse como antes–.Y aquí estoy.

–No tenías que haberte molestado.

–No. Tienes razón. No tenía que haberlo hecho –en su boca se reflejó el desdén, y se puso a mirar la insulsa habitación, con las paredes sin decorar, y filas de películas de vídeo donde debería haber libros. Amontonados en la gruesa alfombra color crema, había envoltorios de chocolatinas–. Vaya, vaya, vaya, desde luego has escogido un escondite con clase, Isabella –dijo arrastrando las palabras con sarcasmo.

Su crítica era acertada, pero no por ello menos incisiva. Se esforzó por encontrar algo positivo que decir.

–Me gustan los chicos –dijo al final–. Me he encariñado con ellos.

–¿Te refieres a los dos gamberros en monopatín a los que casi atropello con el coche?

Isabella palideció.

–¡Pero si no pueden jugar con ellos en la carretera! –¿cómo iba ella a vigilarlos las veinticuatro horas del día?– ¡Lo saben!

Paulo entrecerró los ojos al mirar su cara pálida, que no pegaba con su cuerpo hinchado y sintió cómo se le disparaba la adrenalina. Había experimentado un fuerte sentido de la injusticia una vez en su vida, cuando murió su mujer, y el sentimiento que lo envolvía ahora se parecía mucho. Y esa vez podía hacer algo.

–Respóndeme a una pregunta –le ordenó.

Isabella negó con la cabeza. La había esta esperando.

–No te diré el nombre del padre del bebé, si es lo que quieres saber.

–No es eso –casi sonrió. De alguna forma sabía que ella probablemente se negaría a decirle eso por orgullo. Pero se alegraba. El conocimiento podía ser peligroso, y si lo supiera, quizá sintiera la tentación de ir a buscar al bastardo responsable, y de…–. ¿Hay algo especial que te ate a esta casa, esta zona en particular?

–No. La verdad es que no. Solo…, los gemelos.

Eso le dijo más de lo que ella probablemente pretendía. Que el padre del bebé no vivía en la zona. Ni en esa casa. No era probable, pero sí posible. Apretó la boca. Gracias a Dios.

–Entonces sube y recoge tus cosas –le ordenó secamente–. Nos vamos.

–¿Ir a dónde?

–A cualquier sitio –carraspeó–. Con tal de que sea fuera de aquí.

Automáticamente, Isabella negó con la cabeza.

–No puedo marcharme…

–Claro que puedes.

–¡Pero los chicos me necesitan!

–Quizá sí –concedió–. ¡Pero tu bebé te necesita más! Y en este momento parece que vendría bien una buena comida y dormir a pierna suelta –controló su respiración con dificultad–. Así que ve por tus cosas.

–¡No voy a ninguna parte! –dijo con testarudez.

Paulo sonrió lamentándolo. Había esperado no tener que llegar a eso, pero podía ser tan implacable como el que más cuando creía en algo.

–Me temo que sí –le contestó sombríamente.

De repente, Isabella se preguntó por qué toleraba esa breve y seca orden.

–No me puedes obligar, Paulo.

–Estoy de acuerdo en que no sería acertado el ser visto llevando en brazos una mujer embarazada a mi coche, aunque estoy dispuesto a hacerlo, si hace falta –le dijo con un tono amenazador en sus palabras–. Puedes resistirte todo lo que quieras, Isabella, pero espero que no ocurra. Porque, pase lo que pase, yo ganaré. Siempre lo hago.

–¿Y si me niego?

Él no quería responder a esta pregunta, pero quizá era la única forma de hacerla entender que iba en serio.

–Podría amenazarte con decirle a tu padre la verdad de por qué te marchaste de Brasil. Pero la verdad podría desencadenar todo tipo de repercusiones, con las que quizá no quieras enfrentarte todavía. ¿Me equivoco?

–Tú no harías eso –musitó.

–Por supuesto que sí. Puedes estar segura.

Lo miró con furia impotente.

–¡Bastardo! –siseó.

–Por favor, no utilices esa palabra a modo de insulto –le espetó–. Es totalmente inapropiada dado tu estado actual –sus ojos miraron sus desnudos dedos–. A no ser que exista una boda secreta para añadir a tu lista de secretos –él leyó la respuesta de Isabella en el

orgulloso temblor de sus labios–. ¿No? Entonces, querida Isabella, eso no te deja más opción que la de venirte conmigo.

Era demasiado fácil. Demasiado tentador. ¿Pero de qué serviría? ¿Podría acostumbrarse a esa fría opinión, que endurecía su cara de manera que ya no parecía Paulo, sino un extraño?

–No puedo marcharme sin avisar. ¿Qué van a hacer los niños?

Él se contuvo de decirle que sus prioridades estaban equivocadas.

–¿Tienen a su madre, no? Así que, por una vez, tendrá que hacerse cargo de ellos. ¿Trabaja?

Isabella negó con la cabeza.

–No fuera de la casa –contestó automáticamente, tal y como le había enseñado la dueña de la casa. De hecho, la señora Stafford había convertido el ocio en su principal ocupación. Se iba de compras, tomaba café y comía con las amigas. Y, a veces, se pasaba el día entero en la cama, llamando por teléfono a las amigas…

–Corre arriba…

Isabella se giró hacia él, moviendo su abultado cuerpo torpemente al tiempo que la emoción de haber cargado con su secreto durante tanto tiempo pasaba factura. Contuvo las lágrimas que asomaban a sus ojos.

–No puedo ir corriendo a ningún sitio –tragó saliva.

Él resistió el deseo de tomarla en sus brazos y darle el consuelo que necesitaba. No era ni el lugar ni el momento.

–Ya sé que no puedes, por eso te ofrezco mi ayuda. Si tú vas a hacer las maletas, yo me ocupo de la señora Stafford.

–¿No debería decírselo yo? Se va a enfadar.

–Deja que se enfade conmigo. Vamos, querida, sube ya.

Oír aquel apelativo cariñoso en portugués hizo que se le encogiera el corazón. Hacía meses que no escuchaba su lengua materna, y eso causó una pequeña mella en la coraza con la que se protegía. Asintió con la cabeza e hizo lo que él le pedía, subiendo a su habitación, en el último piso de la casa, tan rápidamente como pudo.

No tenía demasiadas cosas que recoger, solo algunas prendas apropiadas para este frío clima y la nueva forma de su cuerpo: jerseys grandes, dos vestidos y dos pares de pantalones con enormes cinturillas elásticas.

También había tenido que comprar ropa interior nueva, lo que la había hecho sentirse señalada, como si todo el mundo supiera que estaba sola con su embarazo, convencida de que ningún hombre sentiría jamás amor y orgullo al contemplar los hinchados pechos que llenaban aquel sujetador.

Metió en la maleta la ropa, los pocos utensilios de baño que tenía y su pasaporte. En la ventana, había una foto del día de la boda de sus padres, y con el corazón abrumado, la guardó con el resto de sus posesiones. Luego, tras echar una última mirada al pequeño cuarto que había sido su casa durante los últimos cinco meses, cerró la puerta con cuidado.

Al pie de las escaleras la esperaba un grupo del que sobresalía Paulo, con el pelo negro como el ébano; a su lado estaba Rosemary Stafford, cuya furia casi se podía palpar mientras intentaba controlar a los dos niños.

–¿Queréis estar quietos? –les gritaba, pero ellos no hacían caso.

Charlie y Richie se movían inquietos por la inesperada excitación de lo que iba a ocurrir y, al mismo tiempo, con la inseguridad reflejada en sus ojos, como si presintiesen los cambios que iban a sufrir sus vidas.

Isabella llegó abajo y Paulo agarró su maleta.

–Voy a llevar esto al coche.

Quiso pedirle que no la dejara, pero hubiera sido una debilidad y una cobardía por su parte. Así que se volvió hacia Rosemary Stafford y repasó mentalmente las veces que la había ayudado. Las ocasiones en que, sin previo aviso, la dueña de la casa había dejado los niños a su cuidado sin que ella se quejara nunca. Ni una sola vez.

–Siento marcharme tan repentinamente…

–Por favor, ahórrame tus mentiras –masculló Rosemary Stafford.

–¡No son mentiras! –replicó Isabella–. No puedo seguir así. De verdad. Estoy muy cansada…

–¿Ah, no son mentiras? ¿Y qué son las «verdades» anteriores? –los brillantes labios de Rosemary Stafford dibujaron una fea mueca–. Como el asegurarme que el padre de tu hijo no iba a aparecer para trastornar la buena marcha de la casa…

Isabella iba a explicarle que Paulo no era el padre del bebé, pero, ¿de qué serviría? ¿Qué podía decir? Los niños estaban allí de

pie, con los ojos bien abiertos y escuchando cada palabra. E intentar que dos niños de siete años entendieran aquella extraña situación iba más allá de lo que sus fuerzas le permitían en aquellos momentos.

Removió el pelo de Richie con mano temblorosa. Era con el que se había encariñado más de los dos chicos, y no quería hacerle daño.

–Os escribiré… –empezó a decir.

–¡Quítale las manos de encima, y no seas estúpida! –mascullό la señora Stafford–. ¿Qué podrías contarle a un niño de siete años? ¿Cosas sobre el nacimiento? ¿O sobre la concepción?

Isabella tembló, preguntándose cómo la señora Stafford podía hablar así delante de sus hijos.

–Es hora de marcharnos, Isabella –dijo una suave voz detrás de ellos. Isabella se volvió y vio a Paulo en el marco de la puerta, con la cara ensombrecida y las facciones tan rígidas como si estuvieran esculpidas en mármol oscuro. Solo brillaban sus ojos, duros, oscuros, fríos como el hielo.

Isabella se agachó y dio un rápido abrazo a los niños. Richie estaba llorando, y ella tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no echarse también a llorar. Besó las dos rubias cabezas.

–¡Os escribiré! –volvió a decir en un susurro, al tiempo que Paulo la agarraba del brazo como a una inválida y la conducía al coche.

Capítulo 3

En cuanto se hubo cerrado la puerta de la casa tras ellos, Paulo retiró el brazo, y ella echó de menos su calor y su apoyo.

–El coche está un poco más arriba –dijo en tono seco.

Paulo había aparcado el coche allí a propósito, ya que al llegar a la casa no sabía lo que iba a encontrarse o a quién, ni si ella lo acompañaría por propia voluntad. Tampoco tenía decidido entonces lo que habría hecho si Isabella se hubiera negado a ir con él, pero sí había sido que no se marcharía sin ella.

Isabella caminaba a su lado, notando que él había aminorado el paso para adaptarse al suyo. Últimamente se quedaba sin aliento fácilmente.

–¿A dónde me llevas?

–Llevar implica el uso de la fuerza –la corrigió. La cabeza de Isabella solo le llegaba al hombro. Parecía demasiado pequeña para estar embarazada–. Y creo que vienes por propia voluntad.

«¿Y qué mujer no lo haría?», pensó ella con otra punzada de dolor.

–¿A dónde? –repitió sin aliento.

Un avión pasó por encima de ellos y él levantó la cabeza un momento para mirarlo.

–Por ahora tendrás que venir a casa conmigo… –Paulo la advirtió con la mirada, como si esperara alguna objeción–. Piénsalo antes de decir nada, Bella. Es lo más sensato.

¿Acaso no había sido esa su primera elección? ¿No era lo que quería antes de verlo medio desnudo en su casa, antes de que su corazón se helara al ver a aquella bonita mujer y antes de sentir que no podía enfrentarse a él con su terrible secreto?.

–¿Y bien?

Isabella asintió, preguntándose qué diría Judy esa vez.

–Supongo que sí.

–En cuanto a lo que haya que hacer después… –hizo una pausa–,

tienes varias opciones.

–¡No voy a volver a Brasil! –dijo–, y tú no me puedes obligar.

Paulo no contestó.

–Aquí está mi coche.

Un deportivo azul oscuro estaba aparcado cerca de la curva. Isabella reparó en la poca altura del coche.

–¿Qué pasa?

Isabella puso sus manos a cada lado del vientre.

–Mira…

–Estoy mirando.

–Estoy muy abultada.

Él abrió la puerta.

–¿Crees que no vas a caber?

–No mires, no será agradable –ella se inclinó para entrar en el coche. Paulo miró hacia la casa de la que acababan de salir. Los niños los miraban muy serios desde la ventana del piso superior. No podía prever las consecuencias de acoger a Isabella, pero sospechaba que la relación con su padre iba a sufrir un duro golpe.

Lo conocía desde niño. Y durante los últimos diez veranos, es decir, desde la muerte de su esposa, Eddie y él habían disfrutado sin interrupción de su hospitalidad.

Eddie había sido solo un bebé cuando su madre murió prematura y trágicamente en un atropello con fuga que había causado revuelo en todo el país. La persona que había matado a Elizabeth seguía en libertad. Durante aquellos solitarios e inseguros días, Paulo había considerado vital que Eddie conociera sus raíces suramericanas, y para ello había contado con el completo apoyo del padre de Isabella.

Por todo ello Paulo se sentía obligado a informar a Luis Fernandes de lo que le pasaba a su hija, pero, ¿y si ella esperaba que guardara su secreto? ¿Durante cuánto tiempo?

Aguardó a que se hubieran alejado de la curva antes de volver la cabeza en dirección a la casa.

–¿Cuánto tiempo pensabas quedarte allí?

–No lo sé –ella miró fijamente a la carretera–. Dejaba pasar los días. La señora Stafford me dijo que podría seguir con mis ocupaciones cuando tuviese el bebé.

Paulo apretó el volante.

–Sí, pero ¿hasta cuándo? ¿Hasta que el bebé tuviera seis meses, un año? ¿Habrías vuelto entonces a Brasil con un nieto que enseñarle a tu padre? ¿O pensabas ocultárselo para siempre?

–Ya te lo he dicho –le contestó cansada, deseando que dejara de hacerle esas preguntas aunque dándose cuenta también de que él se había contenido para no hacerle la pregunta más importante de todas–. De verdad que no lo sé. Y no porque no lo haya pensado. Créeme, lo he pensado tanto, que a veces la cabeza me daba vueltas, como si fuera a estallar…

¿No se había sentido él exactamente igual tras la muerte de Elizabeth, cuando el mundo perdió su sentido? Miró de reojo aquella cara pálida y dolorida, y sintió compasión.

–Y cuanto más lo pensabas, más confusa te sentías, así que seguías sin poder tomar una decisión, ¿verdad?

Su comprensión la desarmó, y la comodidad y la suave marcha del coche la relajaron. Isabella giró la cabeza hacia su ventanilla, para que él no percibiera sus emociones.

–¿Qué decisión puedo tomar? –replicó en voz baja–. Sea la que sea haré daño alguien.

Su voz era tan baja, que apenas la oía, pero Paulo notaba que estaba a punto de llorar. No era el momento de acribillarla a preguntas, cuando parecía tan pequeña y vulnerable, como si a pesar de tener el cuerpo tan hinchado un soplo de viento pudiera llevársela.

Paulo pensó que había perdido toda su voluptuosidad..

–No has comido bien.

–No me queda mucho sitio para la comida.

–¿Has cenado?

–No –admitió. Había permanecido en su habitación, demasiado cansada para bajar a la cocina y buscar algo mínimamente alimenticio en la despensa llena de comida basura de los Stafford.

–Tu bebé necesita alimento –gruñó– y, por lo tanto, tú también. Te voy a llevar a cenar.

Sintió náuseas.

–No puedo pensar en comida ahora. Han ocurrido demasiadas cosas, seguro que lo entiendes.

–Puedes intentarlo –su boca dibujó una sonrisa burlona–. Por mí.

Entrelazó las manos en su regazo.

–Supongo que no me dejarás en paz hasta que diga que sí.

–Claro. Consuélate pensando que hago esto por tu bien.

–Qué amable eres.

Él oyó el sarcasmo, que, cosa rara, le hizo sonreír. Al menos su sentido del humor no había desaparecido del todo.

–Soy más práctico que amable –murmuró–, tenemos que hablar, y tú tienes que decidir tu futuro. Y no podemos hacerlo en privado en mi casa.

–¿Por Eduardo?

–Eso es –se preguntaba cómo iba a explicar el embarazo de Isabella a un niño que la idolatraba–. Querrá saber por qué estás aquí, y no podemos darle una respuesta si ni siquiera nosotros la conocemos. Además, puede que le resulte sorprendente verte… –las palabras le supieron amargas– embarazada.

Ella se acordó entonces de la bella mujer rubia que abrió la puerta de la casa de Paulo cuando hablaba con él el día de su primera y única visita..

–¿Y qué pasa con Judy? ¿No le importará que aparezca en tu casa?

–No lo creo.

Hubo una extraña pausa. Ella se volvió para mirarlo.

–Nuestra relación ha terminado.

–Ah –Isabella no estaba preparada para aquel repentino sentimiento de alivio, pero intentó que no se notara en su voz–. ¿Qué ha pasado?

Paulo apretó los labios para evitar contestarle que no era asunto suyo. Pero sí lo era. Sin saberlo, Isabella había despertado sus dudas respecto a Judy y, finalmente, había llegado la ruptura.

Hasta entonces, pensaba que una relación requería simplemente unos gustos comunes y una sexualidad mutuamente satisfactoria. Pero la visita de Isabella le había hecho consciente de que no había «chispa» entre Judy y él. Y algo que hasta aquel momento pensaba que iba bien le pareció de repente una increíble pérdida de tiempo.

–Nos fuimos alejando –dijo.

–¿Pero seguís siendo amigos?

–Supongo que sí –contestó con resignación. Porque eso era lo que Judy había querido. Se había conformado con su amistad en cuanto se dio cuenta de que por parte de él no había marcha atrás.

Pero en lo más profundo Paulo sabía que nunca podrían ser verdaderos amigos, pues ella aún lo deseaba demasiado–. No deberíamos estar hablando sobre mi vida amorosa, Isabella.

–Pues yo no quiero hablar de la mía –dijo ella tranquilamente.

–¿Significa eso que no me vas a decir quién es el padre del bebé?

Isabella se estremeció.

–Eso es.

–¿Lo conozco?

–¿Qué te hace pensar que te lo diría aunque lo conocieras?

Él pensó que su equivocada lealtad era tan exasperante como admirable.

–¿Y si te obligara a decírmelo? –la retó.

Las luces de las farolas proyectaban extrañas sombras sobre la cara del hombre, e Isabella se sintió repentinamente insegura.

–No puedes hacerlo.

–¿Qué te apuestas?

–Yo nunca apuesto.

–No puedo creerte, pues eres la viva prueba de que hiciste una tremenda apuesta –«y perdiste», pensó, aunque no lo dijo. El coche se detuvo en un semáforo, y él se volvió para verla mejor.

Isabella se olvidó del bebé. Se olvidó de todo. En la penumbra solo veía sus ojos. Oscuros, penetrantes, provocativos. Como el chocolate. Y ella se había vuelto loca estos últimos ocho meses precisamente por el chocolate.

–Paulo…

Pero él había puesto de nuevo su atención en la carretera.

–Ya hemos llegado –dijo secamente.

Isabella suspiró aliviada al tiempo que él detenía el coche a la altura de un restaurante italiano. Solo Dios sabía lo que había estado a punto de decirle cuando susurró su nombre. El restaurante era pequeño y estaba iluminado con velas. Se encontraba casi lleno, e Isabella creía que no podrían quedarse. Pero no fue así. Lo conocían bien. Paulo pidió una mesa en un rincón apartado y se la dieron.

Ella ojeó el menú. Cuando levantó la vista de nuevo lo encontró mirándola fijamente.

–¿Sabes ya lo que vas a pedir?

Ella negó con la cabeza.

Paulo recorrió el menú con el dedo.

–¿Por qué no pruebas la lasaña de espinacas? –sugirió–. Muchas vitaminas para fortalecerte. Y tú, querida, desde luego lo necesitas.

Asintió obedientemente.

–De acuerdo.

No estaba acostumbrado a tanta pasividad por parte de Isabella, y pensó en el cansancio que reflejaba su cara mientras se acercaba el camarero.

–Tómate un zumo de tomate –casi era una orden–. ¿Te gusta, verdad?

–Sí, gracias –desdobló la servilleta y se la colocó sobre las piernas mientras él pedía la comida.

–Bueno –Paulo pasó el dedo pensativamente por el mantel blanco y se inclinó hacia ella–. Tenemos, o mejor dicho, tienes que tomar unas cuantas decisiones.

–¡No me voy a casa!

–No, ya lo dijiste –su boca se endureció–. De todas formas, tu objeción es un formalismo, pues ninguna compañía aérea te permitiría volar en un estado tan avanzado de embarazo.

Fijó la oscura mirada en su vientre, como si calculase el tiempo de gestación–. Así que estás de… ¿cuántas semanas?

Ella dudó.

–Treinta y siete.

–Solo faltan tres semanas –sus ojos la quemaban–. ¿Cuándo lo concebiste?

Isabella se ruborizó.

–No tengo por qué contestarte.

–No, claro que no –asintió–. Pero, en cualquier caso, lo puedo calcular yo mismo –sus ojos se entrecerraron mientras calculaba mentalmente, luego los abrió para mirarla con asombro–. Eso nos sitúa más o menos en Carnaval.

–Paulo, ¿es necesario?

Él la ignoró.

–Lo que significa que te quedaste embarazada justo después de que yo me marchara.

Ella pensó que no tenía ningún sentido negarlo.

–Sí.

–O quizá fue durante mi visita –sugirió. No había previsto un

ataque de celos.
–¡No! –se apresuró a decir Isabella.
Él frunció el ceño, sin importarle que el camarero estuviera sirviéndolos.
–Entonces, ¿quién es? No recuerdo haberte visto con nadie. Ningún amante ardiente por ninguna parte. Ni recuerdo que salieras corriendo cada dos por tres para encontrarte con alguien.
Había sido todo lo contrario. Ella había estado a su lado la mayor parte del tiempo. Su padre incluso había bromeado sobre ello. «Se ha convertido en tu sombra, Paulo». El anciano se había reído, e Isabella lo había amenazado en broma con darle un puñetazo en el estómago mientras Paulo miraba el movimiento lujurioso de sus pechos con ojos hambrientos y corazón culpable. Estaba seguro de que, si su anfitrión hubiera sabido lo que pasaba por su mente, lo habría echado del rancho en aquel mismo instante.
–¿Quién es? –preguntó de nuevo, solo que esa vez su voz sonó débil.
Isabella empezó a comer la pasta mecánicamente. Hizo un esfuerzo para mirarlo a los ojos.
–¿El que me quede contigo está condicionado a que te diga quién es el padre del niño?
–No necesito saber su nombre. Desde luego no voy a intentar sonsacártelo –hubo una pausa larga y peligrosa–. Pero como aparezca exigiendo verte…
–No lo hará –se apresuró a decir Isabella–. No ocurrirá. Te doy mi palabra, Paulo.
–Pareces muy segura –miró a Isabella por encima del borde de su copa con una mirada oscura tan intensa como su siguiente pregunta–. ¿Quiere eso decir que la aventura ha terminado definitivamente?
¿La aventura? ¡Si él supiera!
–Sí –Isabella tragó saliva. Le debía la verdad. O al menos toda la verdad que fuera capaz de decirle sin parecer la mayor idiota sobre la faz de la tierra–. Se acabó. Realmente nunca llegó a empezar –sus ojos brillaban al mirar al hombre al que había idolatrado desde que podía recordar.
–Pero no puedo quedarme contigo ni un solo un minuto si me desprecias por lo que he hecho, Paulo.

–¿Despreciarte? –la miró y sintió una oleada de furia. Menuda forma de tener al primer bebé, pensó con acritud. No debería ser así para ninguna mujer, pero especialmente para Isabella.

Recordó la llegada al mundo de su hijo Eduardo, para la que Elizabeth había planeado todo hasta el último detalle. No se había dejado nada al azar, excepto quizá el mismo azar. Él había dicho en broma que la bolsa para el hospital estaba preparada casi desde el momento de la concepción, y Elizabeth se había reído. Su voz se dulcificó.

–¿Por qué iba a despreciarte?

–¿Por qué crees? –Isabella miró su plato fijamente–. Porque voy a tener un bebé. ¡Porque voy a ser una madre soltera! He defraudado a mi padre –dijo con voz ronca–, y a mí misma.

Él se inclinó hacia ella por encima de la mesa, de forma que la llama de la vela se reflejó en sus ojos negros.

–¡Escúchame, Isabella Fernandes, y deja de martirizarte! –susurró–. No vivimos en la Edad Media. Vas a criar a un hijo sola, ¿y qué? Un tercio de la población de Inglaterra está divorciada, y hay montones de niños víctimas de matrimonios rotos. Por lo menos tu hijo no tendrá que presenciar el deterioro de una relación.

–¡Pero yo no quería tener un bebé de esta forma!

–Sé que no –tomó su mano. La sentía pequeña, fría y sin vida, y empezó a acariciarla, dándole un poco de calor. Notó cómo temblaba y sintió la urgente necesidad de consolarla, de protegerla–. No hay un hotel Merton, ¿verdad? –preguntó de repente.

–¿Cómo lo sabes?

Su boca se torció con una extraña sonrisa.

–¿Tú qué crees? Fui a buscarte.

–¿Lo hiciste?

–Claro.

Después de que ella se marchara de su casa tan bruscamente, él había ido al teatro con Judy. Estuvo aburrido y distraído durante la obra, viéndose obligado después a soportar las indiscretas preguntas de Judy, que se había empeñado en averiguar todo sobre Isabella. El exceso de vino había hecho llorar a Judy, que lo acusó de ocultar algo sobre su relación con la chica brasileña. Había hecho acusaciones sobre Isabella que lo habían horrorizado tanto como lo

habían excitado…

La había llevado a su casa y se había resistido a todos sus intentos de seducirlo. Después, había llamado a información telefónica para pedir el número del hotel Merton. Así descubrió que no existía tal sitio.

Pensó que Isabella no quería que la encontrara, lo que lo sorprendió porque las mujeres normalmente le facilitaban que las localizara. Pero estaba en su derecho, pensó contrariado.

Y ahora sabía por qué.

–¿Por qué viniste a verme ese día, Bella? ¿Para pedirme ayuda?

–Yo… Sí. Esa fue la razón.

–Pero algo te hizo cambiar de opinión. Me pregunto qué –su mirada delataba interés–. ¿Por qué te fuiste sin decírmelo?

–No lo pude soportar. Cuando llegó el momento, fui incapaz de decírtelo.

–¿Es eso todo? –le preguntó.

Volvió a dudar, pero no podía admitir que se había sentido intimidada por Judy. Y por el simple hecho de que él tuviera novia.

–Eso es todo. ¡Paulo! ¿Qué es lo que he hecho?

Las palabras entrecortadas de Isabella lo hirieron, y apretó su mano.

–Ya no puedes hacer nada. Has tenido mala suerte, eso es todo…

–No digas eso, por favor –hablaba en voz baja–. Estamos hablando de un bebé. No de mala suerte.

–No quería decir eso. Te arriesgaste y has pagado un precio muy alto –se rió con amargura–. ¿Es que nadie te ha hablado nunca de métodos anticonceptivos?

Pero se dio cuenta de que sus palabras le hacían imaginar cosas que no quería, Isabella en la intimidad con otro hombre, su oscura melena extendida en la almohada de un extraño como un abanico… y un sabor agrio le llenó la boca. Puso la servilleta sobre la mesa y la miró desafiante.

–Espero que al menos mereciera la pena, querida.

¿Merecer la pena? Isabella miró su plato fijamente, pero las lágrimas empañaban sus ojos. Si él supiera…

Capítulo 4

Daban las nueve cuando Paulo aparcaba en la tranquila y arbolada calle. Era una noche fría y clara, y la luz de la luna iluminaba las elegantes casas, bañándolas en una pálida luz plateada que hacía que parecieran encantadas.

–¿Estará durmiendo Eduardo? –preguntó Isabella soñolienta.

–Desde luego estás desfasada sobre la hora de irse a dormir los niños –contestó él al tiempo que introducía la llave en la cerradura–. Estará jugando con el ordenador, supongo –abrió la puerta y la dejó pasar, dejando la bolsa de Isabella en el pasillo de la entrada–. ¡Hola! –dijo sin gritar.

Se oía el ruido de los platos que alguien recogía. Luego, apareció una mujer de unos cincuenta años, secándose las manos en los pantalones. Tenía el pelo corto y rizado, de color rojo con mechas grises, y una cara pecosa, sin maquillar. Su polo y pantalones azul marino estaban tan limpios y bien planchados que parecían un uniforme. Miró brevemente la maleta de Isabella antes de sonreír a Paulo.

–¡Vaya! Has vuelto justo a tiempo para leerle un cuento a tu hijo.

–Pero si dice que es muy mayor para cuentos –replicó Paulo con una sonrisa.

–A no ser que sea su padre el que se lo lea. Eres la excepción que confirma la regla, Paulo. Como siempre –la mujer miró de nuevo a Isabella sonriendo amablemente–. ¡Hola!

–Jessie, quiero presentarte a Isabella Fernandes, una vieja amiga de la familia.

–Sí, lo sé. Eddie ha hablado mucho de ti –dijo Jessie todavía sonriendo.

–Isabella, ésta es Jessie Taylor, mucho más que un ama de llaves. ¿Cómo te describirías a ti misma, Jessie?

–Como tu fiel esclava ¿cómo, si no? Encantada de conocerte,

Isabella –Jessie le ofreció su mano–. Tu padre es el dueño de ese increíble rancho, ¿no?

–Ese mismo –asintió Isabella.

–¿No echas de menos Brasil?

–¡Solo en invierno! –Isabella bromeó envolviéndose en su gabardina, agradecida por la delicadeza de Jessie de no mencionar su estado.

–Isabella se quedará con nosotros por el momento, Jessie –dijo Paulo.

–Bien –Jessie asintió–. En el cuarto de invitados, ¿verdad? –preguntó en tono delicado.

Paulo frunció el ceño. ¿Pensaba Jessie que había traído a casa a una mujer en avanzado estado de gestación para pasar noches de sexo desenfrenado? Vio las ruborizadas mejillas de Isabella, y se dio cuenta de que ella había pensado lo mismo.

–Por supuesto que sí. En la habitación de invitados. ¿Está la cama preparada?

–No –dijo Jessie apresuradamente–, pero la puedo preparar ahora, antes de irme.

–Por favor, no se moleste –dijo Isabella rápidamente–, no soy una inválida, puedo hacerlo yo. ¡De verdad!

Pero Jessie negó con la cabeza.

–Santo cielo, no lo permito. Pareces muerta. ¿Por qué no te sientas, querida?

Isabella dudó.

–Vamos, siéntate –ordenó Paulo con suavidad–, ponte cómoda.

Estaba demasiado cansada como para discutir con él, con lo fácil y placentero que resultaba que Paulo tomara las decisiones.

Se tumbó en uno de los dos sofás que había en la habitación y, con cuidado, se quitó los zapatos. Tenía los pies hinchados. Levantó la vista y vio cómo él la observaba, con la frente surcada por la preocupación. Isabella sonrió levemente.

–Me dijiste que me pusiera cómoda.

–Sí, lo hice. Supongo que esperaba que discutieras –apuntó secamente–. No tenía ni idea de que fueras tan cabezota.

–Y yo no tenía ni idea de que fueras tan dominante.

–¿Ah, no? –se burló, y al no contestar ella nada sonrió–. Quédate aquí, voy a darle las buenas noches a Eddie.

Encontró a su hijo tapado con el edredón y con los ojos hinchados por el sueño.

–Hola, papá –bostezó Eddie.

–Hola, hijo –sonrió Paulo–, ¿leíste mi nota?

Eddie se restregó un ojo y bostezó otra vez.

–¿Qué tal está Bella?

–Cansada. Se va a quedar con nosotros.

La cara del niño se iluminó.

–¿Sí? ¡Qué bien! ¿Cuánto tiempo?

–Aún no lo sé –Paulo dudó cómo explicar aquella situación a un niño de diez años. Finalmente decidió que lo mejor era decirle simplemente la verdad–. Va a tener un bebé.

Eddie dejó de restregarse el ojo y miró a su padre.

–¿Sí? ¿Cuándo?

Paulo sonrió.

–Pronto, muy pronto.

Eddie se incorporó en la cama como un rayo.

–¿Y se quedará a vivir con nosotros el bebé también?

–Lo dudo –dijo Paulo–. Probablemente vuelvan a casa, a Brasil, cuando haya nacido.

–Ah, –dijo Eddie decepcionado, y volvió a meterse bajo el edredón–. Llamó Judy.

–¿Sí? –Paulo frunció el ceño. Siempre había sido muy sincero con las mujeres. Desde el principio les decía que no buscaba amor, ni una pareja para toda la vida o una madre para su hijo. Judy le había asegurado que aceptaba esa situación, aunque el tiempo había demostrado lo contrario y su comportamiento hacia Isabella había confirmado sus sospechas. Pero Judy era persistente, y él demasiado educado como para no contestar sus llamadas telefónicas.

–¿Qué quería? –preguntó con cautela.

Eddie hizo una mueca.

–Lo de siempre. Quería saber dónde estabas. Se quedó callada cuando le dije que habías ido a visitar a Bella.

–¿Ah, sí?

Eddie bostezó.

–Papá, ¿tengo que ir al colegio mañana?

–Claro que sí. Estás a mitad de curso.

–Sí, ya lo sé, pero… –Eddie se mordió el labio–, pero quiero ver a Bella, la última vez se fue corriendo.

–Esta vez no se va a ir a ninguna parte –dijo Paulo, pero pudo ver por la expresión en los ojos de su hijo que no estaba del todo convencido. Y pensó: «¿qué demonios? ¿Qué importa que falte un día si eso lo ayuda a acomodarse a esta nueva y extraña situación?»–. Quizá no vayas a clase –dijo al tiempo que agarraba el libro de cuentos que había a un lado de la litera.–. Pero recuerda que solo he dicho quizá. ¿Quieres que termine de leerte esto?

–¡Sí, por favor!

–¿Dónde nos habíamos quedado?

–En la parte donde convierte a su padre en sapo por error.

–¿No será eso lo que quieres tú? –Paulo empezó a leer.

Antes de acabar la segunda página, Eddie ya se había dormido. Paulo apagó la luz y salió de puntillas de la habitación, encontrando a Isabella tal y como la había dejado, tumbada en el sofá. Tenía las manos entrelazadas sobre el hinchado vientre, y la expresión serena.

Era la primera vez que veía su cara relajada, y se la quedó mirando un largo rato, pensando en cuánto habría tenido que soportar en aquella casa solitaria, embarazada, asustada, sola. Su pelo brillaba, esparcido sobre el cojín de terciopelo que hacía las veces de almohada, y sus largas y oscuras pestañas resaltaban en sus ojos cerrados. Se había desabrochado los dos botones superiores del vestido, revelando la piel increíblemente fina y tersa que cubría su pecho, como si estuviera hecha de mármol y no de carne y hueso. Una vena dibujaba un suave trazo azul sobre su corazón, cuyo rápido palpitar era visible bajo la piel.

Escuchó un ruido y levantó la vista. Jessie estaba de pie al otro lado de la habitación con el gesto pensativo mientras lo observaba. Parecía estar deseando hacerle una pregunta, pero lo que dijo fue totalmente inocuo.

–La habitación de invitados está lista –dijo, y esperó.

–Gracias –Paulo se alejó de donde dormía Isabella y entró en el comedor para servirse un whisky mientras decidía qué debía hacer.

Jessie había trabajado para él desde que Elizabeth murió. A veces, pensaba que la habían enviado los ángeles y no una agencia de empleo. Ella también era viuda, y sabía que la ayuda práctica era

mejor que todos los lamentos del mundo. Era lo suficientemente joven como para resultar una compañía divertida para Eddie, pero no tanto como para pensar que se estaba perdiendo algo en la vida al cuidar de un niño que no era el suyo.

Paulo sabía que esperaba alguna explicación, y que se la debía. Pero no quería hablar sobre Isabella mientras ella dormía. Tomó un sorbo de whisky y dirigió sus preocupados ojos hacia Jessie.

–Me marcho –dijo ella–, hay una ensalada en el frigorífico, por si tienes hambre.

–Comimos de camino a casa –señaló con la cabeza hacia donde estaba la bebida–. ¿Tomas algo?

Jessie negó con la cabeza.

–No gracias, tengo una cita.

–¿Una cita?

En la sonrisa de ella había un ligero reproche.

–No te sorprendas tanto. Ya sé que tengo cuarenta y muchos, pero todavía soy capaz de tener una relación.

Se le ocurrió que, realmente, Jessie podría enamorarse. Incluso dejarlo. Y por extraño que pareciera, la idea le asustó menos de lo que habría imaginado.

–¿Va… en serio?

–Por ahora no, pero quizá dentro de poco.

–¡Vaya! Y yo pensando que estabas enamorada de tu trabajo.

–En tus sueños.

Paulo la siguió hasta la puerta de la calle, donde la ayudó a ponerse el abrigo y le alcanzó los guantes.

–Escucha, Jessie…

Ella lo miró.

–Estoy escuchando.

–Sobre Isabella…

–No me tienes que contar nada, y yo no te preguntaré nada. Bueno, quizá una sola cosa, aunque probablemente ya te la imaginas.

La mirada de Paulo no mostraba otra cosa que curiosidad.

–¿El qué?

–¿Eres el padre?

Paulo se atragantó con el whisky, y tardó unos segundos en contestar.

–¡Jessie, eso es tan ofensivo, que resulta casi gracioso! –sus ojos oscuros brillaron con indignación–. ¿Hablas en serio? ¿Piensas que me iba a presentar con una mujer embarazada de un hijo mío? ¿Que he estado manteniendo una relación con Judy mientras dejaba a otra mujer embarazada?

–No, claro que no –Jessie se encogió de hombros y suspiró–. Dicho así parece una locura. Pero, ¿qué crees que va a pensar todo el mundo?

–¿Por qué iban a pensar eso? –rugió–. ¡Solo tiene veinte años!

–¡Y tú solo treinta! –contestó Jessie–. No es una diferencia abismal.

–Además, la conozco desde que era una niña –insistió él.

–Pues desde luego ya no lo es –le replicó Jessie.

Cuando Jessie se fue, Paulo volvió al salón para mirar de nuevo a la mujer que estaba durmiendo en el sofá, hipnotizado por el suave movimiento de su respiración. Jessie tenía razón. Isabella no era ninguna niña.

Tenía los brazos echados hacia atrás, por encima de la cabeza, y una sonrisa se dibujaba en su boca. La primera sonrisa verdadera que había visto en su rostro en todo el día, lo cual no era nada extraño dadas las circunstancias. Quizá el sueño era lo único que le ofrecía refugio en esos momentos. Y, con una punzada de dolor, se dio cuenta de lo mucho que había echado de menos aquella sonrisa.

Abrumado por un sentimiento de profunda compasión, se inclinó sobre ella y le puso una mano en el hombro, agitándola suavemente.

–Isabella –dijo en voz baja.

No respondió. Murmuró algo incomprensible y se acomodó en el sofá. El movimiento hizo que la tela de su vestido premamá se ajustara a sus caderas.

Isabella estaba preciosa. Paulo tragó saliva, mientras su cuerpo luchaba con su conciencia. Sintió que el deseo lo atravesaba como una flecha, más afilada aún dado lo inapropiado del momento. Debió hacer algún ruido, porque los párpados de ella se entreabrieron.

En aquel estado entre el sueño y la vigilia a Isabella le pareció perfectamente normal que el rostro de Paulo estuviera tan cerca del suyo, como si la fuera a besar. Era el sueño de su vida hecho

realidad. Extendió los brazos hacia él en un gesto inconsciente.

–¡Paulo! –susurró–. ¿Qué pasa?

Él se dijo que lo único que había ocurrido era que ella había provocado su instinto de protección. Nada más. La naturaleza era sabia, hacía parecer bellas a las mujeres embarazadas para que los hombres quisieran protegerlas.

–Es hora de acostarse– respondió en tono serio, mientras la confiada mirada de Isabella le apuñalaba el corazón–. Y, desde luego, lo necesitas. Si quieres, te llevo en brazos.

–¡No, por Dios! Puedo andar –protestó, ya completamente despierta–. Soy demasiado pesada para eso.

–Seguro que eres tan ligera como un pájaro. ¿Quieres que te lo demuestre?

–No –mintió, y se esforzó por incorporarse.

Él la ayudó a ponerse de pie y puso la mano en su cintura para sujetarla, igual que hiciera con Elizabeth.

Solo que Elizabeth era casi tan alta como él mientras que Isabella parecía muy pequeña a su lado, pues casi no le llegaba al hombro. Y sin embargo las apariencias eran engañosas, ya que él sabía lo fuerte que podía ser. Solo había que verla dominando a un caballo excitado, dominando su voluntad, para darse cuenta. Paulo nunca imaginó que pudiera parecer tan frágil.

–Vamos, apóyate en mí.

Demasiado soñolienta para rechazarlo, le permitió guiarla a una habitación del piso de arriba en la que había una cama grande cubierta por un edredón.

–Desvístete –le susurró.

Ella se dejó caer sobre el colchón y cerró los ojos.

–Isabella, desvístete o lo tendré que hacer yo por ti.

Sus ojos se abrieron de par en par. No era un sueño. Paulo estaba allí mismo. ¡Y amenazaba con desvestirla!

–Ya puedo yo, de veras.

La miró sin creerla, hasta que se desabrochó y se quitó el reloj de oro de la muñeca.

–Buenas noches –le dijo entonces con brusquedad.

–Buenas noches, Paulo.

Él dejó la puerta entornada para que, si se despertaba, entrara la luz del pasillo y no se asustara en la oscuridad.

Estaba nervioso. Demasiado nervioso para leer el periódico o para atender al montón de trabajo que tenía en el estudio. Se tomó un café, se duchó y se metió desnudo a la cama. Sentía las sábanas frescas, como seda contra su piel desnuda mientras pensaba en la mujer que dormía en la habitación contigua. Se preguntaba quién la habría dejado embarazada, y cómo podía convencerla de que volviese a su país, aparentemente la única opción racional que tenía. Miraba fijamente la oscuridad, preguntándose por qué ella le inquietaba tanto. Le era imposible conciliar el sueño, así que decidió trabajar un rato. Se puso unos vaqueros y una camiseta negra, y de camino al piso de abajo se paró un momento para ver a Isabella.

Estaba de lado, encogida, de cara a la puerta. Desde ese ángulo la curva de su vientre apenas si se notaba. Con la luz del pasillo bañando los contornos de su cara y sus labios ligeramente entreabiertos era fácil olvidarse de por qué estaba allí, y muy fácil imaginar que estaba en una cama de su casa por alguna razón totalmente distinta…

Paulo se dio la vuelta y bajó.

Rápidamente redujo la pila de trabajo a unas pocas hojas que su secretaria podía despachar al día siguiente. Miró su reloj y bostezó. Debería irse a la cama, pero encendió el ordenador y empezó a jugar al solitario.

Debió quedarse dormido, porque no oyó cómo se abría y se cerraba la puerta de la entrada. Tampoco oyó los suaves pasos que se dirigían a su estudio. De hecho, la primera señal que percibió fue una agitada respiración al otro lado de la puerta.

Sus ojos se abrieron de par en par, y sus sentidos se pusieron completamente alerta al darse cuenta de que estaba excitado sexualmente. Deseó que esa excitación desapareciera.

–¿Bella? –preguntó en voz baja–, ¿eres tú?

–Siento decepcionarte –contestó una agria voz femenina–. Solo soy yo.

Se incorporó al tiempo que una figura alta y esbelta entraba en la habitación. La miró desconcertado.

–¿Judy?

–Sí, Judy –fue la respuesta en tono sarcástico–. ¿Pensabas que era tu brasileñita aguafiestas?

Paulo extendió el brazo para encender la luz mientras miraba a la mujer que, sin haber sido invitada, se encontraba ante él.

La luz artificial aumentaba su rubia belleza, sus gráciles y largos miembros y sus brillantes ojos azules en aquella piel de alabastro. Llevaba unos vaqueros y una cazadora de piel. En su expresión, Paulo reconoció enseguida una potente mezcla de lujuria y celos. Él mantuvo una expresión neutra.

–Hola, Judy –dijo con cuidado–. No te esperaba.

Ella enarcó las cejas y se rió.

–Eso ya lo has demostrado.

–No sabía que aún tenías una llave.

–Eso es lo que hace la vida interesante, ¿no, Paulo? Estas pequeñas sorpresas.

Paulo suspiró.

–Judy, no quiero una escena.

–Ya lo sé. Por tu saludo es obvio lo que quieres.

–¿Qué quieres decir?

–¿Esa mujer está aquí? Sí, ¿verdad?

–¿Quieres decir Isabella?

Judy hizo una mueca, ignorando el aviso que había en el tono de voz de Paulo.

–¡Ya sabes que sí! Pensabas que era ella cuando he entrado, ¿no? Pues siento mucho defraudarte. ¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

Paulo no reaccionó. Lo único que delataba su estado de ánimo era la oscura advertencia que brillaba en sus ojos.

–No creo que sea un buen momento para esta conversación –dijo–. Aparte de que no es asunto tuyo.

Por un momento, la cara de Judy pareció casi fea al entrecruzarse en ella distintas emociones.

–Ella es la razón de que me dejaras, ¿no? No volviste a ser el mismo desde que ella vino a verte. Lo vi en tus ojos aquel día. Realmente la deseabas, ¿verdad, Paulo? De una forma en la que nunca me deseaste a mí.

Paulo se dio cuenta de que Judy no tenía ni idea de que Isabella estaba embarazada. Y no pensaba decírselo. Continuó como si ella no hubiera dicho nada.

–La verdad es que estoy muy cansado, así que si no te importa…

Judy leyó el rechazo en su rostro.

–¿Qué tiene ella que no tenga yo, Paulo? Dime solo eso –suplicó.

Él negó con la cabeza.

–Vete a casa. Vete a casa ahora antes de que sea demasiado tarde.

Los ojos de Judy se iluminaron al malinterpretar completamente sus palabras.

–¿Demasiado tarde para qué? ¿Para resistirte a lo que deseas? A lo mejor no quiero que te resistas. Quizá yo lo deseo tanto como tú –se dirigió hacia la mesa. El fuerte olor de su perfume invadió los sentidos del hombre, paralizándolo–. Vamos, Paulo, por los viejos tiempos.

Él negó con la cabeza, sintiendo una sensación de rechazo ascender por su columna.

–No.

–¿No? –ella se echó el pelo hacia atrás–. ¿Seguro?

Paulo pensó que la situación era increíble. Una rubia preciosa suplicándole que le hiciera el amor. Era la fantasía de la mayoría de los hombres, y, sin embargo, allí estaba él, preocupado porque la visitante podía despertar a la mujer embarazada que dormía en el piso de arriba.

–Seguro. Baja la voz –dijo al tiempo que las necesidades de su cuerpo luchaban con su mente–. Y creo que será mejor que te marches ahora.

–¿Y si me quedo y… hago… esto? –ella acercó la mano con rapidez, y él supo inmediatamente dónde pretendía tocarlo.

–No quiero que lo hagas –y la agarró de la muñeca para detenerla–. No quiero que lo hagas –repitió–. Nunca más. ¿Entiendes?

Ella le miró fijamente a los ojos, como una mujer que jamás había sufrido el rechazo de un hombre, y retiró su mano de golpe.

–¿Por qué no? –se burló–. Supongo que lo quieres hacer con Bella, ¿no?

No tuvo necesidad de decirle que se marchara; su mirada debió de ser suficiente. Oyó cómo se iba corriendo por el pasillo y daba tal portazo al salir que resonó por toda la casa.

Esperó hasta que la respuesta automática de su cuerpo se apagó por completo, y notó un mal sabor en la boca. Apagó el ordenador y fue a beber algo.

Descalzo y en silencio fue hacia la cocina, donde se tomó un vaso de agua mientras miraba por la ventana al cielo oscuro de la noche. Fuera, las estrellas plateadas moteaban el cielo. Le vino a la mente la imagen del rancho del padre de Isabella, en Vitória da Conquista, donde las estrellas eran tan brillantes y cercanas, que parecía que podías alargar el brazo y tomarlas.

Apretó el vaso de agua vacío contra su mejilla caliente. ¿Qué demonios diría el padre de Isabella cuando descubriera que su querida hija iba a tener un bebé? Y de un padre al que se negaba a identificar. Se enfurecería.

Estaba pensando en volver a la cama cuando, al darse la vuelta, vio a Isabella de pie en la puerta mirándolo en silencio.

Se había puesto un camisón blanco y unos calcetines, y dos morenas trenzas colgaban a cada lado de su cara. Su gesto era increíblemente dulce e inocente, lo que, por contraste, hacía parecer indecente su vientre hinchado.

–¿Te he despertado? –preguntó él–. Obviamente sí.

—Oí ruidos y un portazo.

–¿Y te asustaste?

–Solo hasta que me di cuenta de dónde estaba. De todas formas, me habría despertado antes o después. Por la indigestión –dijo contestando a la pregunta que había en los ojos de él–, es normal cuando estás embarazada.

–¿Te apetece un vaso de leche?

–Sí, por favor.

–Pues siéntate que yo te lo traigo.

Isabella acercó una silla y se sentó.

Paulo abrió el frigorífico y sirvió un buen vaso de leche cremosa. Ya en el estudio, se apoyó en el montón de documentos para ver cómo se lo bebía. Le fascinó el bigote blanco que se le quedaba en el labio y cómo la punta de su lengua salía para limpiarlo. ¿Quién habría pensado que una mujer en un estado tan avanzado de gestación pudiera ser tan sexy?, se preguntaba.

Su mujer había estado enferma durante gran parte del embarazo. Los médicos le habían dicho que era «delicada». Como una pieza de porcelana china a la que no se atrevía a tocar por si se rompía. Pero Isabella parecía menos delicada, algo que sí se podía tocar.

Isabella sentía cómo la miraba. Intentaba beberse la leche con indiferencia, pero resultaba difícil. Y notaba cómo se movía el bebé al mismo tiempo que sus pechos le empezaban a doler de una forma que estaba segura que no tenía nada que ver con el embarazo. ¡Qué mensajes tan confusos y conflictivos le enviaba su cuerpo!

Puso sobre la mesa el vaso de leche medio vacío.

–¿Tuvo Elizabeth un embarazo fácil?

Paulo se quedó pensativo.

–No. No le fue muy bien. Estuvo enferma durante los primeros cinco meses, o más.

Allí, en el silencio de la noche, era más fácil hacer las preguntas que en otros momentos habían parecido inapropiadas.

–Debes de echarla de menos.

Por un momento no contestó.

–Sí. Al principio, muchísimo. Pero hace ya tanto tiempo de eso –hablaba despacio–, que a veces me parece como si le hubiera ocurrido a otra persona. Estuvimos juntos durante dos años, y Lizzie lleva muerta diez.

–¿Eduardo no hace preguntas?

– A veces.

Isabella lo estudió.

–¿Y no mantiene el contacto con la familia de su madre?

–Un poco –de repente su paciencia se agotó–. ¿Qué es esto Isabella? ¿El juego de la verdad?

Las mujeres no solían preguntarle sobre su mujer. De hecho, hacían todo lo contrario. Simulaban no ver las fotos de Elizabeth con el bebé. Nunca preguntaban al niño sobre su madre, como si no pudieran soportar el que Paulo hubiera amado a una mujer o hubiera tenido un hijo con ella.

–¿Es quieres hacerme contar todos los hechos dolorosos de mi vida? –dijo con crispación–. Sin embargo, tú te niegas obstinadamente a revelar el nombre del padre de tu hijo.

–Eso es distinto.

–¿Por qué?

–Porque no tiene ningún sentido que lo sepas –dijo ella secamente–. Te lo dije, se ha terminado.

–Entonces, ¿a qué viene este interrogatorio? ¿Es que hay reglas diferentes para ti y para mí?

Ella movió la cabeza.

–Si pensara que sirve de algo decírtelo, lo haría.

–Pero no te fías de que no vaya a utilizar la información –la tanteó suavemente.

–No. No me fío –admitió ella.

Por alguna inexplicable razón, él sonrió.

–Eres inteligente, querida, muy inteligente –murmuró.

Vio que una de sus trenzas, como una cuerda de seda, se deslizaba sobre su pecho al levantar ella la cabeza para mirarlo a los ojos.

–Vete a la cama, Bella –dijo bruscamente–, necesitas dormir, y yo tengo que conservar la cordura.

Isabella se detuvo en la puerta. La había advertido de que no hiciese más preguntas, pero ella necesitaba saber ciertas cosas. Por ejemplo, si Paulo tenía la costumbre de recibir visitas a altas horas de la noche…

–¿Hablabas con alguien antes?

–Tuve… una visita inesperada –se dijo que no había motivo para mantenerlo en secreto–. Era Judy.

–Pero me dijiste que habíais terminado –lo soltó sin pensar, y sin considerar que no tenía ningún derecho a hacer aquel comentario.

Él sabía que era una pregunta cargada de significado. Lo sabía, y le sorprendía. Bueno, quizá no tanto.

–Sí, hemos terminado –la miró con seriedad–. No volverá.

–Ah –mantuvo la voz lo más inexpresiva posible e intentó hacer lo mismo con la cara–. ¿Era serio lo vuestro? Supongo que sí, si ella tenía una llave de tu casa.

Paulo frunció el ceño, tentado de evitar la pregunta, porque instintivamente sabía que la verdad le haría daño.

–Yo ya nunca voy en serio, Bella –dijo con suavidad.

Ella sintió una punzada en el corazón

–No, claro. Bueno, es hora de que vuelva a la cama.

Paulo vio reflejarse en su cara distintas emociones. Quizá el instinto de Judy había sido más certero de lo que él había supuesto.

–Buenas noches, Isabella.

Capítulo 5

Un suave golpe en la puerta de su habitación despertó a Isabella, que bostezó al tomar el reloj de pulsera que había en la mesilla.

¡Cielo santo! Eran casi las diez. Se estiró bajo el edredón, sintiendo que había pasado la mejor noche de descanso desde que llegara a Inglaterra. Qué maravilloso era poder permitirse el lujo de levantarse tarde. A esas horas, en la casa de los Stafford ya llevaría tres horas levantada, habría hecho el desayuno, puesto una lavadora y estaría a punto de pasar la aspiradora.

Los golpes en la puerta se hicieron un poco más fuertes.

Se incorporó en la cama y se pasó las manos por las despeinadas trenzas.

–¡Adelante! –dijo.

Una cabecita morena asomó por la puerta. Era Eduardo. Y en su cara se reflejaban la cautela y la emoción.

–Hola, Eduardo –sonrió–. Pasa.

–Hola –dijo él cauteloso.

–¿O debería llamarte Eddie? Así es como te llama Jessie, ¿no? ¿Lo prefieres?

–Solo en Inglaterra –asintió–. Cuando estemos en Brasil me puedes llamar por mi verdadero nombre. ¿Abro las cortinas?

Ella notó su falta de seguridad y su sonrisa se hizo más amplia.

–Sí, por favor –así podré ver qué vistas tengo desde aquí.

La pálida luz del invierno entró a raudales al abrirse las cortinas y reveló el verde borroso del lejano parque. Eddie se volvió, e Isabella le hizo señas para que se sentara en el borde de la cama.

–Siéntate aquí. ¿O tienes que ir al colegio? –Isabella miró su reloj–. ¿No llegas un poco tarde?

–Papá dijo que podía faltar para darte la bienvenida –dijo el niño con timidez.

–Es un honor para mí –volvió a hacerle señas para que se sentara–. Ven a sentarte.

Por un momento, dudó, y luego se acercó a donde estaba ella, mirando su abultado abdomen con disimulo.

–Papá me ha dicho que vas a tener un bebé.

–Eso es –ella supuso que se lo había contado a Eddie la noche anterior, cuando había ido a leerle un cuento y ella se había quedado adormilada en el sofá. Se preguntaba qué le habría contado al niño. ¿Cómo le habría explicado la ausencia del padre? Quizá lo había convertido en una charla sobre la moralidad.

–¿Te duele? –preguntó Eddie.

Isabella sonrió

–No. ¿Por qué me iba a doler?

–Porque la piel se estira.

Ella se rió, y esto hizo que el bebé se moviera en señal de queja.

–La verdad es que no había pensado en ello. Me duele cuando da patadas. A veces me da justamente –se tocó las costillas y en su rostro se dibujó el dolor–, ¡aquí!

–A lo mejor va a ser jugador fútbol –dijo Eddie con ilusión.

–¿Y si es una niña?

Eddie se encogió de hombros.

–Entonces puede mirar.

–O puede ser la estrella de un equipo de chicas.

–No –Eddie negó convencido–. Las chicas no saben jugar bien al fútbol.

Isabella se rió, disfrutando de la comodidad de la cama y de la habitación, del sol de invierno que entraba por la ventana y hacía que la ropa de la cama brillara con destellos azules y blancos. Era una característica habitación de invitados, lujosamente decorada pero con poca personalidad. Un jarrón de flores quedaría bien. Pero si lo ponía podría parecer que se estaba instalando definitivamente.

–Papá dice que qué prefieres para desayunar, ¿café o té?

Isabella hizo una mueca.

–¿Tu padre preguntó eso? Dile que solo tomo café por las mañanas, y de Brasil.

–Bueno, pues entonces puedo leer la mente –murmuró Paulo apareciendo por la puerta con una bandeja en la que llevaba café con el olor más maravilloso del mundo.

Miró hacia la cama donde ella estaba sentada, con unos mechones de pelo negro escapándose de sus trenzas; Eddie también

estaba sentado al borde de la cama, y Paulo se quedó sin respiración.

Parecían una familia, sentados allí juntos, y por un momento imaginó cómo habría sido la vida si Elizabeth no hubiera muerto, un pensamiento que raramente se permitía. Eddie podría haber tenido hermanos y hermanas, y quizá se habría sentado al borde de la cama junto a su madre embarazada. Lo invadió la tristeza al sentir aquel vacío en la vida de su hijo.

–¿Puedo pasar?

–Claro –pero Isabella había notado la pasajera expresión de dolor en su rostro, y se preguntaba qué la había provocado.

–Papá, Bella dice que el bebé está dando patadas.

–Eso es lo que suelen hacer los bebés.

–¿Yo también lo hice?

–Pues claro –Paulo asintió y dejó la bandeja. No se había parado a pensar que el tener una mujer embarazada en casa haría que su hijo se planteara ciertas preguntas–. Tu madre solía decir que serías un gran jugador de fútbol cuando nacieras.

–¡Pero eso es lo que acabo de decirle a Isabella sobre su bebé!

Los brillantes ojos de Paulo se fijaron en los suyos.

–¿Dijiste eso? –preguntó al tiempo que servía el café.

Isabella deseaba haberse peinado un poco. Tomó la taza que él le ofrecía.

–Gracias.

Él observó su cara, buscando muestras de cansancio, pero no las encontró.

–¿Has dormido bien?

–Al final sí.

Eddie miró a su padre.

–¿A dónde vamos hoy, papá?

–Bueno, Isabella tiene que ir a ver a un médico…

–No lo necesito.

–Sí lo necesitas –respondió él.

–Pero si ya fui a uno la semana pasada –protestó Bella.

–Pero no en Londres. Y tienes que conocer al médico que te asistirá en el parto. Un brasileño amigo mío –removió el azúcar de su café–. Que además es uno de los mejores ginecólogos del país. Ya he hablado con él –él vio la negativa en su rostro y se volvió hacia

Eddie con una sonrisa–, tráele unas galletas a Isabella, por favor. Las mujeres embarazadas tienen que comer cuando se despiertan.

Isabella dejó su taza al tiempo que el niño salía corriendo de la habitación, y miró a Paulo fijamente.

–¡No soy tan provinciana como para necesitar que me asista uno de mi país!

–No. Pero, ¿por qué no hacerte la vida más fácil? Le puedes hablar en portugués y él te entenderá.

–¡Pero si soy bilingüe! –replicó ella.

La mirada de Paulo hablaba por sí sola.

–Ya sé que lo eres. Pero no estaré tranquilo hasta que alguien de confianza te haya visto.

–Ni que fuera un coche. Es asunto mío a qué médico voy, Paulo, no tuyo.

–Ya –sus ojos brillaron al mirarla–, pero tú has hecho que sea asunto mío.

–No. Eso lo hiciste tú solo. Mi padre simplemente te pidió que vieras cómo estaba –le replicó–. Tú fuiste el que se empeñó en traerme a tu casa.

–Pero tú accediste, y me temo que eso te pone bajo mi control. Me siento responsable de tu salud física y mental, y eso automáticamente me da ciertos derechos.

–¿Derechos? –lo miró fijamente, y una extraña excitación invadió su estómago–. ¿Qué tipo de derechos?

Él sonrió al percibir su reacción.

–Por ejemplo, asegurarme de que te cuidas, cosa que no has estado haciendo. Cosas tan simples como que te alimentes bien, que tomes aire fresco y que descanses. ¡Ah! Y un poco de ejercicio no te haría daño.

Isabella se preguntó si se estaba volviendo loca. Seguro que sí. Sus palabras parecían estar cargadas de insinuaciones sexuales esa mañana, y su mirada lo confirmaba. Dejó su taza vacía en la bandeja, diciéndose que no sabía nada sobre los hombres, y aún menos sobre Paulo Dantas, el hombre al que llamaban «gato».

Él tomó un sorbo de café y la miró por encima de la taza.

–Hablemos sobre las cosas para el bebé.

Isabella lo miró sin entender.

–¿Las cosas para el bebé? ¿Qué pasa con eso?

–Pues que no tienes nada, ¿no es así? No tienes cuna, ni cochecito. Ni siquiera tienes pañales. Además los bebés necesitan juguetes y estímulos.

Ella negó con la cabeza.

–No. Los bebés necesitan raíces y alas –lo contradijo pensativa–. Todo lo demás son extras.

–Muy idealista, Bella –dijo él secamente–. Pero, ¿dónde se supone que duermen?

–¡Los bebés pueden dormir en un cajón, si hace falta!

–¿Ah sí? –preguntó Eddie, entrando en la habitación con un plato de galletas.

–Por supuesto que sí –Isabella tomó una galleta–. Cuando la gente vivía en cavernas no había cunas, ¿no?

–Cuando la gente vivía en cavernas la palabra del hombre era ley, lo que me parece bien –dijo Paulo tranquilamente–. Y como hombre de la casa, sugiero que salgamos hoy a comprar todo lo que necesites.

–¿Podemos ir a la tienda de juguetes, papá? –preguntó Eddie ansiosamente.

–Solo si Isabella no está demasiado cansada. Por curiosidad, ¿cómo te ibas a apañar en la otra casa? ¿Realmente pensabas meter al bebé en un cajón?

–¡Claro que no! La señora Stafford dijo que podía usar las cosas viejas de los gemelos. Dijo que estaban en perfecto estado.

–Seguro que sí –dijo Paulo sombríamente–. Bueno, ¿por qué no te duchas y te vistes? –miró su reloj–, tienes cita con el médico a mediodía.

«Desde luego está mostrando una faceta muy autoritaria de su personalidad», pensó Isabella mientras se duchaba en el lujoso cuarto de baño. Cuando terminó, se puso su vestido premamá. Solo había comprado un par de ellos, tanto por falta de ganas como de posibilidades de invertir dinero en ropa que no se volvería a poner. Paulo no le había visto este, cuyo alegre color amarillo contrastaba con el pálido color de su piel y resaltaba los reflejos rojos de su pelo.

Se sentó con dificultad delante del tocador. Tomó el cepillo y se preguntó si tendría la energía necesaria para secarse el pelo, mechón a mechón.

Un movimiento en la puerta llamó su atención, y vio a Paulo reflejarse en el espejo. Con una sensación de culpabilidad, se fijó en cómo los oscuros pantalones se ajustaban perfectamente a sus caderas, y pensó que no debería estar pensando en sus piernas en aquellos momentos.

–¿Te ayudo? –preguntó él.

–¿A secarme el pelo?

Los ojos de Paulo brillaban, insinuando una sonrisa. Había visto dónde se habían fijado los ojos de ella

–A eso me refiero –se acercó al espejo y tomó el cepillo de la mano de ella–. Relájate –le dijo mientras pasaba el cepillo por los mechones enredados–. Tranquila.

«¿Que me relaje?» ¿Cómo iba a hacerlo, con la pelvis de Paulo a la altura de su espalda y el reflejo de sus ojos burlándose de ella en el espejo?

Pero el suave movimiento del cepillo la arrullaba, llevándola a un maravilloso estado de paz y calma que resultaba irónico si se tenía en cuenta lo precario de su situación. Supuso que eso era lo que llamaban «falsa seguridad», y permitió que su mirada se encontrara de nuevo con el duro reflejo de color ébano.

–Hoy debería hablar con tu padre, Bella. Estará esperando mi llamada. Y también tú debes hablar con él.

Ella consiguió dominar los nervios.

–Hoy no.

–¿Entonces, cuándo?

–Mañana, cuando esté… más tranquila.

–¿Crees que un día cambiará mucho las cosas? –le preguntó.

–No lo sé. Pero es que todavía no sé lo que le voy a decir.

–¿Y si le dices la verdad? –sugirió con sarcasmo–. ¿O eso es algo que está fuera de tu alcance?

–¡Nunca le he mentido! –se defendió.

Él se rió.

–No. En vez de eso, huiste. Me temo que las cosas no son así, Bella.

Ella se puso tensa.

–¿Cómo que las cosas no son así? ¡Lo serán si yo lo digo!

–No si yo decido contárselo –dijo él con suavidad.

–¡No harías eso!

–¿Ah, no? –dijo en el mismo tono calmado, aunque ligeramente más duro–. Créeme, haré todo lo que crea necesario para asegurar el bienestar tuyo y del bebé.

–¿Aunque no fuera lo que yo quiero?

–Lo que tú quieras no me importa. ¡Tus necesidades son lo que importa! ¿Te has parado a pensar en que las cosas podrían salir mal?

Isabella abrió los ojos de par en par, en señal de alarma.

–¿Como qué?

Él tomó aire. No quería asustarla, pero eso no significaba esconder la cabeza.

–Eres joven y estás sana, pero el embarazo tiene sus riesgos. Tu padre tiene que saberlo.

No quería tener que decir que podía ocurrir algo durante el parto… Apretó el cepillo con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

–No tienes por qué decirle quién es el padre –añadió tranquilamente–, al menos por el momento.

Tomó el secador de pelo y secó su melena.

–Primero vamos a ver qué dice el médico.

Ella lo miró alarmada, dándose cuenta de que, dijese lo que dijese, él haría caso omiso si pensaba que estaba haciendo lo mejor para ella.

El instinto le dijo que discutir con él sería una pérdida de tiempo.

–De acuerdo –dijo suspirando.

Con cuidado, Paulo tomó su voluminosa melena y la ató con una cinta de color azafrán que hacía juego con el vestido.

–Me gusta que estés de acuerdo –murmuró.

Ella lo miró a los ojos a través del espejo.

–¡No lo digas con la boca pequeña!

La consulta del médico se encontraba en un barrio residencial, e Isabella se preguntó cuánto costaría. Pero cuando intentó sacar el tema del dinero, él la silenció con un arrogante gesto de la mano.

El médico insistió en hablar en portugués durante el chequeo, a pesar de la afirmación de Isabella de que hablaba inglés perfectamente.

–Pero el portugués es tu lengua materna –el médico la sonrió–.

¿Quieres que Paulo se quede aquí? –añadió.

Isabella miró a Paulo horrorizada.

–No. No me quedaré –dijo Paulo, contestando a la mirada de Isabella con una sonrisa despreocupada–. Isabella es muy tradicional, ¿verdad querida? ¡Sabe la facilidad con la que se desmayan los hombres!

Ella le dirigió una sonrisa gélida justo antes de que la enfermera le pusiera el termómetro en la boca.

El médico le hizo un chequeo muy completo. Escuchó el latir del corazón del bebé con una anticuada trompetilla y también con el equipo técnico más moderno que ella había visto jamás.

Luego, Isabella se vistió de nuevo y se sentó frente al médico. No se había dado cuenta de lo nerviosa que estaba hasta que el médico la miró por encima de las gafas.

–Todo está bien, pero podría estar mejor. ¡No has descansando lo suficiente! –le dijo seriamente–. Y tu peso está un poco bajo. Debes cuidarte, ¿de acuerdo?

–Sí doctor –contestó.

Paulo entró de nuevo a la consulta y el médico extendió unas ecografías sobre la mesa.

–Mira qué bebé tan precioso tenéis –les sonrió a los dos.

Isabella tragó saliva al mirarlas. Se le hizo un nudo en la garganta y cuando levantó la vista vio a Paulo mirándola, su oscura mirada extrañamente luminosa.

–Un bebé precioso –asintió Paulo. Le sonrió de tal forma que hizo que se mareara y que no se enterara de lo que el médico le estaba diciendo a Paulo.

Incluso la enfermera estaba parloteando. Quería saberlo todo. ¿De qué parte de Brasil era?

–De Bahía.

–Precioso –contestó la enfermera–. La «Tierra de la Felicidad».

Parece ser que había veraneado allí de pequeña. Miró una de las ecografías que Isabella sujetaba, y sonrió. ¿Cuánto hacía que conocía a Paulo?

–Casi toda la vida –contestó automáticamente.

–¿Tanto? –la enfermera suspiró.

–Bueno, obviamente fui una niña durante gran parte de ese tiempo.

–Claro. Es un hombre atractivo, muy atractivo –susurró la enfermera, aunque Isabella pensó que eso no era muy profesional–. «Gato» –terminó la enfermera bruscamente, admirando las caderas de Paulo.

–¿Qué te contaba la enfermera? –le preguntó Paulo mientras salían de la clínica y se dirigían al coche.

–No gran cosa –contestó Isabella vagamente. Desde luego no iba a dejar que su ego se disparara diciéndole que la enfermera había acertado por casualidad su mote brasileño.

–¿Qué te contaba el médico a ti? –le preguntó Isabella.

Dudó y esperó a que ella estuviera acomodada dentro del coche, antes de decírselo.

–Que entre los dos, habíamos creado un maravilloso bebé.

–No dijo eso, ¿verdad?

–Sí, querida, lo hizo. Supongo que era una suposición natural dadas las circunstancias.

–¿Y por qué no le explicaste que no eres el padre?

–¿Y quién querías que le dijera que era el padre? –le preguntó, su voz fría otra vez.

–Eso es decisión mía.

–¿Quizá ni siquiera tú misma lo sepas? –la retó de forma insultante.

Isabella sintió cómo la sangre le subía a la cara. ¿Era eso lo que pensaba de ella? ¿Que cualquier hombre valía como padre?

–¡Claro que sé quién es el padre!

Una mirada de triunfo se reflejó en sus ojos y ella se dio cuenta, demasiado tarde, de que había caído en una trampa.

–Pero él no sabe lo del bebé, ¿no? ¿Se lo has dicho, Isabella?

Los labios de ella temblaron, pero no se podía permitir derrumbarse.

–No, no lo he hecho –se encontró atrapada por su inquisitiva mirada.

–¿Por qué no?

Ella había mantenido en secreto la identidad del padre del bebé porque en el momento en que dijera el nombre, a Paulo o a su padre, ya se podía imaginar el final. De alguna forma, encontrarían a Roberto, y le exigirían que asumiera las responsabilidades con su hijo. Isabella tembló. ¡Nunca!

–No tengo que contestar a eso –dijo.

–No, claro que no. Pero, ¿no crees que él, como padre, tiene derecho a saberlo? ¿Y no solo el derecho, sino la responsabilidad de participar en la crianza del niño?

–¡No, porque se acabó! No tiene sentido decírselo.

Pero mientras hablaba, sintió cómo el sentimiento de culpa se apoderaba de ella como un nubarrón. No estaba siendo justa con Paulo, permitiendo que pagara todo y dejando además que la cuidara. La había rescatado. Le había dado refugio. Un refugio que ella no se había dado cuenta que necesitaba hasta que se lo habían impuesto. Y quizá eso le diera algunos derechos.

Paulo giró la llave del coche con un gesto furioso. Se preguntaba por qué casi prefería que ella no supiera quién era el padre. Como si fuera menos doloroso imaginarla en una simple relación de una noche. ¿Amó a aquel hombre? ¿Lo querría todavía?

Quizá la afirmación de Bella de que todo había acabado fuera una estrategia. Quizá estaba usando al bebé para volver a entrar en la vida de aquel hombre. Podría estar planeando aparecer de nuevo con un dulce bebé en sus brazos. Un oscuro y orgulloso amante que, quizá, se conmovería por la repentina aparición de un hijo suyo. No sería la primera vez que ocurría.

Isabella lo miró de reojo y su corazón se hundió todavía más. A Paulo debía de parecerle que estaba dejando que el padre de su hijo se saliera con la suya. Pero no era así. La situación era bastante mala, pero si intentaba imaginar un futuro que involucrara a Roberto se ponía enferma. Un hombre al que ella no quería, y que no la quería a ella. ¿Qué otro efecto sino el desastre tendría sobre su vida?

–¿Paulo? –dijo tanteando, pero él golpeó el volante con la palma de su mano, en señal de frustración.

–¡No te tenía por una cobarde! –rugió–. ¿Qué crees que va a pasar después del nacimiento?

–No lo sé –contestó y en ese instante no le importaba ni siquiera que la hubiera llamado «cobarde», porque un cerco de acero oprimía su abdomen y su rostro se descompuso por el dolor.

Al mirarla la furia de Paulo se evaporó instantáneamente.

–No es el bebé, ¿verdad? –preguntó con ansiedad.

Ella respiró despacio, de la forma en que le habían enseñado.

–No lo creo.

Paulo redujo la marcha.

–¿Seguro?

Ella asintió.

–Es solo uno de esos… –se esforzó por recordar el término médico en inglés–. Contracciones de BraxtonHicks, las pruebas de la naturaleza antes de la hora de la verdad –apretó su cara contra el frío cristal del coche. Deseaba que Paulo no notara que estaba al borde de las lágrimas.

Pero él sí se dio cuenta. Se daba cuenta de casi todo. Pensó que, como método para dar por terminado su interrogatorio, la amenaza de las lágrimas era muy efectiva. Sintió una furia impotente desatarse en su interior, y deseó desahogarse con alguien o algo.

Si ella no hubiera estado embarazada, habría aparcado y la habría besado de la forma que ella se merecía y que los dos necesitaban. Sintió la primera ola de deseo y se preguntó sombríamente qué tendencia masoquista le daba esas ideas. Si hubiera estado solo, habría llevado el coche a la autopista más cercana y habría conducido a toda velocidad, pero tal y como estaban las cosas, no se atrevía; un simple bache y la cara de Isabella se pondría blanca otra vez por el dolor. Aminoró la marcha y escogió con cuidado las calles en mejor estado para volver a casa.

Cuando llegaron, Isabella estaba ya recuperada, pero Paulo la trató como a una inválida. Le hizo comer una tortilla francesa y una ensalada, e insistió en que se tumbara a descansar.

–¡Pero si no estoy cansada!

–¿De veras? –dijo, enarcando una ceja en señal de incredulidad.

–Estoy bien –insistió mientras dejaba que él se agachara y le quitara los zapatos–, de verdad.

–Pues no lo pareces –la recostó suavemente sobre las almohadas–. Pareces extenuada.

Isabella se acomodó y lo miró fijamente a los ojos.

–De todas formas, le prometiste a Eduardo que podíamos ir a comprar juguetes hoy, tenía ganas.

–Iremos. Pero tú tienes que dormir un poco –ordenó con firmeza. Apartó un mechón de pelo de su cara y con cuidado retiró las ecografías del bebé que ella sujetaba con fuerza entre sus manos.

–Eso es soborno –objetó ella adormilada.

–¿Y qué? –replicó él–. Recuerda lo que te dijo el médico.

Paulo fue unas cuantas veces a ver cómo estaba, diciéndose que simplemente estaba comprobando que los dolores habían sido una falsa alarma. Pero si era sincero consigo mismo, tenía que reconocer que disfrutaba viéndola dormir. ¿Acaso no le resultaba erótico?

Por supuesto que resultaban eróticos el rítmico subir y bajar de sus pechos maduros y llenos, la forma en que sus oscuras pestañas rozaban la cara sonrosada, su vientre abultado. Podía mirar, pero no tocar. ¿No era eso erótico?

Cuando Isabella se despertó, se sentía mucho mejor. Se lavó la cara con agua fría y se cepilló los dientes. Fue a buscar a Paulo y a su hijo, y los encontró sentados a la mesa del comedor, jugando al Scrabble.

Paulo levantó la vista y la observó detenidamente por un momento, asintiendo después con la cabeza satisfecho.

–Eso está mejor –murmuró.

–¡Bella! –exclamó Eddie al tiempo que su cara se iluminaba–. Papá dijo que no debía despertarte. Dijo que necesitabas descansar.

–Y tenía razón. Lo necesitaba.

–Dice que podemos ir a comprar juguetes para el bebé si te encuentras bien, Bella.

Paulo se puso de pie.

–Un momento, Eddie. Bella ha estado en el médico esta mañana. Quizá tengamos que dejar las compras para otro día –sus ojos oscuros como la noche se encontraron con los de ella–. ¿Cómo te encuentras?

–Perfectamente. Tengo ganas de ir.

–Muy bien. Pasaremos la tarde en la tienda de juguetes –se puso de pie con la agilidad de una pantera–. Con la condición de que me hagas caso y descanses cada vez que te lo diga.

Ella abrió la boca para decirle que no era su médico particular, pero el aviso en los ojos de él la hizo cambiar de opinión.

–De acuerdo, voy a arreglarme.

Paulo escogió una de las tiendas de juguetes más grandes de la capital. Él parecía estar dispuesto a comprarlo todo, e Isabella tuvo que contenerlo.

Después de haber mirado todos los artículos para bebé, Bella puso su mano sobre el brazo de Paulo.

–Solo necesito un cochecito que se convierta en cuna, Paulo, nada más por el momento.

Él observó los delgados dedos sin anillos resaltando sobre la oscura lana azul de su abrigo.

–¿Y la cuna? ¿Y la trona?

Ella negó con la cabeza antes de que él siguiera enumerando todos los artículos de la tienda.

–Nada de eso. Todavía no. Ocupan demasiado espacio y el bebé puede dormir en el cochecito hasta que… –su voz se hizo más débil.

–¿Hasta que vuelvas a Brasil?

Ella intentó imaginárselo, y no podía. Intentó imaginar que se quedaba allí con Paulo, y eso resultaba más difícil todavía.

–Supongo que sí. Mira, ahí viene la dependienta.

Finalmente, Isabella le dejó que comprara una sillita para el coche, un montón de mantas de cachemira y una cinta de música relajante para el bebé.

Estaba atrapada entre la felicidad y el deseo de protestar.

–No es necesario… –empezó a decir, pero la mirada de determinación de él hizo que se rindiera.

Fueron a buscar a Eduardo, que estaba absorto con un tren en el departamento de juguetes. Los miró y en su cara se reflejó la decepción.

–¿No puedo quedarme un poco más, papá?

–Claro que sí –sonrió su padre–. Venga, Isabella, vamos a ver con qué juega el bebé moderno.

Ella había pensado dejarle comprar el juguete más simple y barato. Pero una pirámide de peluches en tonos pastel llamó su atención.

–Son los colores ideales para la habitación del bebé –dijo Paulo. Sujetaba dos ositos, uno rosa y otro azul y los agitaba como si fueran semáforos, consiguiendo atraer la atención de la mayoría de las mujeres en la tienda.

–¿Qué prefieres, Bella, un niño o una niña?

Era una pregunta inocente que se hacía a todas las futuras mamás. Pero nadie se la había hecho hasta entonces a Bella. Quizá les diera vergüenza. Quizá la gente pensara que una mujer soltera con un embarazo no deseado no tenía las mismas esperanzas y temores que las demás. Pero las palabras de Paulo dispararon una

cadena compleja y primitiva de emociones que incluían la emoción, la desesperación y un terrible sentimiento de pena. Como si fueran una pareja normal que esperara un bebé y Paulo realmente el padre.

«Ojalá», pensó con nostalgia al tiempo que sus ojos se empañaban. «Ojalá».

–¿Isabella? –la voz de Paulo parecía venir de muy lejos. Ella intentó decir algo, pero las palabras sonaron entrecortadas–. ¡Isabella! ¿Qué te pasa?

–Na… nada.

Él vio el brillo de sus lágrimas, y actuó por instinto. Estaban de pie junto a una tienda de campaña. Empujó la puerta de plástico y entraron dentro. No había nadie. Ella se echó en sus brazos y se refugió en el calor de su abrigo, dejando que las lágrimas cayeran sobre su camisa de seda.

Él sintió el calor de la respiración estremecida contra su pecho, y sintió la imperiosa necesidad de acunarla.

–No podemos quedarnos aquí –dijo ella bruscamente. Una leve nota de histeria asomaba en sus lágrimas.

–¡Podemos quedarnos donde nos dé la maldita gana! –la contradijo en un susurro–. Tranquila, Bella. No te alteres… ni al bebé.

El vientre hinchado de la mujer se apretaba contra él de tal forma que podía sentir cómo se movía el bebé en su interior. Pero en vez de actuar como barrera natural, aquello le pareció de una intimidad insoportable. Lo que quería darle era consuelo, no ese latido incontrolable que martilleaba su cabeza y su entrepierna.

Deliberadamente, hizo el gesto más paternal pasando la palma de su mano por el pelo de Bella, acariciándola suavemente como si fuera un gato siamés mientras las lágrimas de ella le empapaban la camisa y el hombro.

Cuando el llanto se sosegó, Paulo limpió la última lágrima con la punta de su dedo y levantó la barbilla de ella, atrapándola en el dulce fuego de sus ojos.

–¿Quieres que hablemos? –murmuró.

¿Y decirle que deseaba que hubiese sido él el hombre que había hecho crecer la vida en su cuerpo? Negó con la cabeza.

–Estoy alterada –dijo–. Es un… –tragó saliva– momento muy

emotivo.

–¿Y me lo dices a mí? –dijo él con seriedad.

–¡Paulo!

–Lo sé –la abrazó con más fuerza. Temblaba mucho, y la sentía muy vulnerable en sus brazos. Muy pequeña. ¿Qué otra cosa podía hacer sino seguir abrazándola así? Se dio cuenta de que ella necesitaba ese abrazo. También él parecía necesitarlo.

–¿Qué pasa? –le preguntó en su propio idioma, sintiendo el cálido aliento de Bella sobre su pecho.

–Lo siento muchísimo.

Él apartó un mechón de pelo de su frente, húmedo por las lágrimas.

–No hay nada de lo que tengas que disculparte.

–Me he quedado embarazada, ¿no?

La mirada de él se afiló como un láser. Por un momento, su deseo de saber se impuso a la necesidad de ser cariñoso con ella.

–¿Adrede? –preguntó–. ¿Te arriesgaste, Bella? ¿Para conservar a un hombre que quizá no te quería tanto como tú a él?

Ella lo miró horrorizada.

–¡Claro que no! –era un hombre al que no quería. Y no le podía decir eso. Porque si lo admitía haría las consecuencias de su acto más difíciles aún de soportar. El amor habría justificado todo aquello.

Los ojos de Paulo mostraron una intuición alarmante.

–Incluso si te arrepientes, Bella, debes aprender a aceptar las consecuencias. Porque si no, sufrirás, y el bebé también –apartó el último mechón de pelo que se había escapado del lazo–. Venga, vamos a casa.

Dejó a Eduardo al cuidado de Isabella y a ésta sentada en uno de los bancos de madera que adornaban la entrada de la tienda, y él fue a acercar el coche a la entrada del edificio.

Ella lo miró. Observó su elegancia y su paso seguro, ajeno al hecho de que su figura podía parar el tráfico.

Y literalmente lo hizo. Se puso delante de los vehículos con arrogancia, y alzó una mano imperiosa para que tuviesen precaución mientras Bella se dirigía al coche. Varios aminoraron tanto la velocidad, que casi se habían parado para ver cómo aquel hombre de físico espectacular ayudaba a una mujer pálida y

embarazada entrar en el coche.

Capítulo 6

A dormir! –Paulo insistió en cuanto llegaron a casa.
–Pero…

–¡A dormir! –repitió–. A partir de ahora vamos a obedecer estrictamente al médico. Dijo que necesitas descansar, y voy a asegurarme de que lo hagas.

Su expresión le dijo que pelearse sería una pérdida de tiempo y energía, de forma que se fue a su habitación, donde la cama resultó casi tan acogedora como el abrazo de él en la tienda. Notaba la almohada suave contra su cara, y al tiempo que el sueño la envolvía recordó la forma en que él la había sujetado, con la preocupación asomándose a sus increíbles ojos oscuros.

Le llevó sopa, tostadas y fruta para cenar, y después de cenar, ella se durmió. Como si su cuerpo estuviera recuperando ansiosamente todo el descanso que le había sido negado durante su estancia con los Stafford.

Durmió toda la noche de un tirón. Cuando se despertó, todo estaba en silencio, lo que le hizo pensar que quizá no hubiera nadie en casa. Pero, después de ducharse y vestirse, encontró a Paulo tumbado en el sofá del cuarto de estar. Se le veía mucho más relajado de lo que a ella le había parecido hasta esos momentos. Su oscuro pelo descansaba alborotado sobre el cojín de seda. Un periódico estaba extendido sobre sus rodillas dobladas, y los vaqueros se pegaban a sus caderas como si fueran una segunda piel. El corazón de Isabella latía con fuerza contra sus costados, y el bebé le daba patadas, como si se quejara. Respiró profundamente para calmarse.

–Hola, Paulo.

Él apartó la vista del periódico, pensando en lo suave y cálida que parecía, falta de aliento y con los ojos brillantes. Y en cómo la inocente blusa blanca servía de fondo perfecto para sus oscuros y espesos cabellos rizados. Deseó poder desatar el lazo que los

sujetaba y dejar que el pelo cubriera sus hombros como el satén.

–Buenos días –dijo al tiempo que dejaba el periódico–, ¿o debería decir buenas tardes?

La respiración de Bella parecía haberse atascado en la garganta.

–Me he vuelto a dormir.

–Eso está bien.

–¿Has desayunado?

–Todavía no. Te estaba esperando. Y después me puse a leer y se me olvidó –estiró los brazos y se puso de pie–. Yo lo preparo.

–¿Dónde está Jessie?

–Se ha ido a hacer la compra –contestó él sin dudar. Había hecho salir al ama de llaves hacía una hora. Había algunas cosas que quería decirle a Isabella, y lo quería hacer en privado, pues si Jessie estuviera allí se sentiría coartado. Por primera vez tras la muerte de Elizabeth, se había sentido un poco agobiado por la mujer que había trabajado para él durante tanto tiempo. No podía decir si tenía algo que ver con la presencia de Isabella o con el hecho de que Jessie saliera con un hombre.

La actitud de Jessie había cambiado. Y no era tanto por lo que decía, sino por lo que no decía. Por la forma en que fruncía la boca y enarcaba las cejas, por sus sonrisas cómplices. Como si conociera un misterioso secreto que no quería decirle. Y desde luego él no iba a preguntarle qué demonios era.

Isabella echó un vistazo a los titulares del periódico, pero los dramas de las noticias mundiales no le interesaban mucho. Supuso que les ocurría lo mismo a todas las mujeres a esas alturas del embarazo, cuando el mundo se centraba en el bebé que llevaban en su interior.

Cuando se sentaron a desayunar era casi la hora del almuerzo. Paulo esperó a que ella se hubiera comido una pasta antes de empezar la conversación, sin importarle la forma en que lo miraba con aquellos grandes ojos color ámbar.

–Quiero que hablemos sobre lo que pasó ayer, Bella.

El café de repente perdió todo su encanto.

–¿Qué pasa?

–Estabas al borde del colapso en la tienda –la recriminó, mirándola tan furiosamente como si aquel estado se lo hubiera provocado adrede ella misma.

–No volverá a pasar, lo prometo.

–¡Por supuesto que no! Porque se acabaron las excursiones de un día. El doctor Cardoso está de acuerdo en venir a verte a casa de ahora en adelante –le acercó un plato de fruta. Ella, para evitar un sermón sobre la necesidad de complementar su dieta con vitaminas, tomó una naranja.

–No debí haberte arrastrado por medio Londres de la forma en que lo hice –le dijo.

Isabella empezó a pelar lentamente la naranja, tentada de decirle que no la había arrastrado a la fuerza.

–¿Has terminado?

–No. Todavía no –él observó cómo se colocaba un jugoso gajo entre los labios y sintió una sensación que se parecía incómodamente a la lujuria–. En el futuro, descansarás cuando yo lo crea necesario, y comerás bien.

Ella lo miró divertida.

–¿Ah, sí?

–Sí, lo harás –contestó–. Será mejor que saques el mayor partido de este ocio forzoso –sus ojos estaban serios ahora–. ¿Me estás escuchando, Bella? ¿Entiendes lo que te digo?

–Por supuesto que sí –levantó la taza de él–. ¿Café?

–Por favor –no había terminado aún, pero dejó que ella intentara distraerle.

Isabella le sirvió, pensando que así debía ser el vivir con un hombre. Las pequeñas intimidades. Los desayunos compartidos. Sus ojos se fijaron en el triángulo de carne que asomaba por un botón desabrochado de la camisa de Paulo, y se preguntó cómo sería el desabrochar lentamente esa camisa, descansar desnuda sobre aquella piel y acariciar la sedosa superficie con las puntas de los dedos… Y también se preguntó si sería locura o pura depravación desear a alguien mientras llevaba al hijo de otro hombre.

–¿Otra tostada? –le preguntó mientras se sonrojaba por el sentimiento de culpa.

–No, gracias –sabía que lo estaba estudiando, y le gustaba, aunque se daba cuenta de lo irónico de la situación. No tenía por costumbre desayunar con mujeres. Siempre había insistido en desayunar solo o con su hijo, sin importar con quién había pasado la noche o lo maravillosa que hubiera sido. Había sido una regla

estricta, necesaria para el bienestar y seguridad de su hijo. A sus novias no les había gustado, pero ninguna se había atrevido a discutir.

En esos momentos, la estudiaba él a ella, hipnotizado por sus pechos hinchados. Allí sentada, con la blusa blanca de algodón ajustada sobre el vientre y sin una gota de maquillaje en la cara, parecía la antítesis de las sofisticadas mujeres que habían pasado por su vida tras la muerte de su mujer. La antítesis de tantas desenfadadas bellezas rubias, con sonrisas enigmáticas.

Y si alguien hubiera sugerido la posibilidad de que él se sintiera físicamente atraído por una mujer que estaba embarazada de otro hombre, habría puesto en duda su salud mental.

Entonces, ¿por qué quería recorrer con la lengua el espacio entre sus maduros e hinchados pechos? Intentó sofocar el lento y dulce ardor del deseo, pero sentía la boca seca y arenosa.

La miró a los ojos a través de la mesa.

–Tienes que hablar hoy con tu padre, no puedes alargarlo más tiempo. Y decirle la verdad, Bella, es la única solución. Tiene que saber que vas a tener un bebé y que en un par de semanas va a ser abuelo.

A Bella se le escapó de la mano un gajo de naranja.

–¡Paulo, te dije que no puedo! –no podría soportar el daño inevitable, la decepción consiguiente. Quería a su padre y el lazo entre ellos era estrecho. O lo había sido.

–No puedes alargarlo más –dijo él con el gesto serio. Una mezcla de frustración y repentino miedo irracional de que algo pudiera pasarle durante el parto hizo que su genio empezara a bullir–. ¿Por qué no? ¿Qué te lo impide? ¿Tienes miedo de su furia? ¿Es tan tirano que no te atreves a decírselo? ¿Qué es lo peor que podría pasar, Bella?

–Deja que te lo explique –susurró–. Soy hija única. Todas las esperanzas y sueños de mi padre están puestos en mí…

–Lo sé.

–Entonces seguro que puedes entender que no puedo decepcionarlo.

Paulo endureció su corazón frente a aquellos ojos empañados en lágrimas.

–Es un poco tarde para eso, ¿no?

–Tu voluntad es muy fuerte, Paulo –le dijo tranquilamente–, pero no podrás imponérmela.

Él se levantó.

–Tienes razón, no puedo –dijo con frialdad–. Pero si no se lo dices hoy, lo haré yo. Te he dicho lo que pensaba. Fin de la discusión –se dirigió hacia la puerta.

Ella lo miró alarmada.

–¿Dónde vas?

–A cualquier sitio con tal de que sea fuera de aquí y lejos de la locura que se pasea por tu cabeza como si tuviese la menor lógica –contestó–. Llámame si me necesitas, estaré en mi estudio trabajando. Ya sabes dónde está el teléfono.

Después, salió del cuarto, cerrando la puerta con excesiva suavidad.

Una vez sola, Isabella se sintió intranquila. Recogió la mesa y empezó a dar vueltas, aplazando el inevitable momento. Era una casa enorme, sin embargo sus paredes la asfixiaban como una cárcel. Se acurrucó en el sofá frente a la televisión y estuvo haciendo zapping durante un rato, pero nada le llamó la atención. Solo había concursos aburridos y programas de cocina que no parecían enseñar nada nuevo.

Luego, se puso a mirar a través de la ventana. La lluvia golpeaba el cristal sin parar. En el fondo, sabía que Paulo tenía razón. Un bebé no era un secreto que se pudiera guardar para siempre. Debería llamar a su padre. Tenía que armarse de valor y decírselo.

Era una pena que no hubiera libros que te prepararan para momentos como aquel. ¿Cómo debería empezar?

–Papá, ¿te acuerdas de que siempre hablabas de ser abuelo… ?

Volvió al sofá, mirando su reloj. Era la hora de comer en su país, y su padre se estaría preparando para un gran plato de judías con arroz, carne y verduras. Ahogó un repentino sentimiento de nostalgia. No era un buen momento para llamar. Lo intentaría más tarde, después de la siesta.

Debió de quedarse dormida, porque la despertó el sonido de un teléfono seguido del de una puerta. Cuando abrió los ojos, vio a Paulo de pie, mirándola, con la cara pálida y tensa.

–¡Paulo! ¿Qué pasa?

–Creo que deberías venir a hablar con tu padre.

Lo miró confusa.
–¿Ha llamado?
–¡Bella, esto ha llegado demasiado lejos! Tienes que hablar con él, y puedes empezar ahora mismo.
Ella se incorporó con dificultad.
–Voy a hacerlo después de su siesta, le llamaré entonces.
Él negó con la cabeza, y su voz sonó extraña. Baja y controlada, pero extraña.
–Creo que no lo entiendes. Tu padre está al teléfono, quiere hablar contigo.
–No puede ser.
–Te aseguro que sí.
–¿Sabe lo del bebé? –le preguntó.
–¿Tú qué crees?
Isabella se puso de pie apoyándose en el brazo del sofá.
–Se lo has dicho tú, ¿no?
Él la miraba fijamente.
–Tuve que hacerlo.
–No, no tenías que hacerlo –le dijo–. Simplemente juegas a ser Dios, ¿verdad? ¡Tú lo has decidido!
–Isabella –la interrumpió con una claridad helada que la detuvo donde estaba–. Tu padre estaba realmente preocupado, preguntándose por qué no lo habías llamado. Me preguntó si ocurría algo. ¿Qué querías que hiciera? ¿Empeorar con una mentira lo que va a pasar de todas formas? ¿Cómo quedaría yo?
–¿Es eso lo que te importa? ¿Cómo vas a quedar tú?
Él negó con la cabeza.
–Lo creas o no, me preocupo por ti, siempre lo he hecho. ¿Por qué otra razón te hubiese traído aquí? Intenta ponerte en mi lugar, y te darás cuenta de que no estás siendo justa. Se lo debo a tu padre. Después de todo lo que ha hecho por mí, tenía que decirle la verdad. ¿Cómo podría volver a mirarlo a los ojos si no? Solo pienso en tu bienestar, Bella, créeme.
Dejó de hablar un momento para dejar que las palabras calaran, consciente de que podía estar haciéndole daño, incluso asustándola, pero consciente también de que era hora de que se enfrentara a los hechos.
–Te estás comportando como una niña. Es hora de que te

enfrentes a la realidad, querida –él suavizó su voz–. Tu padre está esperando impaciente las respuestas a sus preguntas. Te sugiero que vayas a mi estudio y se las des. Anda.

Ella sabía que no podía alargarlo más. Estaba vencida. Y avergonzada. Los había defraudado a los dos, más aún, su testarudez y su cobardía habían empeorado una situación difícil de por sí.

Miró a Paulo a los ojos, buscando algo… cualquier cosa. Alguna señal de que no estaba sola para darle el valor de hacer lo que él decía.

Entró en el estudio caminando muy erguida. El auricular del teléfono descansaba entre la pila de papeles en la mesa. Lo tomó con el pulso firme.

–¿Papá? –respiró.

Nunca antes había oído así a su padre, con la voz distorsionada, aturdido por la incredulidad.

–Bella, por favor, dime que no es verdad –empezó.

–Papá –tragó saliva, pero fue todo lo que pudo hacer.

–¡Así que es verdad, estás embarazada! –la acusó en voz baja.

Ya no quedaba ningún lugar a dónde ir. Ningún escondite. La puerta se había cerrado tras ella.

–Sí –susurró–. Sí, papá, me temo que sí.

En los pocos segundos que tardó en confirmar sus dudas, su voz envejeció diez años.

–¡Dios mío! –dijo con pesar–. Debí haberme dado cuenta de que algo iba mal. Tu explicación de por qué querías dejar la universidad nunca me convenció del todo. Ibas tan bien… Debería haberme dado cuenta.

–Papá, no pensé…

–¡No! –la interrumpió con una impaciencia que no era característica en él–. Soy yo el que no pensó, yo soy el que ha defraudado a tu pobre madre y la he fallado como padre.

Eso era más de lo que podía soportar.

–¡Eso no es verdad, y lo sabes! Has sido el mejor padre que ha habido jamás –tomó aire–. Papá, lo siento mucho.

Hubo un corto y tenso silencio. Casi podía oír a su padre esforzándose por mantener la compostura.

–¿Que lo sientes? –la voz cambió–. Pero no eres la única

responsable, ¿no, Bella? ¿Qué pasa con el… padre –escupió la palabra con dificultad– de tu bebé?

–¿Qué pasa con él? –una sombra cubrió la mesa, y alzó la vista para ver una mirada silenciosa. La mano con la que sujetaba el auricular empezó a temblarle–. No quiero hablar sobre él.

Su padre la ignoró.

–Pues yo sí.

–Papá…

–¿Qué tiene él que decir sobre esto? –insistió–. ¿Ha dicho si se va a casar contigo?

–No, no lo ha hecho. Y aunque lo hubiera hecho, yo no quiero. Las mujeres de hoy en día no tienen que hacerlo, si no quieren.

–¡Por favor! No me hables de lo que quieren las mujeres –le espetó–. Quizá tus propios deseos no sean lo importante, tienes un bebé en el que pensar, por si se te había olvidado –hubo una pausa–. Pásame con Paulo.

–¿Paulo?

–¿Está ahí?

–Sí –sin decir una palabra, le pasó el teléfono al hombre que estaba de pie junto a ella, pero su lenguaje corporal era tan distante que podría haber estado a miles de kilómetros de allí.

Isabella se quedó donde estaba, porque eso no era lo que se podía llamar una conversación privada. Tenía todo el derecho a oír lo que decían sobre ella.

–¿Luis? –Paulo mantenía la voz impasible, imaginándose que el padre de Isabella estaría furioso con él por haber guardado el secreto tanto tiempo.

–Paulo, ¿cómo has podido hacer esto?

–Lo siento, Luis –dijo Paulo realmente arrepentido.

–Un poco tarde para eso, ¿no? –preguntó el hombre, y suspiró–. Debería haberme dado cuenta de lo que estaba pasando. Todos los demás parecen haberse dado cuenta –hubo un momento de silencio–. Quizá era inevitable, ella siempre veneró el suelo que pisabas…

–Luis… –dijo Paulo al tiempo que la alarma sonaba en su cabeza. Pero el hombre mayor hablaba como si estuviera en una terapia, contando un problema en un intento de arreglarlo.

–Quizá fue el destino. Yo soy su padre, e incluso yo pensaba que

hacíais buena pareja –otro suspiro, más fuerte que el anterior–. Pero las recriminaciones no ayudan a nadie ahora. Estas cosas han pasado siempre en el mundo. Lo único que importa es que ahora estáis juntos. Pero yo necesito tiempo para hacerme a la idea. ¿Lo entiendes? Lo último que necesita Bella ahora son palabras duras. Dile que la llamaré mañana o pasado, ¿quieres?

–De acuerdo –dijo Paulo sin alterarse.

–Adiós, Paulo.

–Adiós, Luis.

Paulo colocó el auricular en su sitio, muy despacio, y por un momento se quedó mirándolo. Cuando levantó la cabeza, sus ojos estaban llenos de un fuego frío que recorrió a Bella por la espalda.

–¿Qué pasa? –susurró ella.

–Siéntate –dijo él.

Isabella se sentó en la silla que él le indicó, juntando las rodillas como las colegialas a las que les van a hacer una foto.

–De acuerdo, estoy sentada –había un aire de seriedad en él que ella nunca había visto y su corazón se aceleró un poco. Se preparó para lo peor–. ¿Qué ha dicho?

La miró fijamente. La forma en que había levantado la barbilla… El leve gesto de desafío que no ocultaba del todo el miedo y la confusión que se escondían detrás del ámbar de sus ojos. Se dio cuenta de que no había una forma sencilla de decírselo.

–Paulo, ¿qué ha dicho?

Él se rió, todavía recuperándose de lo irónico de la situación.

–Que yo soy el padre de tu hijo.

Hubo un momento de incredulidad, seguido de aturdimiento.

–¡Pero eso es una locura! –dijo negando con la cabeza furiosamente–. Una locura. Nunca había oído algo tan…

–Isabella –la interrumpió, escogiendo sus palabras con cuidado para que tuvieran el impacto necesario–. Piénsalo –se sentó en la silla que había frente a ella, de forma que sus rodillas prácticamente se tocaban, e incluso en medio de sus confusos pensamientos el cuerpo de ella sentía la proximidad de él.

–¡Lo estoy pensando! –era lo más estrafalario que había oído jamás. ¿Cómo podía estar embarazada de un hombre al que ni siquiera había besado?–. Quiero decir, que ni siquiera ha habido… –sus palabras se perdieron y dieron paso a un susurro de vergüenza.

–¿Sexo? –la ayudó bruscamente, aplastando el pensamiento culpable de que desde luego no lo había habido… quizá en la enfermiza cama de su imaginación y quizá fuera hora de convertir la fantasía en realidad–. No lo ha habido, Bella, tienes mucha razón, –murmuró–. ¿Verdad que enfurece que te culpen de algo que no has hecho?

–Entonces, ¿cómo puede pensar que es verdad?

–No es el único, ¿no? –le espetó–. La señora Stafford pensaba que yo era el responsable. También el médico. Hasta Jessie lo piensa en secreto aunque yo lo niegue.

–Pero, ¿por qué?

–Creo que se llama evidencia circunstancial –dijo. Acercó su cara a la de ella, su voz era baja y apremiante–. Para empezar, te has negado rotundamente a revelar la verdadera identidad del padre.

–Pero…

–En segundo lugar –la interrumpió con frialdad–, en cuanto descubriste que estabas embarazada te marchaste de Brasil y viniste corriendo a Inglaterra, a mí. ¿No?

–¿Y qué si lo hice? –dijo con voz ronca–. Eso no te convierte en el candidato más probable.

La sonrisa de él era forzada.

–Eso solo no. Pero añadido al hecho de que tu padre notó cierta química entre los dos, el pasado febrero… Una química que no pasó inadvertida para la mayoría de la gente en su momento –paró un momento, porque este asunto le empezaba a intrigar–. Eso fue hace casi nueve meses.

La última pieza encajó en su sitio, solo que no era verdad, sino una ilusión.

–¡Dios mío!

–Exactamente –le contestó, y su cara se endureció–. No voy a negar la atracción que surgió entre nosotros, porque solo un tonto lo haría –hizo una mueca acompañando a sus pensamientos–. Pero por mi parte no eran más que ilusiones. No practiqué el sexo con nadie en mi viaje a Brasil. No puedo hablar por ti, claro.

Ella no lo podía mirar, y bajó la mirada hasta su regazo. Sabía de lo que la acusarían sus ojos. Que lo había deseado pero se había metido en la cama de otra persona casi inmediatamente después. Y,

pensándolo bien, ¿no era la verdad?

–Quizá las pruebas estén en contra de mí, querida, pero por si acaso tu padre viene a por mí con una escopeta en la mano, quiero que me digas una cosa.

Ella sabía cuál era la pregunta, incluso antes de que sus labios empezaran a formar las palabras. Una pregunta que había evitado durante tanto tiempo…

–¿Quién es el padre del bebé?

Capítulo 7

Isabella tragó saliva.
–Se llama Roberto.
Los ojos de Paulo se endurecieron al oír cómo temblaba la voz de Isabella al decir el nombre. Movió la cabeza.

–No es suficiente. Necesito más que eso.

A Isabella ni siquiera se le ocurrió negarse a esa demanda. Estaba demasiado atrapada como para negarle nada.

–Se llama Roberto Bonino y él…

–¿Quién es?

Esa era la parte difícil.

–Lo conocí en la universidad –tragó saliva.

–¿Quieres decir, otro alumno?

A ella la ardía el cuello.

–No.

–Dime, Bella.

Algo en su voz le hizo mirarlo y supo que sus mejillas rojas la delataban.

–Él… de hecho era uno de los profesores.

Hubo una larga y peligrosa pausa.

–¿Uno de los profesores?

–S… sí.

Él se había esperado lo peor, pero la verdad no había sido menos devastadora. Sintió el frío y amargo sabor de la decepción en la boca. Y el lento bullir de la furia.

–¡Pero eso es un completo abuso de poder! –rugió.

–Solo estaba allí temporalmente…

–¿Y crees que eso convierte en aceptable lo que hizo?

Ella negó con la cabeza.

–No, claro que no.

La furia en el interior de Paulo creció para convertirse en una amarga acusación.

–¿Estás tan enamorada de él, que ni siquiera puedes pensar con claridad?

Ella percibió el cinismo en sus palabras, y negó con la cabeza. Solo había un hombre en el mundo que ejercía ese poder sobre ella, y estaba sentado a su lado.

–No.

Paulo quería sujetarla entre sus brazos, pero se obligó a permanecer sentado.

–¿Entonces, qué? ¿Cuál era la relación entre vosotros? ¡Dime qué pasó!

Seguía sin poder mirarlo a los ojos, incapaz de enfrentarse a su condena y desprecio cuando le contara lo que había detrás de su fea seducción: que había sido Paulo el que había encendido sus sentidos. Paulo el que había avivado una fiebre que no la dejaba pensar con claridad. Había sido Paulo el que había plantado las desenfrenadas semillas del deseo, pero se había marchado justo antes de la inevitable cosecha…

–Iba a sus clases de psicología –explicó.

–¿Psicología? ¡Genial! –tenía ganas de darle un puñetazo a la pared–. ¿Crees que alguna vez se paró a pensar en su propio comportamiento?

Ella continuó como si no la hubiera interrumpido. Una ligera desesperación asomaba en sus palabras.

–Era más un amigo que otra cosa. Al menos, eso era lo que yo pensaba. Solíamos salir con un grupo…

–¿No tenía amigos de su edad? –preguntó con sarcasmo.

–La verdad es que no era mucho mayor que la mayoría de sus alumnos, y no estaba fuera de lugar.

–No, seguro que no. ¿Y?

Isabella lo miró, observando la perfección de aquella cara en la que ahora había una mirada fría como el hielo.

–Supongo que estaba muy confundida.

–¿Y atraída por él? –le preguntó cruelmente–. Supongo que no te has olvidado de eso.

Ella sintió un sabor amargo en la boca.

–Digamos que no me era totalmente indiferente. Los dos habíamos bebido un poco y… –su voz se apagó, demasiado avergonzada para continuar.

Paulo estaba preso de una terrible furia. Escupió las palabras como si fueran venenosas, al tiempo que sentía deseos de estampar su puño en la cara de aquel individuo.

–¿Quieres decir que te emborrachó?

–¡No, claro que no! –casi le preguntó que por quién la tomaba, pero no se atrevió. –Me tomé un par de copas con el estómago vacío y no estoy acostumbrada al alcohol –lo miró a los ojos, retándole a que la condenara–. ¡Venga, insúltame si eso te hace sentir mejor!

Él sabía lo que le haría sentirse mejor: besar los suaves labios de Isabella, rosados y temblorosos. Cubrirlos para que el recuerdo de los besos de Roberto fueran como cenizas en su mente. Movió la cabeza.

–No quiero insultarte, Bella –dijo con suavidad–. Pero todavía hay algo que no me has contado, ¿verdad?

Ella se mordió el labio y apartó la mirada.

–La verdad es que hay bastante. Pero no pensé que quisieras saberlo.

El gesto de Paulo se endureció.

–No me refería a los sórdidos detalles de tu noche con ese… ese… –se calló la única palabra apropiada, una que jamás utilizaría delante de una mujer.

–¿Eras virgen? –preguntó de repente, aunque en el fondo sabía cuál era la respuesta.

–Yo… Sí, lo era.

Él, tragándose el amargo sabor de los celos, alargó la mano para tocar su cara, sus oscuros ojos, iluminados por la tristeza.

–Debería haber sido yo –dijo en voz baja.

Aunque Isabella estaba al borde de las lágrimas, se encontró con su mirada y la sostuvo lo suficiente para susurrarle.

–¿El qué?

Él puso la mano a la altura de su vientre y, con un gesto sorprendente, lo acarició delicadamente. Bella ahogó un grito cuando él la tocó.

–El autor de esto. De este bebé. Podría haber sido mío, ¿no? –le preguntó con brusquedad, al tiempo que describía un pequeño círculo alrededor de su ombligo. Su dedo recorría su vientre al tiempo que el bebé se movía.

–¿Tuyo? ¿Cómo iba a ser tuyo?

–¿Tú qué crees? Mediante el método tradicional para ser padre. Debería haberte hecho el amor –le susurró, pero vio que su cara estaba pálida. Paulo dejó que el arrepentimiento ocupara el lugar de la furia, un arrepentimiento amargo, que no había sentido desde la muerte de su mujer.

El precioso regalo que él había rechazado lo había disfrutado otra persona.

–Si no hubiera hecho caso de mi estúpida conciencia –se quejó en voz alta.

Ella lo miró confusa.

–¿De qué estás hablando?

–Sabes de lo que estoy hablando, Bella –sus palabras sonaron apremiantes y amargas, pero su mano era increíblemente tierna y ella permitió que la dejara donde estaba, extendida en un gesto casi posesivo sobre el bebé–. Tú me deseabas tanto como yo a ti, ¿verdad? –le preguntó con suavidad.

Aunque hubiese querido, no habría podido escapar de la interrogación que ardía en sus oscuros ojos. Y estaba harta de huir y de verdades a medias. No le mentiría. No después de lo que había hecho por ella.

–Sí –dijo calladamente.

–Tan sumisa –murmuró–. Tan diferente de la Bella que conozco.

Ella se preguntó si la Bella que él conocía seguía existiendo, pero el momento del debate sensato había pasado y estaba ocurriendo lo increíble. Paulo la estaba poniendo de pie y envolviéndola en sus cálidos brazos, y la mirada pensativa de él le dio fuerzas para preguntarle.

–¿Por qué no lo hiciste?

Casi lo asustaba el hecho de que sabía exactamente lo que quería decir.

–¿Hacerte el amor? –él le acarició la cintura pensativamente–. ¿Cuántas razones quieres? ¿Porque solo tenías veinte años y sospechaba que eras virgen, además de ser la hija de mi anfitrión? –¿O porque veía el peligro que ella representaba? Un peligro para su vida y sus ordenadas emociones–. Claro que ninguno de esos obstáculos tienen importancia ya.

Con el corazón palpitante, Isabella vio oscurecerse sus ojos. Y por un momento, fue fácil imaginar que realmente era su amante.

–¡Paulo! –dijo con la voz entrecortada, porque en ese momento el bebé le dio una patada justo debajo del corazón. ¿O era quizá el efecto que él tenía sobre ella?

–¿Qué pasa, querida? –su voz era suave, pero no esperó a la contestación, simplemente inclinó la cabeza y la besó.

Y todos los pensamientos sensatos se esfumaron al tiempo que Isabella sentía que el sueño de toda su vida se hacía realidad.

«¡Cuánto tiempo perdido!», pensó Paulo al borde de la desesperación, al tiempo que acercaba su boca a la de ella. No podía recordar un deseo tan intenso. Por un breve instante, se abandonó a la sensación de estar derritiéndose, de sus bocas acoplándose como si siempre hubieran estado unidas.

Era a Bella a quien estaba besando. A la dulce y obstinada Bella. Y embarazada. Quiso apartarla, pero su mano se encontró con su pecho hinchado. Y sucumbió a la tentación. Lo tomó y lo acarició hasta que sintió cómo se endurecía entre sus dedos y oyó la queja de Bella en respuesta.

Bella sintió cómo sus rodillas amenazaban con doblarse. Su corazón revoloteaba, y el bebé también, y todo el tiempo sentía cómo el pulso del deseo empezaba a latir inexorablemente. Se colgó de sus anchos hombros y lo besó como si su vida dependiera de ello. Y quizá fuera así.

Él apartó la boca con esfuerzo y miró la roja y aturdida cara de Bella. Casi no podía hablar por la excitación.

–Tenemos que parar, Bella –le dijo bruscamente–, Jessie está a punto de volver –y también su hijo, recordó.

–¡Y Eddie! –dijo ella leyéndole el pensamiento, al tiempo que se pasaba las manos por las acaloradas mejillas, pensando que estaría despeinada y con los labios enrojecidos por la presión de su boca–. Será mejor que me arregle –se disculpó.

Hizo intención de alejarse, pero él le sujetó la mano, escrutando sus ojos al tiempo que comprendía otra de las razones por las que ella había guardado el secreto durante tanto tiempo.

–Por eso no podías decirle a tu padre lo del bebé, ¿verdad? Porque ese hombre, Roberto, abusó de su posición.

Ella asintió.

–Así es como lo vería papá. Montaría una escena. ¿Te imaginas? Quizá incluso intentara denunciarlo, y entonces saldría en los

periódicos. ¿Entiendes por qué huí a Inglaterra, Paulo?

–Sí –él asintió–. Pero ahora me has comprometido a mí, ¿verdad, querida? Tu padre está convencido de que yo he engendrado tu bebé. Y decirle lo contrario sería arriesgarse al alboroto que tú estás tan ansiosa por evitar.

–Entonces, ¿qué hago?

Los ojos de Paulo brillaron con el dulce recuerdo de su beso todavía en su boca.

–Quédate aquí. Con Eduardo y conmigo. Y cuando nazca el bebé, bueno… –se encogió de hombros mientras sonreía de forma insinuante, pensando que eso lo podía adivinar por sí misma.

La arrogancia y complacencia de aquella sonrisa devolvió a Isabella al mundo real.

–¿Y después, qué? –preguntó lentamente–. ¿Qué estás insinuando?

–Bueno, podríamos disfrutar de nuestra pasión, Bella –susurró, viendo cómo se oscurecían sus ojos y sintiendo la respuesta de su propio cuerpo–. Después de todo, ¿por qué tengo que asumir la responsabilidad de mi inminente paternidad sin su parte correspondiente de placer? Quédate aquí. Vive conmigo, y seremos amantes.

Amantes.

La habitación estaba en silencio, salvo por el tictac de un reloj que ella hasta ahora nunca había notado. Aunque él ya sabía cuánto lo deseaba, algo la impedía abandonarse a la situación.

Ya había cometido un grave error en su vida, y desde luego no iba a cometer otro. Si se metía en su cama sin resistirse siguiendo aquella fría y serena sugerencia, ¿qué imagen tendría él de ella, sino la de una mujer sensual, totalmente vulnerable en lo referente a los hombres?

–¿Y por cuánto tiempo? –le preguntó con acritud–. ¿Hasta que te canses de mí?

Él observó fijamente aquellos ojos color ámbar, respetando el valor que había necesitado para hacer esa pregunta. «Un rastro de la antigua Isabella», pensó, «su espíritu aún entero, a pesar de lo que el destino la había puesto por delante».

–¿Quién sabe, querida? Hasta que se acabe. Hasta que decidas dónde quieres vivir con tu bebé. ¿Quién sabe por cuánto tiempo?

Yo desde luego, no –calló un instante para ver su reacción–, pero tienes otras alternativas, si la idea no te convence.

El orgullo hizo que Isabella levantara la cabeza para mirarlo, pero también la hizo hablar con el corazón.

–Yo tampoco puedo negar la atracción entre nosotros –dijo–. Pero pronto tendré un bebé en el que pensar. No puedo lanzarme a una aventura contigo. Quizá mis sentimientos cambien.

–Quizá no –replicó él.

Los ojos de Isabella se burlaron de él.

–Bueno, pues tendrás que esperar y ver qué pasa, Paulo.

No era lo que él quería oír, y tampoco lo que había esperado oír. Isabella lo notó en la mirada de incredulidad que endureció su cara por un momento.

Pero no dejó de mirarlo, esperando a que se relajara, y cuando lo hizo, la frustración dio paso a otra emoción que siempre había sentido hacia ella, pero que últimamente había estado ausente.

El respeto.

Capítulo 8

Te pasa algo? –Paulo apagó la televisión y miró a Isabella, que cambiaba continuamente de postura en el sofá distrayéndolo.

Ella le había dicho que tendría que esperar, y él iba a respetar su decisión. Incluso si el esfuerzo acababa con él.

Isabella vio la pregunta en sus ojos, y se dio cuenta de que él había estado observándola durante casi una hora.

Ella había pasado parte de la tarde con Eddie, que le había estado enseñando un juego de ordenador, y ahora su cuerpo pagaba el precio de haber estado sentada delante del pequeño monitor durante más de una hora. Se movió de nuevo.

–Algo te pasa –dijo él, pensando en lo pálida que estaba, y preguntándose si sus noches habían estado tan faltas de sueño como las suyas. Probablemente no. Probablemente dormía profundamente, a sabiendas de que lo tenía donde quería. Paulo suspiró. No recordaba la última vez que una mujer lo había rechazado, y de la última persona de la que lo habría esperado era de Isabella. Menos aún después de la forma tan apasionada en que había estado en sus brazos.

–Vamos, Bella, sé que estás incómoda –dijo.

–Le duele la espalda –explicó Eddie, que entró en ese momento en la habitación con el pijama puesto para dar las buenas noches–. Siempre le duele a esta hora de la noche, ¿verdad, Bella? Sobre todo si pasa mucho tiempo sentada.

–¿Ah, sí? –Paulo la miró con desaprobación, y se levantó para llevarse a su hijo y leerle un cuento. Cuando volvió, ella había cambiado de postura, pero todavía tenía el ceño ligeramente fruncido.

Se sentó junto a ella, notando cómo su cuerpo se tensaba al tiempo que él se hundía en el sofá. Lenta y deliberadamente, estiró sus largas piernas hacia delante, consciente de que ella no era completamente inmune a él.

–¿Cómo es que mi hijo sabe más de tu actual estado de salud que yo?

Ella se encogió de hombros, consciente de la musculatura de sus muslos. «¿Está tumbado de esa forma tan provocativa adrede?», pensó ella con agitación.

–Me oyó contarle a Jessie que me dolía la espalda.

Paulo frunció el ceño, deseando poder alargar la mano y tocar sus labios.

–¿Y eso es normal? –le preguntó bruscamente.

–Sí. Nos dijeron que no nos extrañáramos.

–¿Quiénes? –preguntó él.

–En las clases de preparación al parto a las que fui cuando era au pair. También lo dicen los libros.

–Quizá debería leerlos yo –musitó–. ¿Hay algún remedio?

Ninguno para el dolor de su corazón. El dolor de espalda era un asunto mucho más sencillo. Sonrió, a pesar de que todo su mundo parecía una tormenta de emociones.

–Masajes –le dijo en tono neutro– . No curan, pero ayudan.

–Ya –él se movió en su asiento–. Date la vuelta.

Pero lo último que necesitaba ella era a Paulo acariciando su piel.

–No, de verdad.

–Date la vuelta –repitió en voz baja. Porque si ella se daba la vuelta, no podría ver el deseo en sus ojos.

Con dificultad, Bella hizo lo que le pedía, preguntándose si habría notado el rubor en sus mejillas.

Él puso los dedos en su espalda y oyó cómo suspiraba al relajarse.

Era una locura, sentía la inocente acción de masajear su piel como la mayor indecencia que hubiera hecho.

–¿Mejor así? –su voz se hizo más profunda.

Bella sentía que en cualquier momento se le saldría el corazón del pecho.

–Está… bien –acertó a decir.

Los nervios de Paulo estaban a punto de romperse. Se preguntó que haría ella si él deslizaba las manos hacia delante y le acariciaba los pechos, y suspiró. Porque él era un hombre de honor por encima de todo. Y eso, pensó, sería aprovecharse.

–¿Mejor? –murmuró.

–Mucho mejor –ella estaba dividida entre el deseo de que continuara y el ansia de que parara.

–Ve a acostarte. Ahora te llevo una bebida caliente.

Ella negó con la cabeza.

–No tengo sed.

–Es un delicioso cacao, muy caro. Me desvié para comprarlo al salir del trabajo –le dijo en tono persuasivo al tiempo que severo–. Porque me dijiste que tenías antojo de chocolate, señorita Fernandes, y porque he notado que esta noche estabas desganada.

–¿Es que no se te escapa nada? –le dijo burlonamente.

«Muy poco», pensó mientras la ayudaba con el brazo a ponerse de pie. Y nada en absoluto que tuviera que ver con ella. Parecía otra mujer desde que había ido a vivir con él. El embarazo hacía que su pelo brillara y su piel estuviera radiante.

En su habitación, Isabella se quitó la ropa con esfuerzo y se puso el camisón, que la hacía parecer una enorme tienda de campaña blanca. Estaba incorporada en la cama cuando Paulo fue a llevarle la taza de chocolate caliente.

Él se apoyó con aire taciturno en la repisa de la ventana, y miró a su alrededor. Se dio cuenta de que había estado en el jardín, recogiendo ramitas y hojas, y lo había colocado en una vasija plateada. Jessie nunca hacía ese tipo de cosas. Y le gustaba, le gustaba mucho.

En un rincón de la habitación, estaba su bolsa, lista para el hospital, junto a un montón de pañales, además de un oso de peluche amarillo que él había escogido cuando tuvieron que interrumpir su visita a la tienda de juguetes.

–¿Estás preparada?

Ella siguió la dirección de sus ojos y afirmó con la cabeza, sin pasar por alto la cálida aprobación en su voz.

–Más que antes.

–Estabas totalmente en contra –observó, recordando que no había llevado un solo artículo de bebé el día que la recogió de casa de los Stafford–. ¿Qué te hizo cambiar?

–Supongo que el decírselo a mi padre –suspiró y una vez más

supo que le tenía que estar agradecida. ¿Estar en deuda con un hombre significaba que nunca podría ser su igual?, se preguntó–. Hiciste bien en obligarme a ello, Paulo. Me siento estúpida por no haber tenido el valor de hacerlo desde el principio.

–Todos tenemos derecho a ser cobardes a veces, Bella –dijo él, pensando que si ella no lo hubiese sido, nunca habría ido allí, buscando su ayuda. Nunca habría entrado en su vida de esa forma, perturbándola pero llenándola más de lo que lo había estado en mucho tiempo. También se daba cuenta de que la vida de Isabella no había sido fácil desde que supo lo del bebé. Nada fácil. Trató de que su voz sonara natural.

–¿Te gustaría tomar un taxi y reunirte conmigo después del trabajo, mañana por la tarde? Te podría enseñar mi oficina, y podríamos comer algo.

Ella se miró el vientre, horrorizada.

–¿Con este aspecto? ¿Qué pensarán tus compañeros?

Él sonrió, como hombre al que nunca le habían importado las opiniones de los demás.

–¿A quién le importa lo que piensen? –él enarcó las cejas–. ¿Te importa a ti?

–Bueno, sí –admitió casi con vergüenza.

Al final, Isabella se llevó a Eddie, porque la compañía del hijo de Paulo parecía legitimar su presencia en la oficina. Conoció a casi todos los compañeros de Paulo, y vio en sus caras qué deducciones estaban haciendo acerca del papel que ella desempeñaba en la vida del director del banco.

Mientras Eddie se entretenía cambiando el salvapantallas en el ordenador de su padre, ella llevó a Paulo a un lado y le siseó al oído.

–Sabes lo que están pensando todos, ¿verdad?

–¿Que soy un semental? –se burló.

Los ojos de Isabella se abrieron de par en par y se encontró con la mirada de él, y empezó a reírse. Bueno, pues si a Paulo no le importaba, ella no iba a perder el tiempo preocupándose por lo que, de hecho ¡era su propia fantasía!

Así que se relajó, y dejó que la llevaran por todo el edificio, con

la exagerada cortesía que naturalmente se dedica a la amante embarazada de un hombre rico.

Recorrieron el impresionante rascacielos, y después los tres tomaron un taxi al centro para ir a comer algo. Paulo y Eddie comieron hamburguesas e Isabella se dio el capricho de un espeso batido de fresa.

De vuelta a casa en el taxi, Paulo se volvió hacia Isabella.

–¿Cansada?

Ella negó con la cabeza.

–En absoluto.

–¿Te duele la espalda?

–No –dijo sonriendo.

Él le pidió al taxista que diera una vuelta por el Parlamento, para ver los históricos edificios iluminados por la noche.

Eddie se volvió hacia Isabella.

–¡Qué noche tan estupenda! –exclamó–. ¡Es como estar de vacaciones!

Sí, lo parecía. Pero las vacaciones siempre se acaban, se dijo.

A la noche siguiente, en señal de agradecimiento, Isabella tenía un martini preparado para Paulo cuando este volvió del trabajo. Si se sintió sorprendido por aquel gesto claramente hogareño, no lo dijo.

Dio unos sorbos saboreándolo y la miró con ojos pensativos.

–Por cierto, esta mañana llegó una carta de Brasil, para ti –dijo colocando la bebida sobre la mesa y sacando un fino sobre azul del bolsillo superior de su chaqueta.

Isabella lo miró.

–Es de mi padre.

–Ya lo sé. ¿Por qué no os comunicáis por correo electrónico? Eddie dice que te dio un curso intensivo el otro día.

–Ya te lo dije. Papá odia la tecnología. Utilizaría palomas mensajeras, si fueran fiables –mantuvo el sobre en la mano sin abrirlo. Había hablado con su padre varias veces desde el día en que acusó a Paulo de ser el padre del bebé. Bella creyó que su furia iría en aumento, pero no fue así. Lo que percibió en él fue una resignación silenciosa. No era el estilo de su padre, pensó.

–Vamos, ábrela.

Él observó mientras ella abría el sobre con dedos nerviosos y leía

rápidamente. El alivio se reflejó en sus ojos una vez hubo pasado la parte principal de la carta.

–¿Buenas noticias? –preguntó Paulo.

–Más o menos –contestó ella con cautela, pero empezó a leerla más detalladamente y se puso colorada.

Paulo la observaba de cerca.

–¿Quieres leérmela?

–La verdad es que no.

–Bella, creía que habíamos acabado con los secretos.

Ella hizo un último intento de evasión. ¿O era orgullo?

–Una mujer siempre debe guardarse algo, ¿no lo sabías?

Él alargó la mano hacia la carta.

–Por favor.

Ella se la entregó.

Paulo buscó la parte del texto que la había hecho reaccionar de esa forma, y no le llevó mucho tiempo encontrarla:

Desde luego preferiría que esto hubiera sucedido de una forma más normal, pero no puedo fingir que me desagrade. Paulo es un buen hombre y un buen padre. No podría desear un marido mejor para ti, Bella, cuídalo.

Paulo levantó la vista. La de Isabella estaba fija en el vaso de zumo de mango que se había servido.

–Bella, mírame.

–No quiero hablar de ello –dijo bruscamente, pero levantó la cabeza para hacer frente a su mirada acusatoria.

–¡Pues yo sí! ¿Has reservado ya la iglesia y organizado la celebración?

–¡No he hecho nada!

–Pero parece ser que nos casamos, así que, ¿no crees que el futuro novio debería saberlo?

–¿Realmente piensas que le he dicho a mi padre que nos vamos a casar?

–¿Cómo voy a saberlo? –le preguntó con arrogancia, pensando cuánto le gustaría soltar su pelo y que le cayera por la espalda. Por su espalda desnuda–. ¿A dónde vas?

Ella apartó la silla bruscamente de la mesa, con la respiración

entrecortada.

–¡Tan lejos de ti como pueda!

En cuestión de segundos, se irguió ante ella, cortándole el paso.

–Para y cálmate.

–No me apetece calmarme –le dijo–. Quiero… quiero… ¡ay, ay,!

–¿Es el bebé? –preguntó Paulo.

Era como si alguien apretara una cuerda alrededor de su cintura. Alargó los brazos y se apoyó en sus hombros, clavándole las uñas.

–No lo creo.

–Voy a llamar al médico…

–¡No, no! Espera –recobró el aliento–. No, ya estoy bien. Creo que ha pasado.

Él agachó la cabeza para que sus ojos estuvieran a la misma altura.

–¿Estás segura?

El corazón de Isabella pareció detenerse. Todavía estaba agarrada a sus hombros con fuerza. Y a través de la fina camisa, notaba la sedosa piel del hombre.

–Sí.

Ella dejó caer las manos, y Paulo tuvo que luchar consigo mismo para no tomarlas de nuevo. Estaba a punto de tener un bebé, por el amor de Dios, y allí estaba él, queriendo abrazarla de nuevo.

–¿Llamo al médico?

Ella negó con la cabeza.

–¿Y decirle qué?

–Que has tenido un dolor…

–Paulo, ha sido una punzada más que un dolor. Y ya ha pasado.

–¿Seguro? Es que no quiero correr riesgos.

–De verdad. ¿Quién se está arriesgando? El dolor ha pasado –ella abrió los brazos para demostrárselo–. ¿Ves? No quiero ser una de esas mujeres neuróticas que llama al médico diez veces, y siempre es una falsa alarma. Ahora vete. ¿No tienes trabajo?

Paulo se encogió de hombros sin entusiasmo. Quería quedarse. Quería besarla. Quería hacer muchas otras cosas. Quizá fuera mejor que se marchara.

–Siempre tengo trabajo.

–Entonces ve a hacerlo –le dijo.

–¿Y tú que vas a hacer?

–No tengo intención de ir muy lejos. No te preocupes.

–No me preocupo –pero estaba mintiendo, pensó mientras se dirigía a su estudio. Y por extraño que pareciera, sus preocupaciones no eran las que se habría imaginado. No le importaba lo más mínimo que casi todo el mundo pensara que él era el padre del bebé. De hecho, ¿no había hecho alarde de eso al invitarla a su oficina la tarde anterior?

Se sorprendió a sí mismo pensando qué pasaría cuando llegara el bebé. Le había dicho a Bella que esa era su casa mientras la necesitara y de repente se le ocurrió que quizá no necesitara una casa. O un amante. Tal y como ella había dicho, a lo mejor sus sentimientos cambiaban después del nacimiento. Porque ahora que su padre lo sabía y empezaba a aceptarlo, y teniendo en cuenta que hacía lo que ella quería, ¿qué le impedía volver a Brasil como madre soltera?

Se la imaginó marchándose con el bebé, y en vez de alivio solo sintió un gran vacío.

Cuando Elizabeth murió, decidió vivir su vida de la mejor forma posible para su hijo, olvidando por completo que la vida estaba en constante movimiento.

Isabella daba vueltas por la casa, inquieta sin saber por qué, y buscando algo que hacer. Se sentó a escribirles una larga carta a Charlie y Richie, como prometió, con la esperanza de que la señora Stafford fuera lo suficientemente madura como para darles la carta a sus dos hijos. Cuando terminó, fue de habitación en habitación quitando el polvo a todos los espejos con un plumero. Limpió luego los dos lavabos del aseo de la planta baja, aunque no tenían ni una mota de suciedad. Después de haber ordenado todos los botes de especias de la despensa, llamó a la boutique portuguesa e hizo un pedido.

–Quiero costillas, paletilla y pechuga de cerdo, por favor. Póngame también salchichas, linguica y repollo. ¡Ah! Y alubias.

–¿Cuándo quiere que se lo entreguemos?

–¿Podría ser mañana por la mañana?

No dudaron. Posiblemente por la dirección de entrega, pensó Isabella.

–Sin ningún problema, señora.

Cuando Eddie volvió del colegio al día siguiente, fue directamente a la cocina, como siempre hacía, y se encontró a Isabella enterrada entre los cacharros. El niño se acercó a la encimera sobre la que ella troceaba cebollas como si le fuera la vida en ello.

–¿Qué haces? –preguntó con interés.

–Jessie no está, así que estoy haciendo feijoada para cenar.

–¿Qué es eso?

–Vamos, Eddie, ¿no te acuerdas? Es el plato nacional de Brasil. Con mucha carne y diferentes salchichas…

Eddie miró todas las cacerolas amontonadas en la encimera.

–Parece difícil de hacer.

–No es difícil. Es engorroso. Son muchos ingredientes que se van añadiendo a una cacerola grande, ¿ves?

–¿Puedo ayudar?

–Claro que sí. Lávate las manos y prepárame este ajo. ¿Ves esta máquina? –se inclinó por encima de su hombro–, pones el diente de ajo aquí y lo machacas.

Así seguían cuando Paulo volvió del trabajo. Entró en la cocina deshaciéndose el nudo de la corbata y se encontró a Isabella retirando una gran pieza de carne de la cacerola, con Eddie pegado a su lado. Paulo sonrió, tanto por la evidente amistad entre Isabella y Eddie, como por el cálido y hogareño aroma, que le trajo recuerdos de la infancia.

–¡Qué rico! Feijoada –olisqueó mientras entraba en la cocina–. ¿A qué se debe todo esto?

–¿No te gusta? –le preguntó Isabella con ansiedad.

Él sonrió con complicidad a su hijo.

–Muéstrame al hombre que no le guste la feijoada, ¡y te mostraré al hombre que no merece comer! No, simplemente pensaba que es algo bastante complicado de cocinar, si estás cansada.

–Pero no estoy cansada –arrojó un puñado de hojas de laurel a la cazuela con energía, como para demostrarlo.

Los ojos azabache de él la atravesaron.

–Ya lo veo. ¿Y no es abrillantador lo que he olido en la entrada?

–Ah, es que es el día libre de Jessie y he hecho algunas tareas

domésticas –explicó con naturalidad–. Más que nada por tener algo que hacer.

Paulo asintió.

–Eddie, ¿por qué no vas a quitarte el uniforme del colegio?

–Sí, papá.

Cuando Eddie se marchó, él se quedó mirándola. Su vientre era tan grande que tendría que parecer torpe al moverse por la cocina, pero no lo parecía. Estaba increíblemente hermosa, aunque sus mejillas estaban rojas de inclinarse sobre la cacerola caliente.

–Estás preparando el nido –dijo él de repente.

Isabella se dio la vuelta, con la cuchara de madera en la mano.

–¿Cómo?

–Por eso estás haciendo todo esto –señaló a su alrededor–. Limpiando y cocinando. Te estás preparando para tener a tu bebé.

–¿Tú qué sabes?

–Claro que lo sé. Elizabeth también lo hizo, es la naturaleza avisándote para que te prepares para el nacimiento.

Ella buscó señales de tristeza en su cara.

–¿Te trae recuerdos el tenerme aquí? –le preguntó suavemente.

Paulo no apartó la mirada.

–Algunos –vio la tristeza en su cara y negó con la cabeza–. No te preocupes, Bella. Asumí lo que le pasó a Elizabeth hace mucho tiempo, tuve que hacerlo por el bien de Eddie. Pero… –entrecerró los ojos y vio cómo ella palidecía–, sé de lo que estoy hablando. Y eso ha sido otra contracción, ¿verdad? –dijo él bruscamente.

De repente, la certeza de lo que estaba a punto de ocurrir hizo que el temor hiciera presa de ella. Pero negó con la cabeza y removió las alubias.

–No puede ser –dijo con un ligero asomo desesperación en la voz–, el bebé no está previsto hasta la semana que viene.

–Los bebés nunca llegan cuando se les espera.

–¿Ah, no?

–No –dijo con calma, cuando vio cómo intentaba convertir una mueca de dolor en una sonrisa–. Y por el amor de Dios, ¿quieres dejar de disimular las contracciones?

Así que no le estaba engañando. Al menos sus palabras le permitieron soltar la cuchara y sujetarse el abdomen. La llevó un momento darse cuenta de que él estaba de pie junto a ella. La cara

de Paulo era como la de un ángel enviado para protegerla. Los ojos de Isabella eran grandes y estaban llenos de temor cuando lo miró. Ella se volvió a quejar.

–¿Qué te pasa? –preguntó él al tiempo que extendía las manos alrededor de su cintura–. ¿Otra contracción?

Ella afirmó con la cabeza. Sentía las manos de Paulo fuertes, reales, pero, ¿no era todo eso una ilusión comparado con el agudo latigazo de dolor que acababa de sentir.

–Paulo, tengo miedo.

Él retiró una de las manos de su cintura para acariciarle la cabeza.

–Ya lo sé, querida, pero tienes que relajarte, ¿recuerdas? Despacio y tranquila. Para esto te has estado preparando, Bella. Sabes lo que tienes que hacer. Recuerda la respiración y la relajación. Todo lo que hiciste en las clases de preparación al parto. Recuerda que yo también lo sé y estaré allí para ayudarte –se detuvo un momento–, si es que quieres que esté.

Unos minutos más tarde, la respiración de Bella se entrecortó con otro dolor más fuerte.

–¡Otra!

Paulo miró su reloj.

–Han pasado diez minutos –dijo lo más tranquilamente posible.

–¿Eso está bien? –susurró ella. Todo lo que le habían enseñado parecía haberse esfumado por completo de su cabeza.

Paulo pensó que todo estaba yendo más rápidamente de lo normal.

–Será mejor que llame a Jessie para que venga a quedarse con Eddie –dijo al tiempo que veía cómo el cuerpo de Isabella se volvía a tensar–. Creo que es hora de que te lleve al hospital.

Aquella vez la contracción fue mucho más fuerte, y el sudor le cayó de la frente. Y eso solo era el preludio de lo que la esperaba…

Isabella agarró la mano de Paulo. No notó la pegajosa humedad de la sangre que le había hecho al clavarle las uñas.

–No me dejes, Paulo –se quejó en voz baja–. Por favor, no me dejes.

Aquel ruego le llegó a lo más hondo, y lo abrumó la imperiosa necesidad de protegerla.

–No te dejaré –le prometió al tiempo que descolgaba el teléfono.

Capítulo 9

La luz azul de la ambulancia iluminaba las caras de los dos con extraños destellos de neón, y la sirena aullaba en sus oídos mientras se dirigían velozmente al hospital.

En su aturdimiento, Isabella agarró la mano de Paulo, retorciéndose para intentar ponerse cómoda, pero ninguna postura parecía ser la adecuada.

Paulo miró a Isabella, pensando que si el parto continuaba a este ritmo, el doctor Cordosa, que estaba de camino se lo perdería.

–¿Cómo te encuentras? –preguntó.

–¡Tengo calor! –el sudor le cubría la frente–. ¿Estará bien Eddie?

–No te preocupes por Eddie. Jessie está con él.

–¿Y la feijoada? ¡No está hecha!

–¡Bella, por favor!

Cuando llegaron al hospital, los llevaron directamente a urgencias, donde pusieron a Bella en una camilla. Paulo sujetó su mano todo el camino, y cuando la comadrona llegó para examinarla, ella continuó agarrando su mano como si se fuera a ahogar.

La comadrona lo apartó, hablándole como si fuera un niño.

–El padre que se ponga al otro lado de la cama, por favor.

Paulo estaba a punto de decir que no iba a estar presente durante el acontecimiento, pero en ese momento sintió cómo las uñas de Bella se clavaban en su mano. La mirada de Bella hizo que su corazón diera un vuelco. Cuando ella le suplicó que no la dejara, lo decía en serio.

–Claro –dijo. Mantuvo los ojos fijos en la cara de Bella mientras la comadrona la examinaba, y por primera vez en su vida, sintió vergüenza.

Lo que Paulo quería para Isabella era un parto sin complicaciones, pero en el momento en que la comadrona levantó la vista y miró significativamente a la auxiliar, quien a su vez salió

precipitadamente de la habitación, supo que el parto no iba a ser sencillo.

Se dio cuenta de que el equipo intentaba minimizar los problemas, pero cuando otros dos médicos entraron en la habitación, supo que las cosas no iban bien. Leyó las placas de identificación. Uno era ginecólogo y el otro pediatra. ¿No significaba eso que peligraba la vida del bebé, además de la de la madre?

El corazón de Paulo se aceleró y empezó a rezar por primera vez en mucho tiempo. Santo cielo, ya había perdido a una mujer en su vida, ¿sería el destino tan despiadado como para llevarse a otra?

Pero no debía dejar que su miedo contagiara a Bella, precisamente cuando estaba siendo tan valiente. Vio la sombría determinación en su cara, cada vez que soportaba una contracción. Apretó los dientes, frustrado por no poder ayudarla cuando más lo necesitaba.

Para Isabella no existía más que lo que le exigía su cuerpo. Rechazó los sedantes que le ofrecieron, pero respiró oxígeno, que la ayudó. La presencia de Paulo también la ayudaba. Se agarró a su mano sin soltarla cuando las contracciones se hicieron tan fuertes, que pensaba que no soportaría la siguiente. Cada vez que abría los ojos, veía la cara de Paulo y el ánimo que se reflejaba en ella. Y había algo más, una especie de admiración y orgullo que le daba fuerzas.

Empezaron a decirle que empujara, pero no hacía falta, porque para entonces la necesidad de sacar al bebé de su interior era demasiado poderosa.

–¡Aquí está el bebé! –gritó alguien.

–Ven a ver cómo nace tu bebé, Paulo –dijo una de las comadronas.

Paulo no podría haber rechazado la solicitud de la comadrona aunque hubiese querido. Sabía que era importante para Bella que alguien presenciara un acontecimiento que era milagroso, tanto para ella como para cualquier mujer, aunque las circunstancias que lo rodeaban no fueran normales.

Paulo soltó su mano y cruzó la habitación para ver cómo salía la oscura cabeza, y su corazón se aceleró al ver el hombro que la siguió. Era consciente de una furiosa actividad, ejecutada con una

calma antinatural, y el bebé salió, pero no emitió ningún sonido. Hubo más actividad, y de repente, el tenue llanto de la vida surgió de golpe.

–¡Es una niña! –dijo el pediatra, inclinándose sobre el bebé para limpiarle la nariz y la boca.

Paulo se acercó a Isabella y miró su pálida cara; tenía el pelo pegado a la frente y las mejillas. Se inclinó y le apartó los húmedos rizos, tentado de besarla.

–Enhorabuena, querida –susurró–, tienes una hija preciosa.

Una ola de alivio se apoderó de ella, dejándola temblorosa y agotada.

–¿Puedo tenerla?

–Solo un momento –dijo el pediatra, al tiempo que colocaba el diminuto bebé en sus brazos–. Su pulso ha sido un poco lento y tardó un poco en empezar a respirar, así que la llevaremos a cuidados intensivos esta noche para vigilarla. ¿Ya tiene nombre?

Bella miró fijamente la cabecita. Los rizos asomaban por encima de la manta. Todos los oscuros pensamientos que la habían vuelto medio loca cuando se quedó embarazada se esfumaron mágicamente. Porque ese bebé era magia. Una sensación de amor la inundó.

–Se llama Estela. Significa «estrella» en portugués.

–Tú eres la estrella –susurró Paulo, aunque habló en portugués para que solo Bella le entendiera.

Ella lo miró a los ojos y vio que brillaban con un calor y un cariño demasiado fuertes para ser imaginaciones. Tan orgulloso como si fuera el verdadero padre. Los labios de Isabella empezaron a temblar y bajó la cabeza para besar al bebé.

Bella abrió los ojos en medio de la noche y se preguntó qué había cambiado. Se incorporó en la cama y miró a su alrededor. Después del parto, se había sumergido en un delicioso baño y después se durmió, con Paulo sentado a su lado, como un hermoso guardián.

Pero Paulo se había ido ya y la cuna estaba vacía. El temor se apoderó de ella al tiempo que tocaba la campanilla. La enfermera entró corriendo a la habitación.

–¿Qué ocurre?

–¿Dónde está mi bebé?

–En cuidados intensivos, pero no por mucho tiempo. Hablé con ellos hace poco y la niña está bien.

–Quiero verla.

–Claro que sí. Pero, ¿por qué no descansas y esperas a mañana?

–Quiero verla –insistió Bella, con una resolución en su voz que no reconocía.

La enfermera insistió en llevarla en silla de ruedas. Cuando se acercaron a la incubadora, Bella sintió cómo unas lágrimas de alivio inundaban sus ojos.

Detrás del brillante cristal estaba Paulo, acunando al bebé en sus brazos; sus labios se movían mientras le hablaba suavemente.

Bella emitió un sonido entrecortado. Un ruido primitivo que parecía haber sido arrancado de sus entrañas.

La enfermera la miró.

–¿Estás bien?

Bella asintió.

–Lo quiero. Siempre lo he querido.

La enfermera sonrió.

–¡Madres primerizas! Claro que lo quieres, acabas de alumbrar a su bebé.

Isabella ni siquiera se había dado cuenta de que había hablado en voz alta, pero le dio igual. Y quizá Paulo se dio cuenta de que estaba siendo observado, porque, de repente, levantó la vista y su maravillosa sonrisa dijo a Bella que el bebé estaba bien.

–Voy a entrar –le dijo a la enfermera.

–Deja que te lleve…

–No. Quiero andar. De verdad.

Paulo la observó mientras ella se levantaba con cuidado de la silla de ruedas, y vio el orgulloso gesto con que rechazó el brazo de la enfermera y se puso de pie.

Ella observó cómo brillaban sus oscuros ojos, tan oscuros como los de Estela, y pensó que podrían tomarlo fácilmente por el padre de su hija. Pero no lo era. Nunca lo sería.

–Tienes a mi bebé –le susurró.

–Sí. Es irresistible. ¿Quieres sujetarla? Me lo imaginaba, toma… –y se la entregó con una sonrisa–. Ve con mamá –suavemente,

colocó a Estela en sus brazos. Y el bebé instintivamente empezó a buscar el pecho de su madre.

Isabella sintió un lazo de amor tan fuerte, que se quedó mirándola maravillada.

Paulo estaba de pie, fuera del círculo mágico, viendo las primeras exploraciones entre madre e hija, horrorizado por la oscura sensación de exclusión que experimentaba. Se dio cuenta de que la deseaba. Horas después de haber dado a luz al bebé de otro hombre; la deseaba tanto, que le dolía. ¿En qué tipo de persona se había convertido?

Miró el reloj de la sala. Eran las cuatro de la mañana.

–Será mejor que me vaya a casa. Quiero estar allí cuando Eddie se despierte. Lo traeré a visitarte mañana. Adiós, Isabella, dulces sueños.

De repente, se había ido, e Isabella y la enfermera siguieron su oscura figura mientras se alejaba por el pasillo, sin mirar atrás.

La enfermera se volvió hacia Isabella con una sonrisa confusa.

–¡Vaya, el maleducado ni siquiera te dio un beso de despedida! –masculló.

Isabella depositó un beso en la cabeza de Estela.

–Supongo que la excitación del parto lo ha afectado –le dijo a la enfermera. Mejor pensar eso que imaginar que no la había besado porque no quería…

Capítulo 10

A la mañana siguiente, Paulo llegó antes de que los empleados del turno de noche se marcharan. Llevaba una botella de champán con un lazo rosa atado. Tres comadronas levantaron la vista cuando él apareció por el pasillo, y se quedaron boquiabiertas ante la visión de aquel hombre alto, de pelo oscuro, vestido con un traje azul marino y corbata de seda color ámbar.

–Sé que llego pronto –sonrió–, pero quería ver a Bella antes de ir a trabajar.

El trío se puso en pie de un salto al tiempo que se alisaban las batas blancas.

–Yo lo llevaré a su habitación –dijeron al unísono.

Los ojos de Paulo se entrecerraron divertidos.

–Sé dónde está. Le pregunté a una de las auxiliares. Quisiera darle una sorpresa, si es posible.

Bella estaba ocupada alimentando a Estela. Ésta tiraba con entusiasmo del pecho de su madre. Era la sensación más extraña e increíble que había experimentado en su vida, pensó con una sonrisa de satisfacción en la cara.

Paulo la miró, maravillado por la facilidad y la naturalidad con la que alimentaba a la niña.

Cuando Eddie nació, muchas mujeres no daban el pecho a los niños; además, la depresión postparto de Elizabeth supuso que él se ocupara de darle el biberón la mayoría de las veces, para que la madre descansara.

Estaba pensando que el aspecto del pecho de Isabella no era especialmente erótico cuando vio cómo apartaba el pezón rosado de la boca del bebé, y supo que se estaba intentando engañar.

Bella levantó la vista y se encontró atrapada en sus intensos ojos negros. Sintió cómo le temblaban los labios al mirarlo. Cualquier pensamiento sobre un cambio en sus sentimientos después del parto, o de que sus palabras de amor del día anterior hubieran sido

provocadas por las fantasías hormonales del embarazo, había desaparecido. Porque la simple visión de su amada y hermosa cara era suficiente para llenarla de añoranza.

Paulo entró y dejó el champán en la mesa.

–Hola –murmuró.

–Hola –dijo ella tímidamente, consciente de que él había visto desnudos su cuerpo y sus emociones mientras ella traía una nueva vida al mundo.

–Se me ocurrió pasar antes de ir a trabajar.

Ella sonrió.

–Me alegra que lo hayas hecho.

Paulo miró al bebé, que se había sumido en un sueño gratificante. ¿Había sido Eddie tan pequeño?, se preguntó abstraído.

–¿Qué tal está?

–Perfecta.

«Igual que su madre», pensó él.

–¿Puedo tomarla, o la molestaría?

Ella negó con la cabeza.

–Claro que no.

Se agachó para recibir el bebé de los brazos de ella, sorprendido por el placer que le daba volver a sentir a Estela. Olía a leche, y a Bella, y sintió la apremiante necesidad de besarla.

Isabella miró cómo Paulo acunaba y besaba a la niña, y en ese instante lo amó más por su generosidad. Ojalá me abrazara a mí de esa forma, pensó con anhelo.

–Telefoneé a tu padre –dijo Paulo.

–¿Y?

–Está muy orgulloso. No me imaginaba que pudiese estar un minuto entero sin decir nada.

–No hacía falta decirle que había soportado las felicitaciones e incómodas preguntas sobre a quién se parecía más, a Isabella o a él. «Es difícil decir», había sido su respuesta, sin preguntarse a sí mismo por qué la evasiva le había salido tan fácilmente.

–¿Qué tal está Eddie? –preguntó Isabella.

Él acarició la suave cabeza del bebé con la punta de la nariz.

–Entusiasmado, ni siquiera el ordenador le entretiene. Lo traeré conmigo esta tarde.

Paulo la visitó mañana y tarde, hasta que ella y el bebé recibieron el alta una semana más tarde. A él se le veía expectante mientras la llevaba afuera, donde los esperaba un precioso coche familiar. Con los brazos cubiertos por la manta del bebé, Isabella miró sorprendida.

–¿Coche nuevo?

–Eso es –le abrió la puerta–. ¿Te gusta?

–Es precioso, pero, ¿qué le ha pasado al viejo?

–Nada. Está en el garaje. Necesitábamos uno más grande ahora que somos cuatro.

Bella se dijo a sí misma que eso no significaba nada mientras colocaba al bebé en su sillita.

Eddie estaba de pie en la puerta de casa esperándolos, saltando por la emoción.

Su padre lo había llevado casi todos los días a visitarla al hospital, e Isabella y Paulo habían sido completamente invisibles para él. Toda su atención se centraba en la niña, que le agarraba el dedo con su fuerte y diminuto puño.

A Paulo aquello le había parecido emocionante, pero al mismo tiempo experimentaba la relación entre su hijo y el bebé con algo parecido al remordimiento. Había estado seguro de que Eddie sería el único hijo en su vida, forzándose siempre a no comprometerse en ninguna otra relación ni a la posibilidad de tener más hijos. Tampoco había resultado difícil. No había encontrado ninguna mujer que hubiese podido hacerle actuar de otra manera.

Pero la forma en que su hijo se comportaba con el bebé era embriagadora, como si alguien hubiera encendido una luz en su interior.

Isabella entró en casa con el bebé, caminando con excesivo cuidado y sintiéndose todavía ligeramente desorientada. Solo había estado fuera unos días, y sin embargo volvía como una persona distinta. Como una madre. Con todas las responsabilidades que aquello conllevaba. Sin embargo, la sensación de irrealidad que se había apoderado de ella desde el parto no la había abandonado por completo, aunque Estela era preciosa, y real.

Resultaba difícil creer ahora que Paulo le había sujetado la mano durante todo el parto. La había visto despojada de toda su

dignidad, quejándose y retorciéndose de dolor. Le había secado la frente mientras empujaba al bebé. Pero no la había tocado, ni besado, y ella había esperado que lo hiciera. Quizá era él quién hubiera cambiado de opinión.

Pero sus preocupaciones desaparecieron en cuanto miró a su alrededor. El pasillo estaba lleno de globos y había un jarrón con flores rosas aromáticas junto al teléfono. Desde la cocina, llegaba un dulce aroma familiar.

–Es la feijoada –explicó Paulo al ver que olisqueaba el ambiente–. Congelamos la comida que habías preparado cuando rompiste aguas. Eddie dijo que sería perfecto como festín de bienvenida.

–Eddie tiene razón, es lo mejor –dijo Isabella, mirando un globo rosa y plateado en el que se leía: «¡Es una niña!»–. Y todo esto es maravilloso también, habréis trabajado mucho.

Jessie salió de la cocina, con una gran sonrisa.

–¡Bienvenida a casa! –dijo y la abrazó.

–Gracias, Jessie.

–¿Puedo verla?

Isabella descubrió la carita de la niña y suspiró.

–¿No es preciosa?

Paulo se sorprendió mirando a la madre en vez de al bebé. Sin duda alguna estaba imponente. Su cuerpo parecía haber recobrado la esbeltez de la noche a la mañana. La enfermera dijo que eso era porque Isabella era joven y estaba en forma. Llevaba unos vaqueros amarillos y una camisa escarlata, apretada contra sus pechos llenos de leche.

Su abundante melena cobriza estaba sujeta con una cinta negra, y su cara sin maquillaje estaba radiante y virginal. ¿Entonces, qué le ocurría? Parecía distante, despegada. Sus movimientos eran bruscos y tímidos, solo mostraba cariño cuando se refería al bebé o a Eddie. Pero desde luego no a él.

–Sube y mira lo que hemos preparado para Estela –dijo Paulo.

–¿Puedo tenerla un rato? –dijo Jessie–, así descansas.

–Claro que sí –sonrió Isabella, aunque se sintió un poco desconsolada sin el bebé en sus brazos.

Isabella tenía el corazón en la boca.

–¿Dónde vamos?

–A la habitación que hay junto a la tuya –dijo él, notando la preocupación en su voz.

Pero Isabella olvidó sus nervios por un momento cuando abrió la puerta y vio todo lo que había hecho.

–¡Dios mío! ¿Cómo has conseguido hacer todo esto?

Una de las paredes estaba cubierta por un mural de Alicia en el País de las Maravillas, y las demás estaban pintadas de color cereza. Había una cuna de estilo antiguo junto a la pared, con volantes de encaje y una manta rosa a cuadros, y varias muñecas de trapo, sentadas en la repisa recién pintada de la ventana.

Isabella pensó que él se había molestado demasiado por una estancia que quizá solo fuera temporal, y su corazón dio un vuelco esperanzado.

–¿Te gusta? –le preguntó.

Isabella se volvió hacia él.

–¿Que si me gusta? Oh, Paulo, ¿a quién en su sano juicio no le gustaría?

–Y tú, ¿estás en tu sano juicio?

Algo en el tono de voz de Paulo hizo que la esperanza se disipara.

–Creo… que sí. ¿Por qué lo preguntas?

–Por la expresión de tu cara. ¿Qué ocurre, Isabella, pensabas que tenía planeado subirte aquí y hacerte el amor, sin más?

Por la mirada en su cara, la idea claramente le disgustaba.

–No he dicho eso –dijo Isabella secamente. Confiaba en que él no le hiciera daño, que la respetara, y que no saltara sobre ella antes de que estuviera lista, y sin embargo, le estaba haciendo mucho más daño al colocarse al otro extremo de la habitación, como si fuera un extraño.

Él frunció el ceño al ver el reproche en los ojos de ella.

–Bella, estás cansada. Y acabas de tener un bebé. ¿Qué clase de monstruo crees que soy?

–No eres ningún monstruo. Simplemente te estoy agradecida por todas las molestias que te has tomado y…

¡Maldita sea! No quería su gratitud, solo una señal, alguna indicación de que todavía lo deseaba.

–No te preocupes –dijo con frialdad.

–Pero te habrá costado una fortuna…

La luz desapareció de los ojos de Paulo.

–No vuelvas a hablar de ello, Bella, por favor. Vamos a dejarlo en un pago por toda la amabilidad de tu padre hacia mí durante todos estos años.

Isabella quería tocarlo, acariciar su cara, pero en el fondo estaba asustada.

Acababa de tener un bebé y tenía poca experiencia en lo que a hombres se refería. Si empezaba una relación con Paulo, tenía que estar segura de lo que hacía. Y mientras que en su corazón no había una sola duda, necesitaba que él supiera que no estaba fingiendo cuando hicieran el amor, si es que todavía la deseaba. Y de esto, también tenía que estar segura.

Paulo vio la turbación en su cara y se preguntó si se sentiría comprometida de alguna forma.

–Por supuesto, no pienses que te tienes que quedar solo porque he decorado la habitación –en sus ojos había una pregunta–. Quizá ya hayas decidido que te vas a marchar.

–¿Marcharme?

Paulo continuó, aunque las palabras casi se le atragantaron.

–Quizá te quieras ir a casa –sugirió–, te podrías llevar a Estela y enseñársela a su padre.

Ella se enfrentó al reto que había en sus ojos sin inmutarse.

–Pero Roberto no me quiere; ya te lo dije. ¡Y yo no lo quiero a él! Se acabó, en realidad nunca empezó –porque Roberto no había sido más que un oscuro amante, un sustituto involuntario del único hombre al que ella siempre había amado.

–Quizá cambie cuando sepa lo del bebé.

–¡No va a saber nada del bebé!

–¿No crees que tiene derecho?

–Creo que yo tengo derecho a decidir si se lo digo o no –le contestó con tranquilidad.

–Pero tus sentimientos hacia él pueden cambiar –le contestó, preguntándose qué demonio le estaba haciendo proponer algo contrario a lo que él quería–. ¿Y si a medida que Estela vaya creciendo se parece más y más a su verdadero padre? Quizá el lazo biológico te haga desearlo de nuevo.

Isabella no reaccionó. No quería que él notara que sus duras palabras la habían herido. Quizá, como padre, Paulo entendiera la

posición de Roberto.

Desde abajo, les llegó el llanto de la niña.

–Salvada por el bebé –dijo Paulo. Notó que ella tenía dos manchas húmedas de leche en la camisa y sonrió irónicamente–. Pero sería mejor que te cambiaras de camisa antes de bajar.

Ella se miró los pezones, húmedos y duros, y cuando levantó la vista, vio el deseo en sus ojos, y también una chispa de diversión.

–¡Vete, Paulo! –dijo bruscamente.

En el piso de abajo, Paulo encontró a Eddie sentado en el sofá, acunando al bebé.

–¿Sabes sujetarla? –preguntó Paulo con suavidad, pero la mirada de su hijo le hizo callar.

–¡Claro que sé! Mira papá qué bonita es. Muchos de mis compañeros de clase tienen hermanos o hermanas pequeños. Cómo me gustaría que Estela fuera mi hermana pequeña. ¿Por qué no te casas con Isabella? Así podría serlo.

–Porque la vida no es así –le contestó.

–¡Pues la vida es una mierda!

–¡Eddie! –Paulo iba a echarle un sermón sobre lo inadecuado que era decir palabrotas, pero algo en la mirada de su hijo le hizo callar.

Había perdido a su madre cuando era tan pequeño que no tenía un verdadero recuerdo de ella, pensó Paulo con tristeza. Quizá no fuera tan sorprendente que Eddie hubiera establecido un lazo con ese bebé que no tenía padre.

La sensación de pérdida había durado mucho tiempo, mucho más que el dolor y la aflicción. La crueldad de la vida le había hecho cauto a la hora de comprometerse con alguien, pero ahora empezaba a darse cuenta de que no podía pasarse la vida pensando: «¿y si… ?» Una vez acusó a Isabella de cobarde, pero, ¿acaso no era él culpable de cobardía emocional?

–¿Me dejas a la niña un rato, hijo? –dijo con suavidad.

Cuando Isabella bajó, se encontró a padre e hijo ocupados con su bebé. Miró a los dos, sentados en el sofá, con las cabezas inclinadas sobre la niña dormida. A los ojos de un desconocido, pensó con añoranza, tenían la apariencia de una familia normal.

–¿Puedo usar el teléfono, Paulo?

–No tienes que pedir permiso –gruñó él.

–Gracias. Es que creo que debería llamar a mi padre para decirle que ya he salido del hospital.

–Tampoco me tienes que decir a quién llamas.

–Lo recordaré –dijo ella seria.

Paulo anduvo de un lado a otro con Estela en brazos, intentando no sucumbir a la tentación de escuchar lo que hablaba.

Quizá la conversación que habían tenido antes estuvo más cerca de la realidad de lo que se había imaginado. Quizá ahora estuviera hablando con su padre de la posibilidad de volver a Brasil… Él había sacado el tema, y ella había estado sin responder un tiempo lo suficientemente largo como para sugerir que lo estaba pensando.

–¿Paulo?

Él levantó la vista y vio sus preciosos rizos cayéndole casi hasta la cintura, y los labios le temblaron por la necesidad de besarla.

–¿Conseguiste hablar con él? –preguntó.

Ella asintió, pensando en lo pequeño y en lo bien que se veía al bebé en sus brazos.

–Te da las gracias por las fotos y me ha preguntado cómo conseguiste enviárselas tan rápidamente.

Paulo sonrió.

–¿Qué más ha dicho?

–Está muy emocionado, comprando en Salvador todos los artículos de color rosa que encuentra y…

–¿Y qué?

Isabella dudó. Miró de reojo a Eddie, y Paulo se dio cuenta de que quería hablarle en privado.

La siguió al pasillo.

–¿Qué es? –le preguntó en voz baja.

Ella le miró avergonzada.

–Pues que… como no hemos negado nada… –dudó de nuevo–. Sigue ilusionado con la idea de que nos vamos a casar.

–¿Ah sí? –dijo Paulo lentamente.

–Debería decirle que no, pero…

–¿Pero qué? –dijo él, intentando averiguar qué sentimientos transmitía la voz de Isabella.

Ella suspiró. No hacía falta decirle a Paulo que su padre lo

estimaba, y que la idea de que su única hija se casase con él borraba el recuerdo de un embarazo fuera de lo normal.

–No lo sé. Parece hacerle feliz.

–Entonces, ¿por qué no dejamos que siga así? –sugirió pensativamente.

Capítulo 11

Isabella dejó una lamparita encendida en la habitación de Estela y bajó sin hacer ruido al comedor, donde Paulo estaba esperándola.

Él levantó la vista cuando ella entró, y se quedó mirando cómo se abrochaba el último botón del corpiño. ¿Cómo había sido tan estúpido de pensar que una mujer que amamantaba a un bebé no resultaba erótica?

–¿Se ha dormido? –preguntó.

–Profundamente –Bella se sentó mientras él colocaba un racimo de uvas negras en el plato, y pensó que, a pesar de su innegable apariencia masculina, Paulo no era ningún inútil en la cocina, pues no solo podía freir un filete, sino que además sabía cocinar la pasta de cien formas distintas.

Él la estaba observando, con un brillo suave iluminando levemente sus ojos negros.

–¿Qué te dijo la comadrona?

Isabella agitó el vino en la copa y estudió su color a través del cristal, haciendo como que no le oía. Por supuesto no iba a contarle que la comadrona le había preguntado: «Supongo que sus relaciones sexuales habrán vuelto a la normalidad, ¿verdad?» Y que ella había asentido vigorosamente porque estaba fuera de lugar explicarle a la enfermera que Paulo Dantas jamás le había hecho el amor.

–¿Bella?

–Que Estela era un bebé precioso.

–¿Algo más?

–Sí, que lo estamos haciendo todo bien –se dio cuenta de que se le había escapado la palabra «estamos» y maldijo en silencio.

–¿Eso es todo?

Isabella dejó la copa en la mesa.

–Paulo, ¿qué intentas decir?

Él sospechó que lo sabía de sobra.

–Nada.

–Mira, ¿por qué no me preguntas sin más rodeos?

–Porque te sorprendería, señorita –sonrió, pensando que últimamente Bella no estaba simplemente preciosa, sino radiante. Como esa noche, con aquel vestido rojo de seda que a pesar de cubrirle desde el cuello hasta las rodillas dejaba entrever todas y cada una de sus formas.

–Ya te lo dije –sorbió un poco de vino y lo miró animándolo a seguir–. Nada me sorprende últimamente.

Paulo apartó su plato sin probarlo, sintiendo que se iba a volver loco. La tensión se le había ido haciendo insoportable debido a la frustración de tenerla cerca, pero no tanto como él deseaba, a la frustración de sus noches plagadas de sueños eróticos que hacían que se despertara cubierto de sudor y cuya inevitable consecuencia no disminuía su insatisfacción. Y a saber que ella también se agitaba en su cama, tan inquieta como él. Le dolía la necesidad de tocarla, de tocar con sus manos un cuerpo que, poco a poco, le estaba volviendo loco.

Se dio cuenta de que nunca había disfrutado tanto mirando a una mujer como cuando miraba a Isabella. No había nada forzado en ella. Su belleza era diáfana y natural.

Pero un trato era un trato, y luchó para volver a poner los pies en la tierra. Él era mayor que ella, y tenía más experiencia. Por eso mismo sabía exactamente lo que tenía que hacer para llevar a Bella a su cama, pero la decisión tenía que tomarla ella. Y aunque había flirteado premeditadamente con ella antes de que naciera el bebé, no quería continuar haciéndolo porque ya no se fiaba de sí mismo.

Isabella lo miraba fijamente a través de las velas, deseando que él dijese algo, lo que fuera, a partir de lo cual la conversación pudiese derivar hacia el tema de convertirse en amantes sin que ella tuviese que sacarlo.

–¡Paulo! –susurró, y en sus ojos ardía la pregunta.

–Dime, querida –él hizo que su voz sonara neutra.

Ella lo miró con helada incredulidad. Sabía que él solo le había prometido una aventura que acabaría agotándose, y lo podía aceptar. No le estaba pidiendo que firmara nada, solo quería una señal de que realmente la deseaba, porque ella no iba a suplicar.

Isabella arrojó su servilleta sobre la mesa y se puso de pie.

–¡Paulo Dantas! –gritó con frustración–. Eres tan… tan…

–¿Tan? –la provocó, divertido.

–¡Estúpido!

Apartó la silla y salió del comedor, refrenándose de dar un portazo al salir porque Eddie y Estela estaban durmiendo.

Al llegar al descansillo del piso de arriba oyó unas suaves pisadas detrás de ella. La idea de que Paulo la estuviese persiguiendo en silencio por toda la casa le resultó increíblemente excitante. Aceleró el paso. A la altura del dormitorio de él, una mano sujetó su muñeca y le hizo darse la vuelta. Casi se desmayó de placer al ver el deseo en sus ojos.

–¿Así que soy estúpido? –dijo él.

El corazón de Isabella latía desenfrenadamente.

–¿Dije eso?

Él se rió.

–Vamos a comprobarlo, querida –y la arrastró a su habitación, cerrando la puerta con suavidad tras ellos.

Isabella sintió la excitación de él cuando la sujetó por la cintura y la miró con los ojos abrasados por un fuego oscuro y ardiente.

–¡Querida! –dijo con un gruñido de sumisión antes de ceder a la tentación que le había estado atormentando durante todo aquel tiempo. Se sentía perdido en el paraíso. La besó hasta quedarse sin aliento, y después levantó la cabeza.

–¿Me deseas?

«Siempre te he deseado», pensó.

–Sí –fue la respuesta de Bella al tiempo que se colgaba de su cuello–. Sí, sí, sí.

Paulo no recordaba un beso tan intenso. Sabía que si ella continuaba apretando su cuerpo contra él acabaría poseyéndola contra la pared, y no quería que todo acabara de aquella manera, con él arrancándole el vestido y las braguitas mientras la embestía con los pantalones y los calzoncillos en los tobillos. Mejor dicho, sí quería, pero ella se merecía más que eso.

–¡Ven! –dijo sin aliento–. ¡Ven a la cama!

Bella no era consciente de nada a su alrededor. No veía más que la intensa luz en los ojos de Paulo mientras él hacía que se sentara y le desabrochaba el vestido.

–¡Quiero tocarte! –dijo con voz temblorosa–. Necesito tocar todo tu cuerpo.

Bella se estremeció, incapaz de apartar de él su mirada y sintiendo cómo se le endurecían los pezones y cómo el dulce flujo del deseo humedecía sus braguitas. Se preguntó si él vería el amor que se reflejaba en sus ojos. Pero el amor no era parte del trato.

Las manos de Paulo dudaron un instante cuando olió el aroma de su sexo, pero hizo un esfuerzo y siguió desabrochándole el vestido. Mientras, los dedos de Bella empezaron a revolotear sobre su camisa de seda y fueron bajando.

–¡No! –susurró él.

–¿No? –había leído que a todos los hombres les gustaba que los tocaran ahí y quería darle placer.

–Querida –dijo Paulo a punto de explotar–. He esperado esto durante demasiado tiempo.

Cuando terminó de desabrochar la parte delantera de su vestido, un gemido salió de sus labios. Sus pechos estaban tan llenos como durante el embarazo, y eran maravillosos. Inclinó la cabeza y pasó su lengua por uno de los pezones endurecidos que se marcaban bajo el encaje negro del sujetador.

Fue como si le hubiesen inyectado una droga. Isabella se tumbó. Sus caderas se movían al tiempo que jadeaba de placer.

–¡Por favor, Paulo! –susurró, aunque no tenía conciencia de lo que le pedía.

Aquella entrecortada súplica y sus reacciones amenazaban con acabar con todo antes de que empezara. Paulo clavó su mirada en los ojos color ámbar, que ahora estaban tan oscuros como el carbón.

–¡Tranquila, por el amor de Dios, Bella, tranquila!

¿Cómo iba a estar tranquila, precisamente cuando la mano de él empezaba a deslizarse por sus piernas?

De repente, Paulo dejó escapar una exclamación que delataba una agradable sorpresa.

–¿Qué ocurre? –preguntó Isabella.

–¡Llevas ligas!

–¿No las llevan todas las mujeres?

–Deberían –gruñó de nuevo–. Deberían.

Sus dedos tocaron la tersa y cálida piel de sus muslos, y subieron hacia arriba.

–¡Oh, Paulo! Gato. Querido gato.

–Me lo estás poniendo muy difícil –se quejó al tiempo que la

cabeza de Bella caía hacia atrás y sus caderas volvían a moverse.

Incapaz de resistirse, él tocó un momento sus braguitas, hasta que recordó que la estaba desnudando. Sus dedos se apartaron, pero ella se quejó y uno de sus dedos volvió a aquel lugar.

Paulo sentía la humedad y oía las palabras inconexas que escapaban de su boca. Isabella hablaba una mezcla de inglés y portugués, con la voz transida de necesidad y deseo. Se dio por vencido y empezó a acariciarla rítmicamente, al tiempo que pensaba que no debería ocurrir así.

O quizá sí. ¿No había soñado él con verla abandonada al deseo? Bajó la cabeza y tomó un pezón en su boca mientras seguía acariciándola.

Isabella sintió que entraba en un mundo dominado por el placer, por Paulo…

–¡Paulo! –gritó con voz ronca a la vez que se convulsionaba–. ¿Qué ha sido eso?

Así que Roberto la había dejado embarazada, pero no la había hecho disfrutar, pensó Paulo con cierta satisfacción.

–Eso, cariño mío, es el placer que tú te mereces, el que pretendo darte una y otra vez.

–¿Una y otra vez?

Él sonrió.

–Tantas veces como quieras, pero, por Dios, vamos a desnudarnos.

Una vez desnudos, él se demoró unos instantes en ponerse un preservativo. Isabella lo esperaba impaciente en la cama.

–No tengo mucha experiencia –admitió ella tímidamente.

–Te enseñaré todo lo que sé –le prometió Paulo estrechándola en sus brazos y dándole un tierno beso que fue haciéndose más y más apasionado.

La penetró con suavidad a la vez que su lengua seguía el mismo ritmo en su boca. Observó cómo ella se abandonaba al placer y él no pudo esperar más. Nada en el mundo podría haberlo detenido. Se rindió al orgasmo más explosivo que había tenido en su vida…

Capítulo 12

Paulo entreabrió los ojos y se dio cuenta de que su cabeza estaba recostada sobre el glorioso cojín que era el pecho de Isabella, y de que ella intentaba apartarse. Apretó los brazos alrededor de ella.

–No –dijo medio dormido–. No te vas a ninguna parte.

–Paulo –susurró–. Debo irme. Estoy oyendo a Estela y tengo que darle el pecho.

Él se dio la vuelta y encendió la luz, justo a tiempo para verla bajar de la cama, orgullosamente desnuda y sin vergüenza.

–¿Volverás? –preguntó él.

Isabella se puso el vestido rojo sin molestarse por la ropa interior, así podría dar el pecho fácilmente a la niña por la abertura delantera del vestido. Después sería mejor que se duchara, y…

Ella negó con la cabeza.

–Será mejor que no, son las dos de la mañana.

Él se incorporó en la cama.

–¿Y?

–Pues que para cuando termine de dar el pecho a la niña, la cambie y la duerma de nuevo, ya no me dará tiempo a volver aquí.

Si él había aprendido algo durante el exquisito interludio era que a ella le gustaba que dijese cosas obscenas.

–Pero si aún no he terminado contigo –dijo adrede.

Isabella tragó saliva al percibir la oscura resolución de su voz, pero tenía otras responsabilidades además de ser su amante. Era madre. Y él era padre. Se agachó para recoger las braguitas y el sujetador y lo miró a los ojos.

–No creo que deba estar aquí cuando Eddie se despierte.

–No estarás. Su cuarto está al otro lado del pasillo y duerme profundamente, lo sabes –objetó Paulo–, además yo siempre me despierto antes.

–¿Y si, por una vez, él se despierta antes?

–Siempre llama antes de entrar.

–Pero a lo mejor nos dormimos.

–Pondré el despertador.

–¡Paulo!

–De acuerdo –pasó la mano por su oscura mata de pelo. Sabía que tenía razón, pero al mismo tiempo le irritaba su determinación. Porque en aquel instante la deseaba tanto, que habría removido cielo y tierra para tenerla de nuevo en su cama.

Isabella se alisó el pelo y le sopló un beso.

–Adiós.

–Ven y dame un beso de verdad.

El corazón de Isabella se aceleró al acercarse a la cama e inclinarse sobre él. Le dio un suave y dulce beso antes de dirigirse a la puerta.

Él iba a preguntarle que cuándo la volvería a ver cuando recordó que podía verla cuando quisiera. Suspiró y sonrió, y se volvió a echar. En pocos segundos estaba dormido.

Aunque Isabella tenía calor y se sentía pegajosa, dio de mamar a la niña, la cambió y le cantó durante un rato. Luego, la volvió a poner en la cuna, la arropó y se la quedó mirando durante un buen rato, pensando en los años venideros. Las lágrimas asomaron a sus ojos al darse cuenta de lo irrevocable que podía ser el acto sexual, pues aquel bebé era la consecuencia de su desesperado intento de apartar a Paulo de su mente.

Lo de esa noche también había sido irrevocable, aunque no porque fuese a haber bebé pues Paulo se había asegurado de eso. Pensó en el cariño y la pasión de él. Realmente parecía que era a ella a quien quería en su cama. Esa vez había sido irrevocable porque había sellado la verdad en su corazón de una vez por todas. Amaba a Paulo Dantas. Lo amaría siempre. Y eso la hacía más vulnerable.

Él había sido completamente sincero con ella. Le había dicho que se podía quedar con él hasta que… ¿Qué dijo? «Hasta que se acabe». Hasta que hubieran satisfecho la pasión mutua.

Pues ya lo habían hecho. ¿Y ahora qué?

Una cosa era segura, pensó mientras se quitaba el vestido rojo y lo echaba al cesto de la ropa sucia. Tenía que conservar un mínimo de independencia, aunque solo fuera para demostrarse a sí misma que no lo necesitaba cada minuto del día, porque si eso ocurría

estaba perdida. Lo último que quería era depender totalmente de él.

Isabella se despertó pronto para dar de mamar a Estela y luego se dio una larga ducha. Bajó al comedor a desayunar al mismo tiempo que Eddie.

–Hola, corazón –sonrió.

–Hola, Bella. ¿Dónde está Estela?

–Adivina.

–¡Durmiendo!

–Sí. Si quieres, puedes ir a darle un beso antes de marcharte al colegio –ella vio el cariño en su cara–. ¿Quieres ayudarme a bañarla cuando vuelvas del colegio? ¿Te gustaría?

–¿Puedo?

–¿Qué puedes? –preguntó una profunda y soñolienta voz, y a Isabella se le secó la boca cuando Paulo entró en el comedor.

–¡Hola, papá! Isabella dice que puedo ayudarla a bañar a Estela esta noche.

–Qué bien –dijo Paulo sentándose enfrente de ella. Se sirvió un vaso de zumo y lo levantó hacia ella a modo de brindis, silencioso y sexy.

Isabella se esforzó por mantener la serenidad. ¿A qué estaba jugando? Normalmente bajaba a desayunar ya vestido para el trabajo. Entonces, ¿por qué iba descalzo, sin afeitar, con una camiseta vieja y los mismos vaqueros de la noche anterior? ¡Y uno de sus pies, descalzo, subía sugerentemente por su pierna! Lo apartó bruscamente y trató de servirse una taza de café, pero su mano temblaba tanto que no creía que pudiera llevarse la taza a la boca.

Isabella se encontró con el brillo de su mirada.

–¿No vas a llegar tarde, Paulo? –preguntó.

–¿Tarde? –dijo él alegremente–. Soy el director, querida. Puedo llegar tarde de vez en cuando, si me apetece.

–Pero papá –protestó Eddie–, me dijiste que si eres director de un banco tienes que dar ejemplo. Y que solo debes llegar tarde si tienes una buena razón.

–Así es, Paulo.

–¿Ah, sí? –la miró enfadado; luego, tomando aire, consiguió sonreír–. De todas formas, he pensado que hoy voy a trabajar desde

casa.

Isabella sabía exactamente a qué estaba jugando, y no se lo iba a permitir. Era primordial para su salud mental no dejarle invadir cada instante del día, además de la noche.

–Pues qué lástima, porque no voy a estar –Isabella sonrió.

–¿Qué quieres decir?

–Voy a llevar a Estela al médico.

Paulo la miró fijamente.

–¿Qué le pasa?

–Nada. Es un chequeo.

–Pues entonces el médico puede venir aquí. Creía que estábamos de acuerdo en eso.

–¡No! –dijo ella en voz baja–. Eso era antes, cuando estaba embarazada y agotada. Necesito salir, Paulo, y Estela necesita aire fresco. ¿De acuerdo?

La oscura mirada de Paulo la atravesó.

–De acuerdo.

Sin ganas ya de desayunar, fue por una sábana limpia. Estaba colocándola en el cochecito cuando oyó a Paulo acercarse por detrás. Creía que la iba a tocar y estaba preparada, pero no lo hizo. Lo que no se esperaba era la irritación que había en sus ojos.

–¿Qué pasa, querida? –ronroneó, consciente de que ninguna mujer lo había rechazado con tanta habilidad. Desde luego, como método para hacer crecer su deseo estaba demostrando ser dolorosamente eficaz–. ¿Estás reconsiderando las cosas?

–No, claro que no.

–Entonces, ¿por qué me mantienes a distancia?

Isabella miró por encima de su hombro para comprobar que no hubiera nadie más alrededor.

–Jessie está aquí! –siseó–. ¿Qué esperabas?

Él se encogió de hombros.

–Pues le doy el día libre.

–O sea, que tú no vas a trabajar, le das permiso a Jessie y nos pasamos el resto del día en la cama, ¿no?

Él sonrió burlonamente.

–A mí me parece una estupenda idea.

–Pues a mí no me parece una buena idea. De hecho, creo que es la peor idea que he oído jamás.

Quizá estuviera exagerando, pero necesitaba hacerle ver cómo se sentía.

Hubo una larga pausa.

–¿Te importaría explicarme por qué?

Isabella suspiró. No le resultaba fácil porque lo deseaba mucho. Ese era el problema.

–Paulo, necesito seguir unos horarios regulares con la niña, no lanzarme de cabeza a una aventura contigo.

–Lo uno no quita lo otro.

–Claro que no. Pero creo que es importante que esté disponible para Estela. Si fuera nuestro bebé, nos pasaríamos el día mirándola sin parar, y no mirándonos nosotros…

–Pero no es nuestro bebé –dijo él, al tiempo que lo inundaba la tristeza.

–No. No lo es. Por eso necesito conocerla, establecer un vínculo con ella, y si estoy metida en tu cama, no podré hacerlo. Lo sabes.

Paulo suspiró. Lo paradójico de la situación era que también él sentía que las cosas tenían que ser así. Si él viese que Bella se olvidaba del bebé mientras se entregaba a todo tipo de juegos sexuales, acabaría no deseándola.

–Tienes razón. Pero las noches, todas las noches, son nuestras. ¿De acuerdo?

–De acuerdo –ella alargó la mano para acariciarle la cara, pero él la detuvo inmediatamente.

–No, Bella, no puede ser solo cuando tú quieras. No puedes amarme y luego marcharte, darme un beso y dejarme frustrado todo el día –rápidamente cubrió su boca con un dulce beso y se separó. Cuando ella levantó la vista y lo miró con abatimiento, él sonrió–. ¿Ves? ¿A que duele, querida?

Y antes de que Isabella, confusa, pudiera decir nada, él se dio la vuelta y se marchó.

Al final del día Paulo ya estaba más calmado, y su buen estado de ánimo se debía en gran parte a lo que esperaba de la noche. De camino a casa entró en la floristería y compró un extravagante ramo de flores blancas perfumadas. «Algo discreto», le había dicho a la dependienta cuando ésta, viendo su expresión, le sugirió rosas rojas.

También llevó chocolatinas y una cinta de vídeo para Eddie.

Cuando llegó, la casa estaba silenciosa. Eddie estaba en el estudio, ocupado con sus deberes, e Isabella estaba sentada junto a la chimenea en el salón pequeño, dándole el pecho al bebé.

Ella no le oyó entrar, y siguió haciéndole arrumacos a la niña mientras la amamantaba. Paulo sintió una repentina necesidad de besarla.

–Hola –dijo con cariño–, ¿qué tal has pasado el día?

–Vaya. Paulo, sobre lo de esta mañana…

–Lo siento –contestó él.

–No, soy yo la que lo siente…

–Yo lo dije primero –dijo él burlonamente, e hizo aparecer el ramo de flores como si fuera un mago.

–¿Son para mí?

–¿Para quién si no?

Ella acercó la cara a las flores y aspiró su aroma.

–¿Para Jessie?

–¡Por favor, Bella… !

–Paulo, estoy hablando en serio.

–¿Dónde está? –normalmente, cuando él llegaba a casa, Jessie estaba preparando la cena, pero ahora no llegaba ningún aroma de la cocina.

–Ha salido a comprar champán.

Paulo frunció el ceño.

–Pero si tenemos champán de sobra en casa.

–Ya lo sé. Pero quería comprarlo ella.

–¿Por qué?

–Paulo, Jessie se va a casar.

–¿Qué? ¡No me lo creo!

–Pues créetelo. Escucha, ya vuelve, así que puedes preguntárselo tú mismo.

Jessie entró en la habitación sin aliento. Llevaba una bolsa de papel marrón con una botella dentro, y había una gran sonrisa en su boca.

–Jessie, ¿es cierto que te lanzas y te vas a casar? –preguntó Paulo medio en broma medio en serio.

–¡Sí! –Jessie estaba radiante–. ¿No es maravilloso?

–Supongo que sí –dijo lacónicamente–. Es que me ha

sorprendido.

–También me sorprendió a mí cuando Simon me lo propuso –contestó ella–. No nos conocemos mucho y… –se encogió de hombros como para dominarse–. Quiere que deje de trabajar en cuanto pueda. De todas formas, dentro de poco ya no me necesitarás, ¿no?

Paulo se preguntó qué le estaba pasando a su vida, antes tan perfectamente organizada.

–¿No te marcharás? –preguntó aterrado.

Jessie frunció el ceño.

–Claro que me voy. No puedo seguir viniendo dos veces al día a hacerte la comida si tengo un marido del que ocuparme. Además –sonrió mirando a Isabella–, me parecía que empezaba a sobrar. No me echarás de menos, Paulo, ya no. Ahora tienes a Isabella y al bebé.

Paulo abrió la boca para decir algo, pero se lo pensó mejor. Ahora no era el momento de ser egoísta. Jessie lo había ayudado y apoyado todos esos años, así que ahora tenía que alegrarse por ella.

–Enhorabuena, Jessie –sonrió, se acercó a ella y le dio un emocionado abrazo. Será mejor que abramos el champán y pidamos pizzas –dijo–. ¡Vamos a celebrarlo!

La cena se sirvió en el salón, entre la excitación y el caos. Jessie llamó a Simon para que se uniera a ellos. El bibliotecario estaba loco por su futura mujer, e Isabella sintió una repentina punzada que se parecía terriblemente a los celos. Pero mantuvo la sonrisa en su boca cuando todos alzaron sus copas para brindar, incluso Eddie.

Ya era tarde cuando la pareja se marchó, riéndose como adolescentes. A Eddie se le abría la boca.

–Vamos, hijo, a la cama.

–Buenas noches, Isabella –dijo Eddie bostezando.

–Buenas noches, cariño.

Isabella se sentía nerviosa mientras recogía los restos de pizza y champán, sobre todo cuando se dio la vuelta y se encontró a Paulo, que la miraba.

–Deja eso –dijo él lacónicamente.

–Pero…

–Dejalo, te he dicho –su voz se hizo más ronca–. Y por el amor de Dios, ven y bésame antes de que me vuelva loco.

No hizo falta que se lo repitiera. Fue directamente a sus brazos y le ofreció sus labios, que él tomó. Luego, la miró y arqueó las cejas al ver las sombras azules bajo de sus ojos.

–Estás cansada –dijo en voz baja.

–¿Te sorprende?

Él negó con la cabeza, sintiéndose excitado al recordar lo que había pasado la noche anterior.

–Estaba un poco desenfrenado anoche, no te podía quitar las manos de encima.

–Me di cuenta –murmuró ella–. ¿Me oíste quejarme?

–No –él se llevó la mano de Isabella a la boca, y empezó a lamer suavemente las puntas de cada dedo, disfrutando al ver cómo sus ojos se oscurecían y el repentino temblor de su hombro–. Pero esta noche vas a dormir.

Ella pestañeó alarmada. Había planeado limitar su tiempo con él, y por eso había hecho que fuese a trabajar por la mañana, pero le había reservado las noches. ¿Acaso él ya no quería eso? Quizá una vez había bastado para saciar su sed.

–¿Quieres decir sola?

Él se rió.

–No, conmigo. En mis brazos. Pero no habrá sexo.

Capítulo 13

Isabella, acaba de llegar un fax para ti, de Paulo!
–Voy –Isabella arropó a Estela con la manta y encendió el móvil musical–. Gracias, Jessie –dijo al tiempo que entraba en el estudio–. ¿Qué dice?

Jessie la miró contrariada.

–No lo he leído. Podría ser… personal.

Isabella no contestó. Jessie no era tonta. A esas alturas, ya era un secreto a voces que ella dormía con Paulo. Un hecho confirmado cuando Jessie le devolvió un collar que encontró debajo del colchón de la cama de Paulo. Al menos tuvo tacto y no hizo preguntas. De hecho, últimamente Jessie estaba más interesada en examinar continuamente su anillo de compromiso que en otra cosa.

Isabella le sonrió.

–Solo faltan unos días. Paulo te va a echar de menos.

Jessie negó con la cabeza.

–No lo creo. Ya no me necesita. Es hora de que siga él su camino y yo el mío

Pero Isabella no estaba escuchando; estaba demasiado ocupada leyendo el fax. Era un artículo de periódico en portugués, anunciando un nacimiento, procedía de uno de los periódicos más importantes de Brasil. La fecha era de hacía una semana:

Isabella Fernandes y Paulo Dantas han tenido una niña. Luis Jorge Fernandes les anuncia el nacimiento de su preciosa nieta, Estela María, en Londres, Inglaterra.

Isabella arrugó el papel con la mano y salió al pasillo cuando empezó a sonar el teléfono. Levantó el auricular, sabiendo que era Paulo.

–¿Has recibido mi fax?

–Sí –ella se mordió el labio. Que la gente pensara que él era el

padre era una cosa, pero verlo en los periódicos…–. No sé qué decir, Paulo. Mi padre no tenía ningún derecho a hacer eso. No sé por qué lo ha hecho.

–¿No? –respondió Paulo secamente–. Pues yo sí. Está claro que intenta avergonzarnos para que nos casemos.

Ella pensó que él no podía haber escogido una palabra más ofensiva.

–¿Avergonzarnos?

–Sabes a qué me refiero. Así es cómo él lo ve.

–Pues será mejor que lo llame cuanto antes. Para aclarar las cosas.

Hubo una pausa.

–A no ser que quieras, claro.

–¿Qué quiera el qué?

–Casarte.

Como propuesta, dejaba mucho que desear. Incluso si lo decía en serio, y no podía estar segura de que ese no fuera otro ejemplo del humor burlón de Paulo.

–No aceptaré ningún chantaje –le contestó furiosa.

–De acuerdo, Bella. Pero no llames a tu padre hasta que lo hayamos hablado.

–Paulo…

–Ahora no, Bella. Estoy en la oficina y estoy ocupado. Lo hablaremos cuando llegue a casa.

Isabella colgó el teléfono, más confusa de lo que nunca se había sentido. ¿Cómo se atrevía su padre? Y Paulo no era mucho mejor. Proponerle matrimonio por teléfono como si le estuviera preguntando si había pan, cuando el matrimonio era un asunto serio, que no debía tomarse a la ligera. ¿Cómo se atrevía?

Se alegró de que fuera fin de semana, y de que Eddie se hubiera marchado a pasar el fin de semana con una compañera del colegio.

Lo último que la apetecía hacer era comer, pero Jessie había hecho un guiso y Paulo tendría hambre, así que lo puso a calentar.

Paulo entró en la cocina y se la encontró removiendo el guiso. Pensó que desde luego parecía una ama de casa muy sexy, y estaba a punto de decírselo, cuando vio sus ojos color ámbar echando chispas.

–Supongo que no merece la pena pedirte un beso.

La furia de Isabella amenazaba con saltar, pero consiguió dominarse.

–Exactamente.

Abrió una botella de vino, y se sirvió una copa.

–¿Te apetece?

–No gracias –dijo secamente.

Paulo sorbió el vino, observando su defensivo lenguaje corporal, y suspiró.

–Vale, Bella, ¿con quién estás enfadada? ¿Conmigo o con tu padre?

–¡Con los dos! ¡Y no necesito ninguna propuesta de matrimonio caritativa por tu parte, Paulo Dantas! Solo porque Jessie se marcha y te vas a quedar en la cuneta. Supongo que, a la larga, te saldrá más barato contratar otra ama de llaves. ¡Desde luego será menos complicado!

–Tienes razón –acordó serenamente, y salió de la cocina, dejando a Isabella sintiéndose engañada. Ella había esperado una apasionada defensa de su propuesta de matrimonio, y no esa indiferencia, lo que confirmaba sus peores sospechas. Que no lo había dicho en serio.

Oyó cómo él salía de la casa dando un portazo, sin preocuparse en decirle adiós o a dónde iba, y, por primera vez desde que eran amantes, Isabella durmió en su habitación. Estuvo despierta, y la pareció oír la puerta de la habitación de Paulo cerrarse mucho después de medianoche.

Y durante las largas horas de espera, se dio cuenta de lo que lo echaba de menos. Lo echaba de menos tumbado a su lado. Y no solo a Paulo como amante, aunque era el amante perfecto. Echaba de menos la forma en que la agarraba por las noches. Los momentos después del sexo. Le hacía sentirse a gusto y segura.

Debió de quedarse dormida preocupada, porque cuando Estela se despertó a las seis de la mañana, Isabella se sentía más cansada aún que cuando volvió del hospital. Y no tenía sentido volver a la cama.

Se tomó su tiempo duchándose, y tardó aún más en vestirse. Se obligó a preparar tostadas y café, pensando que el ruido sacaría a Paulo de su habitación. Pero no lo hizo. Y no iba entrar y despertarle. Aunque hubiera sabido que él quería que lo hiciera.

Arropó al bebé y lo sacó fuera. El parque estaba casi desierto y hacía mucho frío. Los árboles estaban pelados, y las hojas habían sido barridas, dejando un triste paisaje.

Pero Isabella ni siquiera notó el frío. Intentaba convencerse de que quizá fuera mejor que su padre hubiera sacado a relucir ciertos asuntos. Tenía que tomar alguna decisión sobre su futuro, porque sabía que no podía quedarse indefinidamente jugando a las familias felices con Paulo y su hijo.

¿Y qué pasaría con Eddie cuando ella se marchara? Cuanto más se quedara ella, más se metería en el papel de madre sustituta.

Bajo las mantas, Estela se movió, y cuando Isabella consultó su reloj, se dio cuenta de que había estado fuera casi dos horas.

Volvió a la casa con poco entusiasmo. Acababa de entrar por la puerta, cuando oyó un ruido de voces masculinas que salía del comedor. Dejó a Estela dormida en el cochecito y entró en la habitación. Paulo estaba de pie junto al fuego y tenía una expresión en la cara que jamás había visto. Y la identidad de la otra persona hizo que abriera la boca con incredulidad.

El hombre estaba de espaldas a ella y tenía el pelo largo y revuelto. Pero lo reconoció enseguida.

Habían pasado casi once meses desde la última vez que lo vio, sin afeitar y roncando por culpa de una borrachera. Ella había bajado silenciosamente de su cama, sintiendo que no podía haber caído más bajo.

Pero como resultado de aquella noche estaba Estela y, aunque se arrepentía de haberse comportado como lo hizo, no era capaz de imaginarse el mundo sin Estela, y sin…

–¿Paulo? –susurró.

–Tienes visita –dijo bruscamente–, ¿no vas a decir hola, Isabella?

–Hola, Roberto –dijo y mantuvo la cara inexpresiva, porque algo le dijo que había algún tipo de peligro allí.

Roberto se dio la vuelta. Isabella no estaba preparada para la repulsión que heló su piel. Se dio cuenta de había sido una mujer distinta cuando se dejó seducir por él. De que su sonrisa era débil. Y de que se había aprovechado de su vulnerabilidad y posición como alumna suya.

–¿Qué haces aquí? –le preguntó en voz baja.

–Os dejaré solos –dijo Paulo, pero Isabella casi ni se dio cuenta

de que estaba hablando, o de que salía de la habitación.

Porque le costaba creerse que Roberto estuviera allí delante, su sola presencia ensuciaba el lugar que ella consideraba su hogar.

–¿Cómo me has encontrado, Roberto?

Él se encogió de hombros.

–No fue difícil, gracias al anuncio de tu padre. Paulo Dantas es uno de los banqueros más renombrados de Brasil. Y de Inglaterra también, parece –añadió celosamente mientras miraba a su alrededor–. Tienes buen aspecto para haber dado a luz recientemente.

–¿Por qué estás aquí? –le preguntó.

–¿Por qué crees? –miró a su alrededor–. ¿Dónde está, Isabella?

El corazón de Isabella se aceleró.

–¿Quién?

–Por favor, no insultes mi inteligencia.

Ella abrió la boca para decir algo, pero enfadarle no era una buena idea.

–¿Dónde está? –repitió–. Mi hija. Estela.

Al oírle pronunciar el nombre de Estela, se quedó horrorizada, pero disimuló su reacción. Debía hacerlo.

–Acabas de llegar, Roberto, y no has tomado nada. Deja que te sirva una copa –ella vio que dudaba, pero al final aceptó.

–Sí. Una copa me vendría bien. Dantas ha sido prácticamente incapaz de hablar sin escupirme –los ojos de él brillaron al ver cómo subía y bajaba el pecho de Isabella–. Pero puedo adivinar por qué.

–Te traeré la copa –llegó a la cocina y se derrumbó sobre una silla, con los dedos metidos en la boca, para no llorar.

Así es como Paulo la encontró. No dijo nada hasta que ella levantó la vista y lo miró, y lo que vio en sus ojos le hizo estremecerse.

Pero quería que ella se lo dijera

–¿Lo quieres? –le preguntó.

Ella se tragó la náusea.

–¿Cómo puedes si quiera preguntar?

Él se obligó a decirlo.

–Porque es el padre del bebé.

–¡Por favor, Paulo, ayúdame!

Fue el vacío en su voz lo que le decidió a actuar. Porque para que Isabella estuviera ahora como estaba, tan indefensa… sin esperanza…

–Ven al comedor conmigo –dijo Paulo.

–Quiere una copa…

–¡Maldita sea su copa! –exclamó Paulo con una voz cargada de veneno.

Roberto levantó la vista cuando ellos entraron.

–No hay copa por lo que veo. En vez de eso, te has traído a tu amante –sus ojos se entrecerraron con malicia–. Aunque quizá no le has dicho lo unidos que estábamos, Isabella.

–Has hecho un largo camino, Bonino –dijo Paulo agradablemente–. No creo que haya sido solo para alardear sobre tus indecencias en la cama.

Roberto se puso colorado.

–Sí, un camino muy largo, pero pensé que merecería la pena.

–¿A por qué has venido? ¿Dinero?

Roberto se tensó.

–De hecho, he venido a hablar sobre mi hija…

Isabella tomó aire horrorizada.

–No es –le interrumpió Paulo tranquilamente– tu hija.

Los dos hombres se miraron fijamente.

–Es mi hija –dijo Paulo.

Únicamente el bienestar del bebé le dio a Isabella fuerzas para no reaccionar, pero le temblaban las piernas. Miró nerviosa a Roberto.

–Estás mintiendo –lo acusó.

Paulo negó con la cabeza y rodeó a Isabella por la cintura.

–Somos amantes. Siempre hemos sido amantes, ¿verdad, Isabella?

Y en cierto sentido lo habían sido. Desde luego ningún otro hombre había ocupado su corazón, cuerpo y alma como Paulo lo había hecho. Ella asintió, demasiado aturdida para hablar.

–No te… creo –balbuceó Roberto.

–Demuéstralo –dijo Paulo con voz mortalmente fría–. Vamos, ve a los tribunales. Puedes comenzar el largo e increíblemente caro procedimiento, y perderás –lo amenazó.

Roberto tragó saliva.

–¿Y si ganara?

Paulo consideró la débil pregunta, y se encogió de hombros.

–Bueno, todo es relativo, porque no ganarás. Pero desde luego no esperes cooperación por nuestra parte si pensabas sacar a Estela del país. Incluso aunque pudieras pagarte el billete de vuelta, cosa que dudo con el sueldo de un profesor. Un sueldo que quizá no tengas por mucho más tiempo.

Sus ojos brillaban como diamantes oscuros.

–Si sigues adelante con esto, contrataré a los mejores abogados del país para demostrar que no eres un padre ejemplar. Y no creo que me costara mucho trabajo demostrar eso, en vista de tu nada normal actitud hacia los alumnos.

Roberto se humedeció los labios.

–Creo que tomaré esa copa después de todo; después me marcharé.

Paulo ignoró la petición.

–¿Todavía trabajas?

Roberto tragó saliva.

–Claro.

Paulo sonrió, pero era una sonrisa dura y cruel.

–¿Qué crees que pensarán tus superiores sobre tus abusos de posición al seducir a alumnas? Se enfadarían mucho, ¿verdad? También los demás alumnos. Y sus padres. Hasta en los círculos más liberales, a la gente no le gusta que se abuse de la confianza.

Roberto había empezado a temblar, como un animal arrinconado.

–¿Qué piensas hacer?

Soltando a Isabella, Paulo se adelantó.

–Lo que me gustaría hacer es partirte la cara hasta dejarla irreconocible. Me gustaría verte encarcelado y asegurarme de que nunca volvieras a trabajar en un puesto de responsabilidad. Eso es lo me gustaría hacer…

–Paulo…

–Ahora no, Bella.

Volvió su atención al hombre que parecía haber encogido desde que Isabella entró en la habitación.

–Pero no me fío de mí mismo a la hora de ponerte la mano encima. Así que, en vez de eso, te digo que salgas de una vez por

todas de la vida de Isabella. Y no vuelvas. Y ahora sal de mi casa antes de que cambie de opinión.

Roberto abrió la boca como un pez asfixiándose. Se volvió hacia Isabella con una pregunta en los ojos, pero algo en la cara de ella hizo que la pregunta muriera en sus labios. Tragó saliva, se encogió de hombros, y salió de la habitación sin decir palabra.

Durante unos instantes tensos, el ruido de la puerta de la entrada cerrándose fue lo único que se oyó.

–¿Cómo podré agradecértelo?– susurró ella, levantando la mano para acariciarle la cara, pero él negó con la cabeza y ella dejó caer la mano.

–Mantener a ese desgraciado fuera de la vida de Estela es suficiente. No tienes que hacerme el amor para cerrar el trato, Bella.

–¿Cerrar el trato? –ella entrecerró los ojos con incredulidad–. Pero si ayer me pediste que me casara contigo.

–Y los dos sabemos la respuesta.

–Yo pensaba que era una broma.

–¿Una broma? –la miró estupefacto–. ¿Por qué iba a bromear yo con algo así?

Ella se enfrentó a sus ojos.

–Por que tú no vas en serio, ¿recuerdas?

–De acuerdo –concedió–. Eso fue un poco arrogante, pero era cierto cuando lo dije.

–E hiciste que tu pregunta sonara tan casual –le acusó–. Como si te diera igual.

–Bella –dijo pacientemente–, nuestra relación no ha sido un modelo de comportamiento normal hasta ahora. Pero si un anillo de diamantes y una rodilla en el suelo es lo que quieres…

–¡No! –dijo furiosa–. Pero quizá podrías intentar convencerme de que nuestra relación no se va a «quemar» como dijiste. ¿Qué sentido tiene casarse si eso va a ocurrir?

Él frunció el ceño.

–Eso no es lo que dije. Tú me preguntaste cuánto tiempo seríamos amantes, y dije que no lo sabía, hasta que se terminara. Pero no va a ocurrir, ¿verdad? Los dos lo sabemos –vio cómo le temblaban los labios, y sonrió–. Nos gustamos y nos respetamos el uno al otro. Encajamos de una forma tan sencilla… Me siento muy bien cuando estoy contigo. Y esto no le suele pasar a todo el

mundo, créeme, querida.

–¿Entonces por qué lo dijiste?

Le acarició el pelo pensativamente.

–Porque estaba dolorido y furioso por el hecho de que otra persona había sido tu amante y furioso por no haberlo prevenido. Sentía que tenía que protegerte y cuidarte. Quería pedirte que te casaras conmigo entonces, pero lo último que necesitabas era más presión emocional. Por eso estaba dispuesto a esperar, y pensé que una vez que nos convirtiéramos en amantes…

–¿Qué?

–Que para entonces sabrías lo mucho que te quiero –sus ojos se suavizaron al mirarla–. Y estaba seguro de que mi comportamiento desde entonces te habría convencido de que estoy bajo tu hechizo –sonrió de forma sexy–. Bella, ¿crees que soy así con todas las mujeres con las que me he acostado?

–¡Nunca jamás las vuelvas a mencionar! –le avisó.

Él sonrió.

–Te quiero. No me preguntes cómo ni cuándo pasó. Simplemente pasó.

Ella le acarició la barbilla.

–Siempre te he amado, Paulo –le dijo con sinceridad–. Pero cuando me quedé embarazada me sentía tan mal conmigo misma, que no pensé que nadie pudiera quererme…

–¿Pero ahora sí lo crees?

–¡Sí, sí! Te quiero, Paulo –y fue directamente a sus brazos.

Capítulo 14

Isabella se dio la vuelta, el satén sedoso de su vestido crujiendo al alejarse ella del espejo.

–¿Estoy bien? –preguntó insegura.

Paulo tardó un poco en poder hablar.

–Estás… encantadora, querida. Tan encantadora que me gustaría quitarte ese vestido que has tardado tanto en ponerte y hacerte el amor aquí el resto de la tarde. Pero desgraciadamente –dijo mientras se abrochaba unos gemelos de oro–, tengo una boda a la que asistir.

–Pero los vestidos de novia no tienen que parecer provocativos –dijo Isabella con preocupación–. No fue por eso por lo que lo escogí.

–Lo sé, pero sospecho que te podrías cubrir de pies a cabeza con un saco, y todavía te desearía.

–Eso está muy bien. ¿Crees que debemos avisar a papá? Los coches llegarán pronto y no podemos llegar tarde.

–Ya le he avisado. Está vestido y está entreteniendo a nuestros dos hijos. A Eddie le gusta mucho.

–Y a Estela.

Su padre había ido para la boda y fue un encuentro emocionante. Isabella no lo había visto en un año, y un año era mucho tiempo para un hombre de su edad. Había envejecido, desde luego tenía el pelo más gris, pero su brillante sonrisa al ver a su nieta le había hecho parecer un niño.

Y una vez que Luis se convenció de la felicidad de su hija, le había gustado la cómoda vida que compartía con Paulo en Londres.

–¿No sientes nostalgia? –le preguntó con seriedad.

Y Bella miró al otro lado de la habitación hacia Paulo.

–Mi casa está aquí.

Luis mencionó algo casualmente sobre dejar el rancho en manos de su asesor y comprarse un piso en Salvador.

Y aquella noche en la cama Paulo le había dicho a Bella que

sospechaba que su padre podría tener un romance.

–¿Tú crees?

–Dijo algo sobre ello en el coche cuando lo recogí del aeropuerto. Alguien quien conoce desde hace mucho tiempo, pero estaba esperando a que te hubieras asentado. ¿Te importaría?

–¿Importarme? –preguntó sonriendo–. Soy demasiado feliz como para hacer otra cosa que pregonar las ventajas de una relación de amor.

–Bien –Paulo susurró antes de agacharse a chuparle un pezón.

Ella le había dicho a su padre que probablemente terminara la carrera. «Algún día», añadió. Pero no había desilusión en su voz. No sentía que sus sueños no se hubieran realizado, no cuando tenía todo lo que quería.

–Es joven para hacer lo que quiera –había dicho Paulo.

–Eso si no te da más bebés –se había burlado Luis, mientras revolvía los oscuros rizos de su nieta.

Los ojos de Paulo y Bella se encontraron en un momento de perfecto entendimiento. Para Luis, Paulo realmente era el padre del bebé, pero ellos se sentían exactamente igual. Lo era en todos los sentidos.

Lo miró mientras él se colocaba una rosa escarlata en la chaqueta, y pensó que nunca había visto a su futuro marido más atractivo.

Con una mano que brillaba por el impresionante diamante que Paulo se había empeñado en comprarle, Isabella recogió el ramo de flores.

–Será mejor que nos vayamos.

–Enseguida –murmuró él–, pero tenemos algo muy importante que hacer primero.

Isabella lo miró divertida.

–¿Qué hemos olvidado?

Él sonrió.

–Esto.

Y la besó.